

CONVERSACIONES CON LA

FECH

Yerko Ljubetic
Gonzalo Rovira

Alejandro Rojas
Fernando Martínez

Quintana
Tohá

Andrade



RICARDO BRODSKY B.

RICARDO BRODSKY B.

**CONVERSACIONES
CON LA
*FECH***



**CESOC
EDICIONES CHILE Y AMERICA**

RICARDO BRODSKY

CONVERSACIONES
CON LA
FECH

© CESOC
© Ricardo Brodsky
José Miguel de la Barra 508
Of. 6, 2º piso
Santiago
Inscripción Nº 70.064 - julio 88
ISBN 956-211-027-2

Portada: Francesco di Girolamo
Impreso en Alfabetá Impresores
Lira 140, Santiago.

Impreso en Chile / Printed in Chile

INDICE

PRESENTACION

Federico Barrera

AGRADECIMIENTOS

Federico Barrera

PRIMERA PARTE

1. EL CENTRO DE ESTUDIANTES DE INGENIERIA

Federico Barrera

AGRADECIMIENTOS:

Deseo dejar testimonio de mis agradecimientos a quienes hicieron posible la materialización de este libro. En particular a José Antonio Vicra Gallo, quien apoyó esta idea desde el primer momento; a María Irene Damm, quien tuvo la infinita paciencia de descifrar una y otra vez mi cada vez peor caligrafía; al Presidente del Centro de Estudiantes de Ingeniería, Guillermo "Willy" Díaz, quien rescató el que quizás sea el último ejemplar de los Estatutos de la FECH, sobreviviente de allanamientos y olvidos; y, por cierto, a mi compañera Mónica, insustituible apoyo para todos mis proyectos.

INDICE

PRESENTACION	
Felipe Herrera.	9
"LA FUERZA DE UNA IDEA"	
Ricardo Brodsky.	15
PRIMERA PARTE:	
LA RECONSTRUCCION DE LA FECH	
Entrevista a Yerko Ljubetic.	41
Entrevista a Gonzalo Rovira	83
SEGUNDA PARTE:	
LA FECH BAJO EL SIGNO DE LOS CAMBIOS	
Entrevista a Alejandro Rojas	105
Entrevista a Fernando Martínez.	165
TERCERA PARTE:	
LA FECH CONTRA LA INTERVENCION	
Entrevista a Germán Quintana y Carolina Tohá. . .	181
"VIAL: NUEVO ESCENARIO"	
Jaime Andrade.	195
NOTAS:	203

PRESENTACION

Felipe Herrera

Agradezco profundamente a Ricardo Brodsky y a sus demás colaboradores en la realización del libro "Conversaciones con la FECH", por haberme solicitado las páginas previas, en forma de presentación para esta extraordinaria obra. Se me ha hecho saber que la razón fundamental de esta petición se debe a mis experiencias universitarias, particularmente como Presidente de la FECH hace ya más de 40 años (1945-46).

Al preparar mi presentación, obviamente que procedí no sólo a la lectura de las páginas que siguen, sino también a reflexionar en torno a su contenido. En tal sentido, debo felicitar a Brodsky y a sus cooperadores por la gestación de un documento que, a mi juicio, está destinado a tener trascendencias históricas, en especial, por el período al que se refiere: 1967 a 1987. Estos 20 años fueron muy decisivos para la FECH, incluso en aquellas etapas en que se suspende la existencia de la Federación, y también para Chile, en términos globales.

Hay que felicitar a Brodsky por las páginas que él califica como de Introducción a este ensayo y donde se hace una presentación extraordinaria de la actual vigencia de la FECH, a partir de 1984, año en que felizmente renació nuestra Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile. Esta Introducción se continúa adecuadamente con la primera parte de la obra, intitulada "La

Reconstrucción de la FECH, sobre la base de entrevistas a los dirigentes estudiantiles Yerko Ljubetic y Gonzalo Rovira. Prosigue con una segunda parte denominada "La Fech bajo el signo de los cambios", con entrevistas también hechas a dirigentes universitarios: Alejandro Rojas y Fernando Martínez. Luego, sigue la obra con una definida Tercera Parte, bajo el título "La FECH contra la intervención", y que corresponde a colaboraciones de Germán Quintana, Carolina Tohá y Jaime Andrade. Adecuadamente se completa la obra con una serie de notas que reproducen la Declaración de Principios actuales de la FECH y partes de algunos otros documentos decisivos para la vigencia presente de nuestra Federación.

Al solicitármeme que hiciera estas líneas, no sólo se tuvieron en cuenta mis experiencias universitarias del pasado, sino que también el hecho de haber publicado hace un par de años atrás, un libro bajo el título de "Experiencias Universitarias: escenarios nacionales e internacionales", en el que trato de sistematizar mis trasfondos y experiencias culturales, tanto en Chile como en América Latina y en el mundo en general. Se debe precisamente, gracias a esas vivencias, que le atribuyo al año que se inicia, 1988, una función decisiva para el retorno a nuestra Democracia, en lo que históricamente a la FECH le será otorgado un profundo reconocimiento, especialmente por su importante participación en la defensa de la Universidad de Chile, que, desgraciadamente, ha estado muy afectada desde el golpe militar de 1973.

Nadie mejor que el propio Brodsky para haber definido lo anterior en su Introducción; particularmente cuando expresa que "la FECH tuvo para nosotros la fuerza de una idea, de un gran mito. Nacida en los albores del siglo, en 1906, la Federación de Estudiantes de Chile ha sido por décadas el símbolo de la rebeldía y del espíritu libertario de la juventud chilena. Entre sus dirigentes se han contado destacados intelectuales, brillantes políticos, poetas, profesionales progresistas, chilenos sin cuyos nombres resultaría difícil escribir algunas de las mejores páginas del pre-

sente siglo en el país: Pedro Prado, Santiago Labarca, Alfredo de María, Oscar Schnake, Eugenio González, Julio Barrenechea, Jorge Millas, Felipe Herrera, José Tohá, entre tantos otros, hicieron su escuela en la FECH. Así, el movimiento estudiantil ha sido la cuna y el fruto a la vez de una rica tradición democrática que se confunde con la del país entero y sobrepasa, con mucho, sus propias fronteras".

Naturalmente, me he sentido muy honrado por la inclusión de mi nombre entre los de esos otros chilenos destacados. Es obvio, que me sentí muy estimulado, en 1945, después de haber sido Presidente del Centro de Alumnos de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, al elegírseme para presidir la FECH. En ese entonces, Chile, por nuestro trasfondo histórico, vivía en un famoso régimen democrático, lo que explica cómo, correspondiéndome representar a los estudiantes en los que fueron trascendentales encuentros internacionales de la juventud, en Londres y en Praga, recién terminada la Segunda Guerra Mundial, en mi calidad de Presidente de la FECH, me fue solicitado por los estudiantes peruanos, actuar como su delegado oficial; lo anterior, por lo demás, fue patrocinado por el gran dirigente aprista Víctor Raúl Haya de la Torre, figura decisiva para la Integración Latinoamericana, lo que revelaba la presencia de Chile en el contexto del Continente y del Mundo.

Estamos ciertos que nuestro libro, representando efectivamente la fuerza de una idea, va a ser muy cooperativo para un trasfondo que necesitamos tener en cuenta. En las siguientes páginas se define lo que significa la importancia democrática de los estudiantes universitarios chilenos en el pasado, particularmente a partir de 1973. Es útil por eso, dada la multiplicidad de iniciativas hacia el retorno a la Democracia en Chile, testimoniar lo que ha sido en estos últimos años la labor de la FECH y de sus dirigentes.

La preparación de este libro tendrá una repercusión muy seria, no sólo para entender el pasado de la FECH, sino también

para estimular sus futuras y permanentes actividades. Después de más de 40 años, me atrevo a subrayar que el futuro inmediato de esta Federación será histórico frente a los desafíos por los cuales está atravesando nuestro país y, obviamente, sus nuevas generaciones. No se trata sólo del regreso a la Democracia en Chile, sino que, además, de volver a crear las condiciones que hagan gravitar a nuestro país en el contexto latinoamericano. Como es sabido, al presente, las tendencias históricas hacia la integración son indiscutidas; lo anterior, particularmente después de la reunión de ocho Jefes de Estado en Acapulco (México, noviembre de 1987), representando ellos a un 80% de la población de nuestro Continente. Es por eso fundamental que la vuelta a la Democracia en Chile esté estrechamente vinculada con su consistencia latinoamericanista y culturalista. En tal sentido, nuestra Universidad y nuestra FECH deben ser consecuentes con lo que ha sido nuestro trasfondo histórico, representado básicamente por la figura y las opiniones de don Andrés Bello. Es por eso muy explicable por qué los actuales estudiantes universitarios, miembros de la FECH, se concentran en torno a la figura de Bello, que felizmente se ha respetado frente a la Casa Central de la Universidad de Chile.

LA FUERZA DE UNA IDEA

Ricardo Brodsky B.

LA FUERZA DE UNA IDEA

"La lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido"

Mirek, en El libro de la Risa y el Olvido.

Milan Kundera, 1978

El país estaba bajo Estado de Sitio en Enero de 1985. La recién reconstruida FECH, desconociendo la prohibición gubernamental, realizó sus primeros Trabajos Voluntarios. A los pocos días, por medio de espectaculares operativos, los estudiantes fueron aprehendidos y en la Primera Comisaría de Santiago murió Patricio Manzano.

No habiendo saciado con ello su sed de venganza -despertada desde el momento mismo en que la FECH había sido reorganizada en medio del entusiasmo de miles de estudiantes- el Gobierno las emprendió en contra de algunos dirigentes: Gonzalo Rovira fue detenido tras los funerales y se desató una frustrada cacería en mi contra durante tres meses.

En esos días, de noches largas y fecundas y solitarias meditaciones -que buscaban afanosamente descubrir las claves que nos habían llevado al punto en que estábamos- nació la idea de hacer este libro. Quería contar quiénes eran y de donde salían los dirigentes estudiantiles, quería rescatar los momentos más íntimos de la odisea que como movimiento y como personas estábamos

viviendo, desde la cárcel, la clandestinidad o la dura batalla por mantener viva la federación.

Poco a poco, aquel proyecto se fue llenando de exigencias. Primero se trataba de narrar algunos episodios de la novel directiva de la FECH, contar algo acerca de sus protagonistas y, sobre todo, decir las cosas que las urgencias del momento nos habían obligado a silenciar. Enseguida, pensé que sería no sólo justo sino imprescindible para comprender cabalmente lo que se estaba relatando, hacer referencia al proceso que había permitido al movimiento estudiantil reconstruir la FECH, desde la reunión de los primeros comités de resistencia clandestina y los talleres culturales, hasta la Asamblea Constituyente de la federación. Para ello debía urguetear en los rincones de mi propia memoria, reencontrarme con rostros que creía haber olvidado, pero que estaban allí como esperando esta invitación para hacerse definitivamente presentes.

Más tarde, quise conocer la opinión de los últimos dirigentes de la FECH de la época democrática acerca de lo que estaba haciendo el movimiento estudiantil, tomando en cuenta, sobre todo, que muchas de las polémicas que giraron en torno a la reconstrucción de la FECH tenían como referente obligado a la Federación de la Reforma, encabezada por Alejandro Rojas, y la época de la Unidad Popular.

De allí surgió la necesidad de incluir no sólo aquel período sino, de alguna manera, la pasión y tragedia de aquella generación excluida. Finalmente, cuando ya creía concluida mi labor, habiendo tendido un puente entre la última y la primera FECH, irrumpió el conflicto de la Universidad a raíz de la designación de Federici como Rector-Delegado. No tardé, pues, en comprender que allí se estaban expresando y sintetizando en la práctica muchas de las potencialidades y polémicas del movimiento estudiantil que se discuten dilatadamente en el libro: incorporé, entonces, una entrevista a los dirigentes, aunque no sea más que para mostrar en forma resumida la actualidad de los problemas aquí tratados.

Así, mediando lo anterior, y contando con la generosa colaboración de Alejandro Rojas y Fernando Martínez, Presidente y Vicepresidente de la FECH en los años de la Reforma y la Unidad Popular, a quienes la distancia y el olvido no les impidió hacerse parte de este esfuerzo; de Yerko Ljubetic y Gonzalo Rovira, que ocuparon los mismos cargos en la primera directiva de la reconstruida federación y de Germán Quintana, Carolina Tohá y Jaime Andrade, quienes encabezaron la organización estudiantil en la más difícil batalla contra la intervención; con todos ellos, más la evocación de algunos momentos que viví de esta historia y que me atrevo a relatar, intentaremos narrar algo de este tiempo de luchas y esperanzas, con el propósito de restablecer la memoria de un movimiento estudiantil que, en los últimos veinte años, ha conocido de cerca el cielo y el infierno.

Los procesos ocurridos en las universidades chilenas entre los años 1967 y 1987 -Reforma e Intervención-, a pesar de sus signos tan diversos y contrapuestos entre sí, conservan, aunque no sea más que por su mutua negación, una unidad indivisible.

En efecto, la intervención militar de las universidades buscó negar y revertir cada uno de los logros de la Reforma: frente a la participación de la comunidad universitaria se estableció la autocracia más absoluta; frente a la confrontación permanente y sin cortapisas de las ideas, se opone la repetición majadera del dogma oficial. Así, como lo ha señalado el profesor Luis Vaisman, el régimen militar buscó degradar paulatina y sistemáticamente la conciencia universitaria.

* "El Gobierno de la Universidad Intervenido: degradación de la Conciencia Universitaria". Luis Vaisman A. en Realidad Universitaria N°1, 1987.

Fue, sin embargo, en la Universidad de Chile en donde este proceso adquirió sus más dramáticas y nefastas consecuencias. Es así como, además de sufrir la humillación propia y compartida por todas las universidades de la intervención, la Casa de Bello vio desaparecer sus sedes de provincias, las carreras pedagógicas, las actividades de extensión, los concursos para llenar cargos, buena parte de las ayudantías y becas para sus alumnos destacados, la imprescindible comunicación con la comunidad universitaria internacional y hasta algunas de sus bibliotecas. Insaciables, los grupos económicos y financieros han intentado en diversas oportunidades la privatización de aquellas facultades "rentables" y la destrucción de las que no son funcionales al "mundo feliz" que nos proponen. Para ello han contado con la protección de los guardianes de la "Seguridad Nacional".

El prolongado cautiverio y los reiterados intentos por destruir la Universidad de Chile son, quizás, algunos de los fenómenos más significativos para descubrir la naturaleza del régimen militar y de los grupos que lo sustentan, ya que el blanco de su obsesión ha sido, justamente, uno de los pilares del desarrollo del país y de la identidad democrática y progresista de su pueblo.

En efecto, la historia de la Universidad de Chile se confunde con la del país democrático, con el surgimiento de las capas medias, con la expansión de la enseñanza, de la cultura y de la salud, con el esfuerzo industrializador y con la afirmación de la democracia.

Durante los años de la Reforma, auténtica culminación de un largo proceso de modernización de la universidad, y bajo la traumática experiencia de la Intervención, la comunidad universitaria pudo, sin embargo, constituir un extendido consenso acerca del papel que está llamada a jugar la universidad en la creación y transmisión del conocimiento, así como también acerca de las condiciones de libertad, autonomía, respeto y pluralismo en que dicha labor debe realizarse.

Dicho consenso es el resultado difícil de la historia oculta de estos veinte años. Nosotros, en este libro, vamos a abordarla desde uno de sus actores más relevantes: el movimiento estudiantil.

Esta viva historia de la FECH -que prioriza, pero no se limita a los hechos colectivos- es, sobre todo, la gesta de dos generaciones que han debido hacer sus armas en las difíciles condiciones del Chile de las últimas dos décadas.

La emergencia de una Iglesia comprometida con los excluidos, la crisis y renovación del marxismo, la lucha por la defensa de los derechos humanos, el exilio, la brutal represión y, por cierto, la reforma universitaria, son los "signos de los tiempos" que conforman el verdadero telón de fondo de esta historia y de cada una de las vidas personales de sus protagonistas. Así ha sido también para mí.

Cuando ingresé por primera vez, el año 1976, a la Escuela de Literatura de la Universidad de Chile, que por ese entonces estaba ubicada en el Pedagógico, las universidades, y el Campus Macul en particular, aún tenían abiertas las heridas dejadas por la represión posterior al Golpe de Estado.

A pesar de ello, nos incorporamos a las aulas con alegría y optimismo. Quienes habían vivido las universidades el período anterior al Golpe no podían entender la fascinación que sobre nosotros ejercía ese viejo Pedagógico, rodeado de rejas, guardias, soplones y viviendo un angustiante clima de muerte.

No era, por cierto, la universidad que hubiésemos querido encontrar, bullente de vida y de expresiones de arte y rebeldía que otros conocieron; pero, a pesar de todo, en sus paredes y en sus parques, en sus aulas y bibliotecas se adivinaba algo de esa historia reciente. Seguía siendo el Pedagógico y nosotros queríamos revivirlo. Era nuestra universidad, la que por desgracia de los tiempos y por nuestras propias inclinaciones nos tocaba conocer.

Como jóvenes, no podíamos añorar el pasado. Lo mirábamos, es cierto, como un referente. Es más, algunos de nosotros, que habíamos alcanzado a desarrollar alguna experiencia política como estudiantes secundarios en el período de la Unidad Popular, seguíamos enfrascados en el debate sobre "las causas de la derrota" y "el carácter de la Dictadura"; sin embargo, aquellas referencias no nos servían para enfrentar los desafíos que teníamos allí. Nos permitían -eso sí- reconocernos, lo que no era poco.

En efecto, gracias a ello, a las pocas semanas ya nos habíamos "sondeado" un grupo de compañeros de escuela por intermedio de claves propias del mundo clandestino. Con ellos, formaríamos un colectivo de reflexión que, aunque no había definido su objeto de estudio, ni su metodología, ni nada que le permitiera convertirse en algo duradero, lo cierto es que se reunió regularmente, primero para discutir materias de clase, luego para buscar la "interpretación marxista" de aquellas materias y, finalmente, para organizar acciones de resistencia y propaganda en el Pedagógico.

La realización de pequeñas y audaces iniciativas de propaganda destinadas a mostrar la existencia de grupos organizados dispuestos a jugarse por romper el orden represivo, rápidamente nos permitió descubrir que existían otros compañeros que habían seguido una evolución similar a la nuestra. Entramos en contacto con ellos para planificar tareas comunes y más ambiciosas. Uno de esos comités de resistencia, como los llamábamos, era encabezado por Rodrigo Medina, estudiante de Filosofía, quien, a mediados de ese año 1976, fue aprehendido por los agentes de la DINA a partir de una delación surgida del propio Pedagógico. Hasta hoy, Rodrigo se encuentra desaparecido. Su recuerdo y su suerte, estoy seguro, han estado siempre presentes entre quienes compartimos esos momentos.

Nuestro grupo de Literatura rápidamente comprendió los límites de la propaganda clandestina sobre todo porque no nos permitía un contacto personal entre nosotros y nuestros "receptores"; decidimos, por tanto, iniciar otras experiencias: Así, nació

la que creo es la primera revista estudiantil post-golpe que circuló abiertamente: la revista Letras.

Dirigida por un excelente grupo, entre los que destacaban Carmen Sotomayor, Pedro Broussain, Oscar Sarmiento, y Lili Trevisán, la revista Letras cumplió con creces nuestras expectativas, llegando a convertirse en un esporádico e inconstante, pero fundamental animador de la famélica vida literaria de esos días en el Pedagógico. Revisando sus páginas, es posible encontrar animadas polémicas epistemológicas; crónicas de viaje de Antonio de la Fuente, quien posteriormente sería el Director de "La Bicicleta"; y, sobre todo, muchos y bellos poemas de quienes marcaron con sus versos la vida del Pedagógico en esos años: Rodrigo Lira y Armando Rubio, unidos no sólo por la validez de sus propuestas líricas sino también por el trágico y prematuro fin de sus jóvenes existencias.

Desde siempre, el desarrollo del movimiento estudiantil ha estado vinculado a la existencia de revistas en las que abunda la poesía, los ensayos, los dibujos y el desorden. Es curioso, sin embargo, cómo esa rica y benéfica tradición, que se mantuvo viva hasta el año 1982, hoy parece haber perdido fuerza, con nefastas consecuencias para la propia vida y perfil del movimiento estudiantil.

Durante esos años -de la resistencia- fueron muchas las revistas que se destacaron. Entre ellas, cabe mencionar las clandestinas Despertar y Crítica.

La primera, dirigida por José Miguel Crispí y Eduardo Valenzuela, tuvo la lucidez de hacer mirar a los estudiantes su propia historia. En sus páginas estuvo siempre presente el tema de la FECH, la epopeya del movimiento estudiantil. No son pocos los dirigentes que desde las crónicas de Despertar descubrieron a Domingo Gómez Rojas, a Eugenio González, los hermanos Gandulfo,

encontrando en la tradición libertaria de la FECH una viva fuente de inspiración para afirmar con orgullo un pensamiento propio y un quehacer inmediato.

Krítica, por su parte, integrada por Guillermo Miranda, Gonzalo de la Maza, Rodrigo y Raúl González, fue un inteligente animador de la reflexión política de los dirigentes estudiantiles. Conceptos nuevos en la izquierda de ese entonces, como los de hegemonía, bloque histórico, sociedad civil y otros de origen gramsciano deben su introducción en el movimiento estudiantil al trabajo de la revista Krítica. Hoy, diez años después, Krítica continúa animando debates, buscando la renovación teórica y política de la izquierda, enfrentando nuevos desafíos, madurando periodísticamente y mostrando así que cuando hay buenas razones, las obras duran.

Gran importancia tuvieron también las revistas Claridad y El Pasquín.

La primera, nacida de un colectivo de la Escuela de Periodismo -también del Pedagógico- integrado por Marcelo Castillo, Eduardo Rossel, Mauricio Tolosa, Sandra Rojas y Pablo de Buen, entre otros, intentó revivir la vieja, tradicional y contundente revista de la FECH de todos los tiempos.

Claridad fue, por sobre todo, un órgano de pelea e identidad generacional. Eminentemente periodística, a través de sus muchos corresponsales y colaboradores en las escuelas, cubría las más variadas actividades estudiantiles, dando cuenta del visceral rechazo de los estudiantes a la autoridad interventora y a la oficialista FECECH. Importante rol le cupo a Claridad en las Jornadas del Pedagógico en el año 1980, cumpliendo un activo papel de informador y orientador del conflicto. Lamentablemente, esta revista, sólo sobrevivió hasta 1982, a pesar de muchos intentos y esfuerzos realizados por reeditarla, lo cierto es que no ha surgido otro grupo con el espíritu de éste en la Escuela de Periodismo.

El Pasquín fue el maravilloso invento de Ramiro Pizarro, Mario Marcel y otros compañeros de la Escuela de Economía.

Con su estilo iconoclasta, insolente y humorístico se convirtió en la revista más esperada y comentada de los círculos estudiantiles. Sus irreverencias, ácidas observaciones y lúcidas críticas, desnudaban el grotesco hábito de la intervención militar sobre la universidad, y hacían reflexionar y reír acerca de los muchos problemas que por esos días vivía el movimiento estudiantil para encontrar el camino por el cual expresar su enorme descontento.

Estas revistas, y algunas otras que injustamente han quedado fuera de este breve recuerdo, fueron el complemento indispensable de la lucha estudiantil, el lugar de reflexión, de intercambio, de construcción de las nuevas ideas. Aunque he citado algunos nombres, hay que decir que prácticamente todos los artículos de estas revistas eran anónimos, productos colectivos, reflejos y objetos de una generación que por esos días no conocía las trampas de la vanidad.

Esos primeros tiempos de renacimiento del movimiento estudiantil también fueron años de Guillatunes. Masivamente concurrían los estudiantes del Pedagógico a estas reuniones solidarias, folclóricas, culturales, en donde se reencontraba la izquierda estudiantil con sus viejos símbolos, a través de las canciones de Violeta Parra o, en momentos de culminante audacia, por medio de Víctor Jara o Silvio Rodríguez.

El éxito de estas convocatorias, así como la entusiasta labor de los grupos folclóricos de Ingeniería, Antumapu y Casa Central, fue probablemente lo que animó a un equipo de visionarios a emprender la ambiciosa empresa de la ACU.

Confluyeron allí dos vertientes: "artistas", poetas, actores, bailarines, músicos que querían rescatar lo más propio y característico de nuestra cultura; y "políticos" que vieron en la cultura una vía para reconstruir algo de lo colectivo que había sido violentamente negado y arrebatado.

Productiva y lúcida confluencia que dio origen a una extraordinaria organización cultural que, entre otras cosas, realizó seis festivales de música, tres de los cuales terminaron con el Teatro Caupolicán repleto; cinco de teatro, dos concursos literarios, muestras plásticas, entre muchas otras actividades. De todo ello, surgió en música el grupo Ortiga, Aquelarre, Upa, Santiago del Nuevo Extremo, Schenke y Nilo, Amauta, Isabel Aldunate; en teatro, el grupo Teniente Bello con Gregory Cohen, Roberto Brodsky, Francisco Zañartu, Pablo Alvarez; el Grupo Baño a Baño con Jorge Vega; en literatura, José María Memet, Diego Muñoz, Guillermo Riedeman, Jorge Montealegre y tantos otros en plástica, fotografía, video, que fueron parte de una verdadera camada de jóvenes artistas que bien podría llamarse "la generación ACU", puesto que allí dieron sus primeros pasos.

Tras esta experiencia hubo un movimiento de reafirmación cultural con definidos rasgos nostálgicos. Frente a la agresión y negación cultural, la izquierda estudiantil opuso lo que sabía hacer: el retorno a las raíces, un movimiento de resistencia.

Hoy, como bien lo ha señalado Eduardo Valenzuela[•], la vida cultural en las universidades y entre la juventud presenta otras características: lo moderno, que diluye y niega lo autóctono, gana terreno. El rock, fiel expresión de la vida urbana y de la descomposición de las culturas tradicionales, impone su ritmo y su estética.

El movimiento estudiantil del Pedagógico, así como de toda la Universidad de Chile, tempranamente definió su vocación a favor de la gran causa de los derechos humanos.

[•] ver: "Estudiantes, Democracia", Eduardo Valenzuela. Revista Realidad Universitaria N°3, 1987.

La desaparición de alumnos del Pedagógico y de personas que habían estado vinculadas a éste, como es el caso del profesor de historia Fernando Ortiz, a quien -dicho entre paréntesis- tuve el privilegio de conocer en los días en que junto a Víctor Díaz encabezaba la dirección clandestina del P.C. en Chile y del cual, debo reconocer, recibí a través de largas y amistosas conversaciones una contribución importante a mi formación política; lo que se manifestó especialmente en las reflexiones que me provocaron su crítica inapelable al "izquierdismo", enfermedad infantil que había hecho estragos en el período de la Unidad Popular y de la que yo aún presentaba síntomas de convalecencia. Como decía, la desaparición de estas personas y la lucha de sus familiares por salvar sus vidas, y luego por restablecer la verdad de lo ocurrido, impactó profundamente al incipiente movimiento estudiantil.

La primera gran huelga de hambre realizada por los familiares de los desaparecidos movilizó al Pedagógico: se constituyeron Comités de Derechos Humanos para solidarizar con los ayunantes, los que, a poco andar, iniciaron una labor de denuncia de la represión al interior de las propias universidades y fueron, con su activismo infatigable, un aporte fundamental al desarrollo ulterior de las organizaciones reivindicativas del estudiantado.

Destacado papel tuvieron estos comités en los difíciles momentos en que un compañero era aprehendido, orientando a sus familiares, organizando el apoyo del curso, visitando las comisarías o cárceles, denunciando públicamente la represión. De toda esta inédita experiencia, en el movimiento estudiantil quedaron grandes lecciones acerca del valor de la solidaridad y una más desarrollada conciencia acerca de la inviolabilidad de los derechos humanos, base fundamental de una futura convivencia democrática.

Todo lo que se diga, sin embargo, acerca de esta causa en el movimiento estudiantil de aquellos años sería poco si acaso no hiciésemos referencia a lo ocurrido en el Pedagógico el año 1980.

Promediando el primer semestre, el Decano Joaquín Barceló exoneró a la profesora del Departamento de Letras Malva Hernán-

dez, madre del desaparecido estudiante de filosofía Rodrigo Medina. De sus confusas explicaciones y justificaciones, lo único claro era que Malva molestaba a las autoridades al buscar desesperadamente a su hijo.

Los estudiantes, que ya venían consolidando sus primeras organizaciones, reaccionaron decididamente en apoyo a la profesora, iniciando el primer paro estudiantil en la Universidad de Chile después del Golpe. Los alumnos de Literatura y Español, encabezados por Miguel Briceño dieron así un ejemplo que no sólo impactó a la opinión pública, obligando a romper el monólogo de la prensa uniformada sino que como se vería pocos meses después, caería en tierra fértil.

Ya en ese entonces existía en el Pedagógico una extensa red de soplones y guardias que se parapetaban en una oficina llamada de "Coordinación Administrativa". Matonezcamente, controlaban el acceso al Campus impidiendo el ingreso de los líderes de los Centros de Alumnos recién conquistados, cuyos dirigentes eran Patricia Torres, Manuel Canales, Jorge Pesce, Javier Sáez, Tito Pizarro, José Weinstein, o destruían los diarios murales de los estudiantes que bajo sugerentes títulos -el Sapo, la Aurora de Macul- se convertían en los primeros intentos por romper el silencio; manguereaban a los estudiantes que se sentaban en los prados del Pedagógico y, en fin, desarrollaban todo tipo de actividades destinadas a amedrentar y hasta a hacer insoportable la vida al interior del campus.

Una día como otros, golpearon a Patricia Torres a la entrada de la Facultad. La reacción estudiantil no se hizo esperar: tapiaron con madera y clavos la entrada a la oficina de la Coordinación Administrativa. El decano inició los sumarios; los estudiantes el Paro.

Durante más de un mes estuvo el Pedagógico paralizado, con todas las escuelas involucradas y los alumnos reunidos en los patios en asambleas permanentes, desplegando toda su rica creatividad para hacer de aquellas jornadas de noviembre de 1980 uno

de los capítulos más hermosos de la lucha estudiantil de estos años: allí florecieron las canciones, el teatro, la poesía y las discusiones que siempre acompañan a los movimientos estudiantiles.

Allí también, al calor de la lucha estudiantil, nacieron consistentes expresiones políticas del movimiento universitario que marcarían por mucho tiempo la política estudiantil: tal es el caso de la Convergencia Socialista Universitaria, de la UNED y otros movimientos.

Naturalmente, aunque los estudiantes ganaron el conflicto desde el momento en que el Decano aceptó todas sus exigencias, y en particular el cierre de la oficina de Coordinación Administrativa, lo cierto es que el contexto nacional y general de la Universidad de Chile no permitió consolidar aquella victoria: llegado el verano, el Gobierno promulgó la Ley General de Universidades, separó al Pedagógico de la Universidad de Chile -haciéndolo retroceder a los peores tiempos- expulsó y relegó a los dirigentes de los Centros de Alumnos y puso punto final a un movimiento estudiantil que tuvo la audacia de levantarse cuando el país aún dormía. Los estudiantes, sin embargo, aprendieron la lección: había que construir una organización de toda la Universidad de Chile.

El tema de la organización ha sido recurrente entre los estudiantes. Desde los primeros Comités de Participación, en los que se agrupaban los más decididos, hasta la actual Federación, la organización del movimiento estudiantil fue siempre un objetivo en sí mismo y, sin duda, aquel en donde ha alcanzado los mayores éxitos.

En este ámbito, uno de los principales escollos que los estudiantes debieron superar en estos años fue el de la existencia de la oficialista FECECH, Federación de Centros de Alumnos creada y amparada por la Rectoría de la Universidad de Chile, auspiciada y sostenida políticamente por el "gremialismo".

Mirando con perspectiva, lo más rescatable de la lucha contra la FECECH fue el perspicaz uso que el movimiento estudiantil supo hacer de una normativa hecha para aplastarlo. Hoy, cuando en el país se discute tanto acerca de las llamadas leyes políticas, quizás sería provechoso detenerse en esa experiencia y sus resultados.

Toda la normativa dictatorial, -plan laboral, leyes políticas, Constitución, etc.- lo que busca es crear una apariencia de democracia y de institucionalización de la vida social y política pero, en realidad, por medio de normas transitorias o permanentes termina negando lo esencial de la democracia que es el pluralismo y el respeto a la soberanía popular. La FECECH no era una excepción a esta regla sacrosanta de los demiurgos del autoritarismo.

Sin embargo, como buscaba crear una apariencia, algo debía otorgar, aunque fuera para negarlo más arriba. En el caso de los Estatutos de la FECECH otorgaba el derecho de los estudiantes a elegir sólo a los delegados de curso ante el Centro de Alumnos. Se elegían dos delegados y, sin importar la cantidad de votos que obtuviera cada uno, éstos más la directiva del Centro de Alumnos designado por la Rectoría nombraban una nueva directiva. Naturalmente, el mecanismo contemplaba la posibilidad que la oposición obtuviera la mayoría absoluta de los votos en los cursos, en cuyo caso podría tener sólo el 50% de los delegados, los que no serían suficientes para elegir otra directiva puesto que, como se ha dicho, la saliente conservaba su derecho a voto. Este mecanismo se complicaba infinitamente para cambiar la cabeza de la Federación.

A pesar de lo injusto del procedimiento y de lo ilegítimo del Estatuto, los estudiantes optaron por utilizar aquella pequeña rendija que abría la normativa, con el objeto de elegir delegados de curso, obtener de este modo legítimos representantes e introducir una polémica acerca de la organización estudiantil, que fuera más allá de los meros grupos dirigentes.

En el caso del Pedagógico, la aplicación de esta opción permitió avances importantísimos, más allá incluso de lo esperado. En efecto, fue tan aplastante la victoria de los candidatos oposito-

res en los cursos y tan perfecta la planificación de cómo debía votar cada compañero, que obtuvimos cerca del 90% de los delegados. Vale decir, presentamos dos candidatos en cada curso y distribuimos los votos de tal manera que ambos triunfaran sobre el raquíctico oficialismo. Este hecho permitió mandar al trasto la directiva designada del Centro de Alumnos y nombrar -de acuerdo a las propias normas de la FECECH- una directiva de oposición.

Por cierto, la primera tarea de esas directivas era "democratizar" el Centro de Alumnos, llamando a elecciones universales y conformando de este modo los primeros Centros de Alumnos Democráticos.

Nada de esto hubiera sido posible sin una completa unidad y disciplina de los cursos y escuelas: los candidatos eran elegidos en asamblea del curso y allí se decidía cómo debía votar cada uno. Así, no habían candidatos de "referentes" y éstos debían responder ante la misma asamblea que los había elegido. Evidentemente, esta "democracia en la base" no resistió mucho tiempo y en la medida en que fueron reapareciendo los intereses y visiones partidarias, los cursos se fueron dividiendo.

Al cabo de dos a tres años, las demás escuelas de la Universidad de Chile, a partir de procesos muy acordes a sus propias realidades, fueron democratizando sus organizaciones, siguiendo en lo esencial un camino similar al que recorrió el Pedagógico en pocos meses.

Esta peculiar manera de constituir el movimiento estudiantil, desde abajo, desde los cursos, alcanzando pequeñas metas que involucraban realmente a las mayorías, es la metodología que estuvo en la base del proceso de reconstrucción de la FECH y ello explica el entusiasmo y vitalidad con que los estudiantes participaron en él. La FECH fue una conquista sentida como propia por miles de estudiantes.

La experiencia del movimiento estudiantil de la Universidad de Chile muestra cómo es posible utilizar los espacios que forzosamente el régimen debe entregar para administrar mejor su

dominio; cómo, cuando se logra que sean las grandes mayorías las que se hacen cargo de la defensa de sus intereses, estas normas estallan en mil pedazos y son inútiles para detener el avance del movimiento social; cómo los partidos políticos pueden ser elementos útiles al desarrollo de la unidad y de la organización de la gente, y no consumirse en la politiquería y el sectarismo; cómo, en definitiva, la voluntad ineludible de los dirigentes por romper la normativa dictatorial puede convertirse en un factor determinante, permitiendo inclusive la utilización de esa "institucionalidad".

Las relaciones entre la política partidista y el movimiento estudiantil han sido en este período, por decir lo menos, complejas.

La lucha universitaria y la recuperación de las organizaciones gremiales no fue un proceso divorciado de la construcción de grandes alternativas políticas que expresaran al movimiento estudiantil. Por el contrario, en cada caso y con gran fuerza entre los años 1978 y 1983, la polémica estudiantil en torno a los problemas específicos del propio movimiento o de la realidad universitaria, fue la base principal del encuentro o disenso de los estudiantes y de su agrupación progresiva en tendencias políticas. En otras palabras, ni la política, ni los partidos fueron introducidos desde fuera a las universidades, como jocosamente lo pretenden ciertos "ideólogos" del régimen; sino que surgió como expresión natural de las inquietudes estudiantiles.

Es cierto que la reaparición pública de los partidos y su agrupación en "referentes", a partir de 1983, trajo consigo una serie de vicios que se introdujeron con particular fuerza en el movimiento estudiantil y que fueron poco a poco mermando la capacidad de consenso trabajosamente construida; pero, no podría explicarse el fuerte arraigo de las organizaciones políticas entre los estudiantes sin atender al proceso de constitución de tales

alternativas en el seno de las universidades, proceso tan largo y dificultoso como la propia reconstrucción del movimiento.

De allí que el movimiento estudiantil presente muchas veces realidades difíciles de comprender para quienes quisieran ver todo "cortado por la misma tijera". Lejos de los moldes, las universidades, con su agitada y rica vida política, son una constante fuente de heterodoxias y un semillero de dirigentes siempre dispuestos a saltar los, muchas veces, limitados marcos partidarios. Expresión de ellos son las "listas unitarias", las "fuerzas de cambio", las convergencias de distinto signo, los grupos de independientes, los movimientos Domingo Gómez Rojas, y tantas otras expresiones de base que constituyen la verdadera cantera de toda una generación. Todo esto ocurre y seguirá ocurriendo para bien del movimiento estudiantil, ya que da cuenta de la capacidad de los jóvenes de romper creativamente las viejas formas de la política sectaria.

Entre estos peculiares jóvenes políticos, habría que destacar a Yerko Ljubetic, por su fácil y natural comunicación con la gente y, sobre todo por su agudo olfato para ubicarse en los momentos conflictivos; a Humberto Burotto, valiente y audaz dirigente, cuyos muchos atributos resultan, sin embargo, aplacados por su visión excesivamente partidista de la realidad social; a Germán Quintana, inalterable frente a los más grandes desafíos; a Jaime Andrade, astuto, persistente y serio dirigente y, por cierto, a Carolina Tohá, inteligente y digna representante de la insustituible presencia femenina en el movimiento estudiantil. Ellos, entre muchos otros, constituyen una generación que, ciertamente, imprimirá sus rasgos al futuro de la política chilena.

Tras haberme ausentado durante cuatro años de las aulas, volví el año 1983 a una universidad totalmente cambiada. Si bien el Rector-delegado seguía siendo militar, la comunidad universitaria

ya había iniciado el camino de superación de sus traumas y hasta el propio General Roberto Soto empezaba a comprender la necesidad de superar el sistema en virtud del cual él mismo había sido designado, iniciando de este modo el largo periplo que lo llevaría a respetar y asumir no pocos planteamientos de la comunidad universitaria.

A los pocos días, Ricardo Arévalo, que era Vicepresidente del Centro de Alumnos, y Francisco Zañartu me pidieron que aceptara ser candidato de "los sectores socialistas" en la que sería la primera elección democrática en la Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación. Con muchas dudas -ya que mi propósito era terminar la carrera que había interrumpido- terminé aceptando, dando inicio de este modo a un nuevo capítulo de mi participación en el movimiento estudiantil, esta vez como dirigente "público".

Gonzalo Rovira salió Presidente y yo Vicepresidente. Estábamos a diez días de la primera protesta nacional, con lo que quedaría marcado definitivamente nuestro período en el Centro de Alumnos y, posteriormente, en la FECH: las protestas, con su ritmo, definirían la vida del movimiento estudiantil y del país entero durante tres años.

Naturalmente, fuimos excluidos de la FECECH, al igual que los Centros de Alumnos de Ciencias y Medicina Norte, encabezados por David Escanilla y José Luis Contreras, respectivamente. Eramos todos dirigentes de izquierda elegidos democráticamente: mucho más de lo que podía tolerarse.

Nos reunimos en la Coordinadora de Centros de Alumnos democráticos junto a los de Arquitectura y los de Medicina Oriente y Occidente. Desde allí se planificarían las protestas y la lucha por reconstruir la FECH.

Intuíamos, en aquel entonces, que reconstruir la FECH era el mejor golpe que podíamos dar a la Dictadura y su lógica de dominación. No sólo porque implicaba dar consistencia y permanencia a la movilización que venían protagonizando los estudiantes sino, sobre todo, porque importaba una derrota definitiva a los intentos

del régimen militar de dominar a la juventud por medio del olvido y el temor.

La FECH tuvo para nosotros la fuerza de una idea, de un gran mito.

Nacida en los albores del siglo, en 1906, la Federación de Estudiantes de Chile ha sido por décadas el símbolo de la rebeldía y del espíritu libertario de la juventud chilena. Entre sus dirigentes se han contado destacados intelectuales, brillantes políticos, poetas, profesionales progresistas, chilenos sin cuyos nombres resultaría difícil escribir algunas de las mejores páginas de la historia del presente siglo en el país: Pedro Prado, Santiago Labarca, Alfredo de María, Oscar Schnake, Eugenio González, Julio Barrenechea, Jorge Millas, Felipe Herrera, José Tohá, entre tantos otros, hicieron su escuela en la FECH. Así, el movimiento estudiantil ha sido la cuna y fruto a la vez de una rica tradición democrática que se confunde con la del país entero y sobrepasa, con mucho, sus propias fronteras.

El asalto y saqueo de la sede de la FECH, en 1920, por parte de los grupos nacionalistas y oligárquicos y la denuncia valiente de ésta de las maniobras antiperuanas de la reacción chilena para impedir el triunfo de Alessandri; la decidida lucha estudiantil contra la Dictadura del General Ibañez, en 1931; la movilización antifascista de los estudiantes en la década del cuarenta; la Reforma Universitaria que democratizó añejas estructuras e hizo posible la realización del Programa Reformista que por años fue el ideal de la juventud latinoamericana; y más recientemente, el proceso de reconstrucción de la FECH y la lucha estudiantil en contra de la Dictadura de Pinochet, son algunos de los hitos fundamentales que han ido conformando una auténtica épica de la Federación de Estudiantes.

A través de ellos, el movimiento estudiantil chileno se ha constituido en un actor relevante, indispensable, con ideas propias y una extraordinaria capacidad para aportar entusiasmo, intelligen-

cia y combatividad a las causas comunes del Chile Democrático que él mismo ha ayudado a forjar.

Aspirábamos a reconstruir esa historia. No se trataba sólo de dar forma a una organización más, sino de unir a esta generación sin pasado con sus raíces.

De este período de reconstrucción y conquista de la primera FECH en este libro se cuentan sus detalles, por boca de quien fuera su principal exponente: Yerko Ljubetic. Por ello, me limitaré a rescatar sólo algunos momentos:

Durante una breve etapa, de algunas semanas, tuve la suerte de ocupar en forma subrogante la presidencia de la FECH. Por esos días trabajé codo a codo con el singular y brillante Presidente de la FEUC de aquel entonces: Tomás Jocelyn-Holt.

Dimos juntos un paso que presentaba un sinnúmero de riesgos políticos -especialmente en mi caso, como militante de izquierda: reunirnos con el entonces Ministro de Educación Horacio Aránguiz.

Personalmente, me había correspondido -como Secretario General de la FECH- asumir la compleja relación con las autoridades de la Universidad de Chile, las que se desarrollaban en un plano francamente curioso: mientras públicamente ellos desconocían la existencia de la FECH y le negaban la sal y el agua, privadamente sosteníamos una relación permanente con Jorge Mira, designado por el General Soto para tal efecto. Como es de suponer, aquella relación se limitaba sólo a allanar la solución de conflictos y resolver problemas concretos y puntuales, como la detención de alumnos de nuestra universidad; pero jamás estuvieron dispuestos a considerar seriamente planteamientos de fondo de la federación, como fue el caso de la Propuesta de Cambio apoyándose en la absurda idea de que la FECH no existía.

La ocasión, entonces, de ser recibido a nombre de la FECH por el Ministro de Educación, representaba una oportunidad ex-

quisita para desautorizar la política de la rectoría. El Gobierno reconocería tácitamente a la FECH, dejando abandonado a su rector delegado con su obsesiva y nefasta conducta.

La entrevista se realizó y a los pocos días Horacio Aránguiz debió dejar el Ministerio. Siempre he creído que nuestra entrevista no fue la causa de su alejamiento, sino un intento de él por hacer un gesto de dignidad y buena voluntad antes de ser pasado a retiro. Seguramente su suerte ya estaba echada desde antes. En esos días nos alegramos de no haberlo dejado con la mano estirada.

Algunos sectores de la propia federación no entendieron y criticaron abiertamente ese gesto que era, por lo demás, totalmente coherente con la Propuesta de Cambio de la FECH que, para desarrollarse, requería del diálogo entre los estudiantes y las autoridades. La discusión, finalmente, se resolvió en la primera Asamblea General de Delegados de Curso, con la aprobación de la Propuesta de Cambio y una estrategia de lucha más franca.

En octubre de 1985, fuimos encarcelados los dirigentes de varias federaciones de estudiantes acusados por el Ministerio del Interior de convocar a una Protesta Nacional. La permanencia en la Penitenciaría de Santiago nos dio la oportunidad de escuchar los angustiosos llamados de aquel mundo marginal que es la cárcel. Ciertamente, en nuestra condición de presos que estaban en el primer plano de las noticias, no pudimos conocer a fondo el mundo de los presos políticos, con quienes conversábamos a través de una rendija y en cuyos ojos percibíamos toda la crudeza de la vida carcelaria. No obstante, en esos días pudimos trabar amistades profundas con los dirigentes del Comando Nacional de Trabajadores, que estaban compartiendo nuestra suerte.

Aunque ya nos conocíamos, desde el momento en que habíamos realizado en conjunto la convocatoria a diversas protestas, durante esos días descubrimos facetas de los dirigentes sindicales que hasta allí permanecían ocultas para nosotros. En la cárcel, Rodolfo Seguel, el popular y franco líder de las protestas, apareció

en toda su amplia humanidad: cuando llegamos, él y sus compañeros del CNT, nos habían limpiado y barrido algunas celdas y preparado un contundente almuerzo de "bienvenida". Conversábamos animadamente, al calor de los juegos de "Ataque", hasta avanzadas horas de la noche, logrando inclusive arrancarle alguna carcajada de cuando en cuando al siempre serio Manuel Bustos. Mención aparte merece José Ruiz di Giorgio, sin duda el más brillante dirigente sindical de estos años, quien con su madurez, inteligencia y simpatía conquistó para siempre la admiración de los que allí estuvimos. Fue él el redactor del manifiesto "Las manos limpias" con el que se identificó la causa de nuestra libertad; fue también siempre un sabio consejero para enfrentar los momentos difíciles por los que más de alguno pasó esos días.

Allí, compartiendo la misma suerte y las mismas esperanzas, pudimos reforzar la identidad de las luchas estudiantiles con las luchas obreras, fenómeno que en Chile se remonta a la década del veinte, en que la FECH y la FOCH hacían causa común contra las oligarquías, y que tiene también en los acuerdos CUT-FECH de la década del cincuenta, uno de sus momentos más altos.

La práctica de la solidaridad obrero-estudiantil, sin embargo, no se ha limitado en estos años a la pura dimensión anecdótica o "cupular". Ya desde los primeros "viandazos", así como en las primeras huelgas ocurridas en El Teniente, Panal, Good-Year, el naciente movimiento estudiantil puso en evidencia su vocación solidaria, concurriendo con alimentos para la olla común, ayudando a la recolección de fondos y en la difusión del conflicto. Por su parte, los dirigentes sindicales asistían y asisten aún a los casinos de las facultades a conversar con los estudiantes, mostrarles la realidad de los hombres de trabajo, hablarles de los mineros de Lota que arriesgan sus vidas permanentemente, de los despidos masivos, de las arbitrariedades y maltratos con que se acostumbra a humillar a los más débiles.

Con ello, poco a poco, se ha ido construyendo y consolidando una alianza que presenta particularidades que es bueno destacar:

ya no se trata de la antigua solidaridad obrero-estudiantil signada por la acción profética e iluminista de los estudiantes, sino de una relación marcada por la común situación de excluidos de un sistema incapaz de recoger las demandas y aspiraciones de ambos sectores.

Cuando dejamos la penitenciaría, había en todos nosotros una contradictoria sensación de triunfo y de malestar. Triunfo porque salíamos en andas de los estudiantes que con decisión y combatividad habían doblado la mano al gobierno obligándolo a desistir de la acusación; malestar porque tras las rejas quedaban quienes, con mucha mayor justicia que nosotros, merecían salir en libertad.

A lo largo de esta introducción y con el correr de las entrevistas que a continuación presentamos, se van narrando varias historias personales de la FECH y del movimiento estudiantil en sus últimos 20 años. Se trata de una historia reconstruida a partir de lo subjetivo, de lo vivido y lo soñado, que siempre tiene una aparición fragmentaria.

Por ello, sin duda, hay muchas dimensiones, hechos y personas que habiendo sido muy importantes, aquí no aparecen. No pretendimos una historia objetiva, ni mucho menos entregar una completa cronología de lo ocurrido. Otros tendrán que escribir las otras historias de esta empresa colectiva que se llama movimiento estudiantil. Lo que era verdaderamente importante aquí era sostener una reflexión sobre hechos que ya están en el pasado para ayudar a pensar el presente y construir el futuro.

En este sentido, creo que la gran lección que nos deja esta experiencia es que no puede construirse una comunidad -llámese movimiento estudiantil, Universidad o Nación- sin el diálogo, la participación de las más variadas corrientes, y la creación de consensos sucesivos y cada vez más profundos.

Los veinte años del movimiento estudiantil tratados en este libro nos muestran de qué manera los mesianismos ideológicos, los autoritarismos y los vanguardismos terminan destruyendo y atomizando lo que sólo la paciencia, la humildad, el intercambio fecundo y pluralista y la vocación democrática permiten reconstruir. Esa es la conclusión casi unánime de quienes han participado en la experiencia del movimiento estudiantil de las últimas décadas.

La generación estudiantil que reconstruyó la FECH bajo la dictadura debió armarse de valor para enfrentar dos enormes desafíos: el primero fue derrotar la pasividad, el miedo y la represión más despiadada para poder ser sujeto y protagonista del tiempo que le tocó vivir. En ese camino, muchos dejaron lo mejor de sí: Eduardo Jara, Ronald Wood, Patricio Manzano, Rodrigo Medina, Mario Martínez, Ricardo Silva, Oscar Fuentes. Sus vidas han sido el alto precio que esta generación ha debido pagar por atreverse a sacar la voz.

El segundo desafío fue construir un consenso. Para asumirlo se requería tanto valor como para enfrentar a los verdugos: había que chocar contra los propios fantasmas y rencores, había que cuestionar las identidades y consignas que venían glorificadas como encarnación de un pasado perfecto, había que atreverse a excusarse, a perdonar y a mirar hacia adelante.

Salir de las penumbras fue, entonces, una tarea doblemente dolorosa para el movimiento estudiantil. A los que vendrán, como dirigentes o como simples miembros de la FECH, y que tendrán que cuidar este precioso legado hecho de la dignidad y la inteligencia de miles, quiero dedicar este libro.

RICARDO BRODSKY

Santiago, diciembre de 1987

PRIMERA PARTE: LA RECONSTRUCCION DE LA FECH

YERKO LJUBETIC

GONZALO ROVIRA

*Egresado Escuela de Derecho Universidad de Chile
Presidente de la FECH 1984-1985*

*Egresado Escuela de Literatura Universidad de Chile
Vicepresidente de la FECH 1984-1986*

YERKO LJUBETIC

Los primeros contactos que tuve con la política se dieron a través de mi familia, particularmente de mi padre y toda su rama familiar.

Mi viejo viene de una familia que tradicionalmente ha tenido algún tipo de participación política, aunque no necesariamente destacada, pero sí bastante activa. De hecho un hermano de mi padre está exiliado desde el Golpe Militar.

En su juventud, mi padre tuvo una militancia más o menos activa de izquierda y que abandonó después, cuando se casó. Es un ex comunista que conserva bastantes rasgos de lo que, me imagino, habrá sido el PC en esos años.

Mi contacto más directo con las cosas de la política, sin embargo, se produjo después del Golpe. Tengo un recuerdo algo traumatizante: Yo tenía 14 años y mi misión era acompañar a mi padre en un recorrido clandestino desde una casa de seguridad en la que estaba escondido su hermano, hasta la sede de una embajada a la cual posteriormente ingresaría para salir del país, hacia Alemania. Entonces, mi recuerdo más antiguo tiene que ver con esa sensación de clandestinidad que, si bien yo no percibía en toda su dimensión, resultaba ser algo bastante llamativo para mí.

El período de la Unidad Popular yo lo pasé en la enseñanza básica y a pesar que éramos unos mocosos había algunas cues-

tiones que atravesaban nuestras realidades y que provenían de la situación que vivía el país. Por ejemplo, recuerdo que estando en octavo año básico, tenía compañeros de curso que esperaban con ansias el momento de alguna manifestación, de alguna movilización de los partidos ya fuera del gobierno o de la oposición, para ir a entretenerse marchando, tirando piedras o haciendo todo tipo de diabluras dentro del contexto de lo que eran esas manifestaciones.

Mirando las cosas desde ahora, pienso que debe haber habido una politización muy alta como para que niños de once y doce años formaran parte del mundo de las consignas, de las peleas y discusiones políticas.

Posteriormente, desde el 74 en adelante, yo estaba en el Seminario Pontificio Menor en donde la verdad es que vivíamos en una situación de inconsciencia e ignorancia muy grande acerca de lo que estaba pasando en el país, a pesar que ocurrían cosas dramáticas. Al parecer estas cosas fueron hechas de tal modo que una gran cantidad de la población las ignoró, o simplemente prefirió ignorarlas para poder seguir viviendo tranquilos.

Esto también ocurrió en el Seminario Menor, a pesar de ser un colegio de Iglesia, un lugar con características bastante peculiares. Es un colegio que tuvo entre sus rectores a Roberto Bolton y actualmente a Miguel Ortega. Es decir, son parte de la Iglesia comprometida con lo social, con lo que pasa en el país. Pero aun así, en este tiempo los alumnos del Seminario Menor éramos parte de esa mayoría que no sabía o no quería saber lo que estaba ocurriendo.

Pero al poco tiempo, esas orientaciones de la Iglesia comprometida con lo que pasaba se fueron plasmando en el colegio y se tradujeron en actividades. Nosotros, de hecho, teníamos un ramo que se llamaba Doctrina Social de la Iglesia, que era un intento de dar a conocer una visión de la Iglesia muy distinta a la de cualquier otro colegio católico, más allá de la sacristía, de los sacramentos de la Iglesia, comprometida con lo terrenal.

Esas primeras expresiones de una Iglesia que cree en el reino en este mundo, yo las empiezo a percibir a poco andar en el colegio. También teníamos un contacto muy amistoso, muy franco con los profesores que en su gran mayoría eran progresistas y nos ayudaban a plantear inquietudes y a ser más conscientes del mundo y del país que nos rodeaba.

Indudablemente, el cambio, las grandes inquietudes y los grandes temas de mi vida se producen con mi entrada a la universidad. Aunque yo tenía una gran confusión, muy propia por lo demás de todos los que deben optar por una carrera y no tienen los elementos necesarios para realizar esa definición, ingresé a la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, tras mucho cavilar acerca de las perspectivas que podría ofrecerme el periodismo.

La Escuela de Derecho fue una gran decepción. Si bien no me hacía grandes ilusiones, por lo menos tenía algunas visiones, algunas idealizaciones de lo que era la carrera, en su relación con la justicia, con las grandes discusiones; pero a poco andar me di cuenta que no se compadecían para nada con lo que era la realidad de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, y en general con la realidad del estudio del Derecho en nuestro país en todos estos años.

Ese desencanto, esa desilusión, esa percepción tan fuerte sólo pudo ser superada -de tal manera que continué la carrera- gracias a la gente que conocí, a los grandes amigos que hice, a la relación de pareja que entablé que, en definitiva, aunque eran cuestiones accesorias a la carrera, fueron las que me permitieron terminarla.

Estando en la escuela, el año 78 me tocó colaborar en los equipos de organización del Simposium Internacional sobre Derechos Humanos que se realizó en Santiago y que tuvo como principal gestor al Cardenal Raúl Silva Henríquez y a la Vicaría de la Solidaridad.

Para mí fue un hito muy importante porque marcó mi introducción brusca en el tema de los derechos humanos, en las violaciones a los derechos humanos que yo sabía lejanamente que ocurrían, pero que hasta ese momento no había tenido la posibilidad de contemplar y de vivir tan de cerca. Fue, como digo, un hecho que me marcó bastante, algo muy fuerte.

El Simposium sobre Derechos Humanos fue algo muy singular. Aunque ya no se estaba en la etapa más dura, sí había todavía un gran temor e inseguridad, ya que todavía se producían expresiones muy brutales de la represión. A mí me tocó estar en uno de los llamados equipos de seguridad; es decir, ser parte de los equipos que tenían a su cargo el traslado y la conducción de los invitados y participantes en el evento. Me tocó convivir con muchos personeros de la Iglesia Latinoamericana, que tenían ya todos un testimonio muy importante en materia de Derechos Humanos, que me mostraron todo un mundo distinto. Pero también el Simposium mismo contribuyó a abrir mis ojos: el estar tardes enteras en la Vicaría de la Solidaridad rodeados de los agentes de seguridad del régimen, ser objeto de seguimientos constantes, saber que otras personas que estaban en lo mismo que tú habían sido detenidos, que estaban siendo perseguidos; la temática misma del evento, que si bien fue algo lejana para mí, en términos que no participé en el desarrollo mismo del Simposium, de todos modos, todo esto, constituyó para mí un primer encuentro con la realidad de las violaciones a los Derechos Humanos, como algo vivo, como algo que no sólo era una noticia, sino algo que tenía nombres, rostros concretos y formaba parte de lo que era el entorno que vivíamos cada uno de nosotros en ese momento.

Hasta ese momento yo seguía siendo un activo participante en actividades de Iglesia, en la Pastoral Universitaria, pero surgía la necesidad de definir si mi opción iba a tener también una dimensión política. Fue una reflexión bastante difícil a la que accedí con bastante temor, como casi todos los jóvenes de ese tiempo, que carecíamos de una apreciación clara de lo que eran los par-

tidos políticos, cuál era su acción, no sólo en términos generales, sino en el Chile concreto de entonces. No había aún en la universidad expresión clara de la actividad partidaria. Había sólo algunos gérmenes de alternativas estudiantiles que si bien estaban inspirados en consideraciones de orden político, no se traducían en la práctica en expresiones políticas partidarias.

Ingresar a un partido era una definición muy difícil de tomar en frío. En mi caso fue muy reflexionada, llena de consideraciones que sin duda estaban alimentadas por los prejuicios y desconocimientos que acarrecaba. Pero fueron meditaciones que tuvieron la virtud de obligarme a tomar una opción en forma clara y decidida.

Influyeron en mi decisión, especialmente, el hecho que yo era católico o militante en labores de Iglesia y que mi opción política no debía estar muy alejada de eso; también la influencia de algunas personas, parientes y amigos que me hicieron saber que efectivamente la opción política era válida para canalizar mis inquietudes, mi compromiso con esa realidad que estaba empezando a conocer y sobre la cual ya estaba adquiriendo conciencia.

Ingresé así, a principios de 1978 a la Juventud Demócrata Cristiana, más concretamente a la Democracia Cristiana Universitaria, DCU, de la Facultad de Derecho.

Por ese entonces también, surgen los primeros gérmenes de actividad universitaria democrática en la Escuela de Derecho. Es un tiempo en el que nos damos cuenta que hay una enorme cantidad de gente, una enorme cantidad de compañeros que coinciden con nuestra mirada de la realidad de la universidad y del país y que buscan como nosotros plasmar esas coincidencias en algún tipo de iniciativas o actividades concretas.

Estos gérmenes son de todo orden. Muy importante fue la actividad cultural, el fenómeno de la creación de grupos, de talleres colectivos que cultivaban el tema cultural, que reunía a la

gente que tenía inquietudes artísticas. También era importante la labor de Iglesia, de las pastorales universitarias como centros de reunión, de reflexión; eran los espacios para juntarse que no ofrecía el aparataje oficial de la universidad. Todas estas expresiones eran los gérmenes del alternativismo, de la rebeldía frente a una situación opresiva que nosotros íbamos detectando cada vez con mayor claridad y que se expresaba en las limitaciones que imponía la universidad oficial a la reflexión de los estudiantes.

Nos dábamos cuenta que necesitábamos contar con algunas formas de expresión colectiva de los universitarios, con alguna forma de organización, de representación. Claro está que no pensábamos en los Centros de Alumnos o en la Federación de Estudiantes, sino que en formas mucho más básicas, más a nivel de la percepción y los sentimientos de la gente que venía entrando a la universidad.

Todo esto va madurando, se va convirtiendo en una reflexión más acabada, con mayor capacidad de desbordar los límites que nos habían impuesto, se va traduciendo también en una mayor capacidad reivindicativa de los estudiantes. En ese tiempo también, los estudiantes empezamos a tomar conciencia de la situación política nacional, a verla con mayor claridad y a rechazarla con mayor contundencia. Hay algunos hechos políticos que son claves en esos momentos, que pasan a formar parte del contenido de las acciones universitarias: El referéndum del 78 en primer lugar y, posteriormente, el triunfo de la Revolución Sandinista que, paradójicamente, fue una bandera recogida por los estudiantes y que dio lugar a los primeros actos antidictatoriales y a la generación de toda una dinámica de polémica con las autoridades universitarias que fue reforzando y enriqueciendo esas experiencias germinales de descontento estudiantil.

A mí me gusta mucho recordar y compartir con los dirigentes actuales aquel acto en homenaje a la triunfante Revolución Sandinista que organizamos en la Escuela de Derecho, porque me gusta mostrarles a los dirigentes de ahora -que a veces se deprimen

cuando hay momentos difíciles, de reflujos que para nosotros las cosas fueron muy difíciles y no como algunos pueden creer, que envidian la capacidad de convocatoria que tuvimos cuando estuvimos en la FECH.

El triunfo contra Somoza, en 1979, fue recogido por los sectores más decididos, más conscientes del estudiantado minoritarios evidentemente como un hecho con el cual había que solidarizarse y en torno al cual había que pronunciarse.

Efectivamente, lo hicimos así. Yo diría que en la Facultad de Derecho logramos hacer el primer acto que se hizo en el país en términos más o menos masivos, en apoyo a Nicaragua. Juntamos cerca de 100 estudiantes en el patio de la Facultad. Llevamos como invitado estrella a un hermano del cantante nicaragüense Hernaldo, que era lo más cercano que teníamos de Nicaragua a mano. Tratamos de expresar nuestro apoyo a los sandinistas a pesar que estábamos rodeados de unos 300 estudiantes, no abiertamente gobiernistas, pero que no compartían lo que estábamos haciendo y que trataron de impedir nuestro acto. Era una situación bastante difícil. Terminamos muy afectados, nos costó mucho finalizar la reunión y salimos con sensaciones contradictorias. Por una parte, una gran impotencia frente a toda esa gente que no sólo no nos entendía sino que era activamente contraria a nosotros, y por la otra, una sensación de esperanza porque habíamos logrado reunirnos públicamente un número apreciable de gente.

Estos actos fueron el germen del movimiento estudiantil. Los que no vivieron esa etapa piensan que siempre fue fácil; que crear la federación fue llegar y lanzarse. Precisamente, recordar situaciones como ésta sirve para no olvidar que todo empieza de alguna manera, que todo gran desafío, cuando se asume, al principio es tremendamente costoso y difícil, y los frutos tardan mucho en apreciarse.

Todo esto, en un momento dado se transforma en algo más coherente, en un conjunto de organizaciones estudiantiles, en la Facultad de Derecho, en Medicina, en el Pedagógico, que todavía

estaba en la Universidad de Chile, en Ingeniería, que son facultades en las cuales el estudiantado empieza a darle mayor fuerza a sus inquietudes, a sus reivindicaciones, a sus planteamientos; de tal manera que esto, acompañado de unos primeros intentos de movilización por nuestras demandas, bastante modestas, bastante disminuidas, pero que eran fenómenos absolutamente inéditos en ese tiempo, tiene como respuesta en el caso de la Universidad de Chile, el surgimiento o mejor dicho la creación por decreto, de una organización estudiantil oficialista, una organización estudiantil que tuvo como objetivo fundamental acallar las inquietudes estudiantiles, imponer una forma de organización de los estudiantes que fuera funcional al modelo que tenía la dictadura en la universidad.

El surgimiento de la FECECH plantea la primera gran discusión entre los estudiantes. Hay que decir que en ese tiempo ya había un cierto decantamiento, por lo menos en las facultades más politizadas, entre opciones bastante gruesas al interior del movimiento estudiantil democrático. Entre esas tendencias surge una discusión en torno a -y esto es algo paradójico- qué hacer frente a esta nueva organización impuesta por la rectoría.

Básicamente, los planteamientos eran, por una parte, el rechazar de plano esta organización e ignorarla, siguiendo el proceso de participación estudiantil autónoma, sin injerencias de la autoridad, o, conservando ese planteamiento de rechazo a la FECECH, aprovechar los espacios que se abrían en virtud de su surgimiento; particularmente, aprovechar el mecanismo de elección de delegados de curso.

Tras muchas polémicas que por lo demás, frente a otras situaciones, en otros planos, se han vuelto a reproducir en la oposición en estos años, se optó por la segunda alternativa porque era efectivamente el mejor mecanismo para constituir espacios de

debate sin mayor riesgo y generar representantes universitarios, representantes estudiantiles que surgieran realmente de elecciones del propio estudiantado. La participación efectiva a nivel de los cursos abrió la posibilidad de generar interlocutores estudiantiles democráticos, dirigentes capaces de representar una opinión alternativa, una opinión distinta, opositora, frente a la situación de la universidad y del país.

Esto partió el año 79, yo estaba en segundo año y me correspondió ser candidato a delegado del curso, en representación de todos los estudiantes opositores de mi nivel. Fui elegido y eso abrió mi primera posibilidad de ejercer un rol dirigente dentro del contexto universitario alternativo.

Esta fue una experiencia tremendamente interesante porque nos encontramos por primera vez viviendo dos cuestiones que luego se vería que iban a ser parte importante de nuestro quehacer como movimiento estudiantil.

Primero, la posibilidad que a nivel de cursos los estudiantes se pronuncien públicamente por sus preferencias, expresadas en candidatos. Esto estuvo marcado por momentos de gran desconcierto y otros bastante insólitos, como por ejemplo: la elección de nosotros cinco provocó tal alegría colectiva en la gente que estaba en nuestra posición, que no encontraron mejor manera de expresarla que lanzándonos a la piletta de la escuela, y los que conocen la Facultad de Derecho saben que los lanzamientos a la piletta están reservados para las grandes ocasiones.

También fue importante porque nos convertimos, para todos los efectos, en voceros e interlocutores en representación de los estudiantes descontentos de la Facultad, de los opositores, no sólo en términos políticos, sino también portavoces de las inquietudes académicas y de la más amplia gama. Vale decir, todas las inquietudes propias de los estudiantes se expresaban a través nuestro, no sólo las políticas, y eso fue una característica muy importante en ese período, que lamentablemente no se desarrolló suficientemente. En la gestión de la primera federación tratamos de

hacer presente este tipo de inquietudes, especialmente las académicas, porque si bien los problemas estudiantiles tienen una relación con fenómenos de orden político, estas relaciones son más sutiles, más indirectas y complejas de lo que muchas veces se está dispuesto a reconocer.

A partir del año 79 me incorporé al trabajo de la Comisión pro Defensa de Derechos Juveniles - CODEJU.

Esta etapa para mí, como para muchos otros dirigentes universitarios y juveniles que pasaron por la CODEJU, fue muy importante en mi formación política.

La CODEJU es algo tremendamente interesante. Fue creada en 1977 por un grupo de personas que habían sido dirigentes juveniles relevantes antes del Golpe Militar, entre ellos Guillermo Yungue, que había sido Presidente de la Federación de Estudiantes Secundarios de Santiago, la FESES.

Desde un inicio confluyeron en la CODEJU comunistas, DC, socialistas de todo el espectro, jóvenes sin militancia, que marcaron con su ejemplo lo que sería después una de las características importantes de los movimientos juveniles de estos años: la capacidad de concertarse, de trabajar juntos los que son diferentes.

Para mí fue precisamente eso. Un espacio en el cual tuvimos vivencias que nos marcaron muy profundamente: trabajar codo a codo con jóvenes de otras ideologías fue cultivando en nosotros una cierta capacidad de mantener un trabajo unitario, que todavía es muy importante en muchos dirigentes jóvenes.

Allí conocí también a Gustavo Rayo, a Jaime Inzunza, a Felipe Sandoval y a muchos otros con los cuales volví a toparme en la política universitaria, entre ellos el mismo "inventor" de este libro.

Para casi todos los que estuvimos allí, los Derechos Humanos han pasado a ser parte consustancial de nuestras preocupaciones y

de nuestro estilo de trabajo político. La defensa de los Derechos Humanos es una tarea que está por sobre las banderías político-partidarias, la denuncia y el tratamiento de esos problemas exige trascender los marcos partidarios y esta experiencia formativa nos sirvió para entender que una de las cuestiones que podemos aportar como nueva generación en la política nacional es, por ejemplo, la capacidad de abstraernos de nuestra filiación política cada vez que sea necesario para buscar entendimientos y reflexiones comunes con los otros.

Con el transcurso del tiempo, hemos podido aprender que esto no sólo es válido respecto del tema de los Derechos Humanos, sino que hay un conjunto de cuestiones en torno a las cuales no sólo es posible sino que es necesario buscar niveles de entendimiento que no sólo se den sobre la base de circunstanciales coincidencias entre distintos partidos, sino que tengan bases sólidas, para que se mantengan en el tiempo y subsistan mucho más allá que los clásicos acuerdos partidarios. Eso quedó grabado con los años de trabajo en la CODEJU.

Durante el año 80 el movimiento estudiantil se expresa masivamente y en forma muy clara, rechazando el fraude de la Constitución. Esto, unido a lo que ocurrió en el Pedagógico, decide al régimen a aplicar medidas muy duras dirigidas a neutralizar políticamente a la Universidad de Chile. Estas están contenidas en la Ley General de Universidades de principios de 1981, en la que se separa al Pedagógico de la Universidad de Chile, porque era un foco de avanzada en materia de conciencia y decisión estudiantil; y se crea el actual IPS con otras carreras reunidas adhoc. Simultáneamente se desata una oleada represiva que se expresa en suspensiones, expulsiones y relegaciones para numerosos dirigentes estudiantiles.

Todo esto provocó un período de reflujo bastante duro, complejo y prolongado, que dura todo el 81 y la mayor parte de 1982. Por esos días no hay grandes hitos, sino que iniciativas específicas que no trascienden y, sobre todo, a partir del trabajo de los delegados de cursos, empieza a plantearse como objetivo posible recuperar los Centros de Alumnos de carrera y facultad que en ese momento eran oficialistas, dado el sistema electoral que permitía que una minoría tuviera la mayoría.

El año 82, con motivo de las expulsiones del país de Manuel Bustos, Jaime Castillo, Carlos Briones, Alberto Jerez y Orlando Cantuarias, los estudiantes de Derecho hicimos un acto en los recintos de los Tribunales en donde estrenamos un grito que ha seguido vigente y que dice "Queremos Justicia, Poder Judicial".

Concurrimos en gran número y a mí me correspondía leer una proclama de los estudiantes de Derecho en contra del exilio, exigiendo una actuación firme y decidida por parte de los Tribunales. No sólo no pude leer el documento sino que se produjo un intenso forcejeo entre nosotros y el personal de gendarmería que trataba de expulsarnos fuera del recinto, donde nos esperaban las fuerzas especiales de carabineros para detenernos. Lo lograron con varios de nosotros, que permanecemos cinco días en la comisaría.

En ese tiempo estaban muy en boga las relegaciones y más aún contra los universitarios que ya habían sido arrestados alguna vez. Ese era mi caso así que, junto a Fernando Martínez, un compañero de mi escuela, nos sacaron en un auto de Investigaciones y antes que nos diéramos cuenta ya estábamos rumbo al sur, hacia nuestros lugares de permanencia obligada. A mí me tocó Chiloé, específicamente Dalcahue y a Fernando lo mandaron cerca de Puerto Natales.

Todos hemos escuchado alguna vez ese cliché de que tal o cual situación represiva sirvió para "fortalecer mis convicciones y mi compromiso". En lo que mí se refirió, y no tengo intención de generalizar, el cliché resultó ser absolutamente cierto.

Los tres meses en Chiloé fueron extraordinariamente enriquecedores, desde todo punto de vista. Humanamente, es impresionante sentirse objeto de una solidaridad que estaba tan presente en aquellos días con respecto a los relegados. Es algo que conmueve y que marca profundamente. Me refiero no sólo a la solidaridad de la gente más cercana a mí, sino también a aquella de que se me hizo objeto a través de una inmensa cantidad de cartas que me llegaban de todo el mundo, en una iniciativa que seguramente estaba coordinada por las organizaciones de chilenos en el exilio y por instituciones humanitarias. Es muy importante recibir ese apoyo cuando uno está en esas condiciones.

Muy enriquecedor fue también insertarme en una comunidad, en un grupo humano como el de Dalcahue, donde la amistad y la solidaridad tienen mil expresiones cotidianas y que te permiten no sólo conocer un mundo hasta ese momento ignorado, sino también valorar esas maneras sencillas que tiene la gente de expresar su apoyo a quien veían como víctima de una injusticia.

Tuve la suerte de integrarme a las actividades del Club Juvenil de Dalcahue donde, entre otras cosas, participamos en un campeonato de fútbol en el que tuvimos como rivales a la dotación de Carabineros, los que en un principio trataron de argumentar razones legales para obligarme a jugar por ellos, pero finalmente tuvieron que aceptar que jugara por el club juvenil. Recuerdo que le propinamos una gran goleada al equipo de Carabineros de Chile.

Volví de esa experiencia no sólo doce kilos más gordo, sino con mucha mayor confianza en mí mismo y en quienes eran mis compañeros y amigos.

En ese tiempo la labor de los militantes fue muy autocentrada en torno a cuestiones de elaboración política. Empiezan a desarrollarse los referentes de los partidos en las universidades, por ejemplo, la UNED.

La UNED era la expresión de la parte más radicalizada de la izquierda y surge entre varios grupos. El CONECH, era la expresión de la Juventud Comunista. Esos nombres, con todo su rimbom-

bancia contrastaban con lo que realmente había detrás de estas organizaciones. Pretendían llenar, a mi modo de ver en forma muy equivocada, por sí y ante sí, las carencias que eran evidentes en el movimiento estudiantil. La UNED llegó al extremo de plantear la falsa contradicción entre los Centros de Alumnos y ella misma; es decir, o se estaba con unos o con otros. Había una suerte de mesianismo que los llevó a plantearse como alternativa a las organizaciones naturales de los estudiantes, lo que los condujo a un total aislamiento que terminó con su desaparición. El CONECH, por su parte, prolongó artificialmente su existencia para servir como plataforma pública a sus dirigentes, respondiendo a criterios muy poco generosos y estrechos, creando varios conflictos innecesarios en la etapa previa a la FECH.

Había otros movimientos que respondían a otra lógica, como es el caso del Movimiento José Domingo Gómez Rojas, en el cual tuve la ocasión de participar, que recogía la tradición libertaria de la FECH del 20 y quería construir una propuesta renovada. Allí participábamos el MAPU, la Izquierda Cristiana y los chascones DC, pero con la llegada de las protestas y el consiguiente cambio de escenario, este movimiento optó por dejar de existir y abocarse de lleno a la tarea de reconstruir la FECH.

Para el movimiento estudiantil, como para todos los sectores de la vida nacional, las protestas surgen como algo tremendamente sorpresivo. No había hasta ese momento vinculaciones demasiado estrechas ni permanentes entre el movimiento estudiantil y el movimiento sindical, el movimiento obrero organizado. El ya histórico llamado de la CTC, liderada por Rodolfo Seguel, en esa visionaria convocatoria diciendo a los chilenos que éramos capaces de expresar masivamente y en forma colectiva nuestro desacuerdo con el régimen, sorprendió a los universitarios.

Estábamos en plena tarea de recuperar y democratizar los Centros de Alumnos. Ese era el leitmotiv del quehacer del movimiento estudiantil. Surge ese primer llamado a traducir en hechos la dignidad de los chilenos y, desde el primer día, nos incor-

poramos con creciente fuerza a las protestas. Desde ese primer 11 de mayo se ve también que el aporte del movimiento estudiantil universitario es crucial para el desarrollo y el éxito de estas iniciativas de movilización: De hecho, las expresiones más importantes se centraron físicamente en las sedes universitarias: la Facultad de Derecho, Ingeniería, Medicina. Confluían allí los dirigentes sindicales, los dirigentes políticos que empezaban a recuperar cierta capacidad de desarrollar algún protagonismo en lo que estaba pasando. Era muy frecuente -y sigue siéndolo- el que en cada protesta los dirigentes nacionales concurrieran a los campos universitarios a hacer sus proclamas. Los estudiantes, por su parte, salían de las escuelas aportando miles y miles de jóvenes que durante mucho tiempo fueron la primera línea del enfrentamiento político con el régimen.

Es importante también señalar que, si bien las protestas significaron la integración de un elemento nuevo, original, inédito en nuestro desarrollo como movimiento estudiantil, que incorporaba formas de expresión colectiva distintas, sentimientos, esperanzas que hasta ahí no habían aflorado con la fuerza que lo hicieron en ese momento; a pesar de esta inmensa novedad, esto no fue en detrimento de la capacidad de seguir luchando por lo que considerábamos nuestros propios objetivos. Vale decir, las protestas, no sólo coincidieron con nuestra tarea de recuperar y democratizar los Centros de Alumnos, sino que además fueron el impulso necesario para culminar exitosamente este objetivo.

Los Centros de Alumnos que lograban democratizarse fueron, en ese período, reuniéndose para constituir la Coordinación de Centros de Alumnos Democráticos, en donde estaba Medicina Norte, Oriente, Occidente, Filosofía, Ciencias, Arquitectura y posteriormente Derecho, los que se plantearon como una alternativa clara, posible, frente a la que era la FECECH.

Esta coordinación, en el marco de las protestas, cumplió un papel fundamental en el sentido no sólo de convocar a las movilizaciones, sino de ordenarlas; buscando que nuestras actividades

fueran un aporte relevante a la tarea política nacional, y también que las protestas sirvieran para canalizar y enriquecer nuestra propia realidad como movimiento.

Muchas veces se discute si acaso deben priorizarse las demandas políticas a las corporativas del movimiento estudiantil. Pienso que no existe una respuesta en abstracto a ese dilema. En momentos de alza, existe una capacidad del movimiento estudiantil de acceder, de plantear un conjunto de demandas de naturaleza más política y nacional; en cambio, en momentos de reflujo, de crisis, como muchos de los que se han vivido en este tiempo, se hace necesario retomar una línea más compleja y más lenta, que supone hacer conciencia entre los estudiantes del hecho que sus demandas concretas dependen de su capacidad para movilizarse por ellas y que a su vez, tienen una estrecha ligazón con la situación política y/o económica del país. Las protestas fueron expresión de lo primero. Los estudiantes vieron en ellas un camino para enfrentar aquellas cuestiones que estaban en la raíz de sus grandes problemas.

Otro fenómeno digno de destacarse en ese período es la repentina politización de los chilenos. En efecto, desde esos niveles primarios en que la percepción colectiva es estar a favor o en contra de la dictadura, en donde una abrumadora mayoría se inclinaba por lo último, se pasa a definiciones mucho más sofisticadas y complejas, producto de la presencia y el rol que empezaron a jugar los partidos políticos.

En las protestas, los partidos ven la natural oportunidad de recuperar su condición y su naturaleza de representantes de un pueblo que se manifiesta políticamente. Resulta imposible imaginarse siquiera que a la creciente politización de los chilenos no iba a corresponder también un creciente protagonismo de los partidos, porque son cuestiones consustanciales. Sería absurdo que ello me

pareciera mal; sin embargo, lo que sí es muy criticable -y no está de más hacer este ejercicio de analizar la forma en que se produjo la reinsertión de los partidos en la vida nacional- es la forma y muchas veces hasta la intención con que se produjo esta reinsertión.

Quizás yo podría graficar esto con una anécdota que me tocó vivir: Cuando se creó la Alianza Democrática, me correspondió asistir al acto de constitución como invitado, ya que era Presidente del Centro de Alumnos de Derecho. Yo tenía allí un conjunto de sentimientos muy contradictorios: por un lado, una alegría inmensa de encontrarme con tanta gente participando y celebrando algo tan importante como la reconstitución de la capacidad de los políticos de tener presencia y conducción en la vida nacional; pero, por otra parte, el ver que esto ya surgía con problemas e inconvenientes, que no estaban todos los que debían estar, que era sólo una representación parcial de los partidos, me producía una gran desazón. Los que allí estábamos, junto con nuestra alegría por lo que estaba pasando, estábamos también expectantes frente a lo que tendría que ocurrir luego; es decir, el surgimiento de otro referente en el que se juntaran los que no se incluyeron o no fueron incluidos en esta iniciativa. Bueno, y surgió el MDP y más adelante el Bloque Socialista.

Entonces, desde un principio hubo un desfase, una no correspondencia entre algo que era evidentemente un sentimiento colectivo de los chilenos, que era el reconocerse en las protestas, en la esquina de la calle, en la fogata o la barricada, en el local universitario, en la población, o en cualquier lugar en donde se encontraban para expresarse; esto no se correspondía con la emergencia dividida y diferenciadora de los "referentes políticos". Yo creo que en este encuentro de los chilenos en la base había intuiciones muy básicas, pero también muy rotundas: opositoras, antidictatoriales, por el restablecimiento de la justicia, por el respeto a los Derechos Humanos, por una economía distinta al modelo que cruelmente se había impuesto sobre cada chileno. Los

partidos no fueron capaces de recoger este conjunto de percepciones, sentimientos e inquietudes que eran la base desde la cual se podía elaborar propuestas y proyectos adecuados para responder a las necesidades de los chilenos. Por el contrario, lo que hacen es desmenuzar esa identidad colectiva, diferenciar enfoques, desglosar identidades parciales. Esto, yo diría, ha sido muy complejo y difícil, y ha sido uno de los grandes obstáculos en el desafío de terminar con la dictadura y reconstruir y renovar nuestra democracia. Esto también tuvo traducciones en el movimiento estudiantil.

Entre los estudiantes la reinserción partidaria no fue tan brusca ni tan intempestiva, pero también se hizo notar. Cada vez fue más frecuente escuchar a los dirigentes hablar de "nosotros pensamos" más que de "yo pienso", y entender que tras ese "nosotros" no estaban los estudiantes de tal facultad o escuela, sino la visión del partido en el cual se militaba.

Esto produce una cierta rigidización de las discusiones y, cuando surge la polémica acerca de las formas más eficientes a través de las cuales el movimiento estudiantil se incorpora y hace su aporte a las protestas, la polémica en torno a los métodos de acción del movimiento estudiantil, ocurre que se accede a ella armado del "espíritu partidario", haciéndose una identificación entre determinados medios y determinados partidos. Se produce una cierta permanente coincidencia entre el enfoque que cada dirigente decía tener acerca de cómo asumir una protesta en el movimiento estudiantil, con los énfasis que su partido ponía al margen o más allá de cada realidad específica.

Esta situación es muy clara cuando, una vez que queda claro que las protestas son sólo el inicio de una larga marcha para terminar con la dictadura y surge la necesidad de incorporar a ella las demandas propiamente universitarias, se produce una contradicción entre los más vanguardistas, en el sentido que querían obviar ese tipo de consideraciones y seguir insistiendo en un discurso propiamente político, y los que buscan incorporar reivindicaciones

que ligaran a la cuestión política general, los problemas y la realidad de la universidad. El mayor o menor apego entre la lógica de unas demandas o las otras, se va convirtiendo cada vez más en una cuestión privativa de uno u otro sector político dentro del movimiento estudiantil.

Hay allí una expresión clara de la forma en que se va a reproducir en el movimiento estudiantil la discusión política partidaria. Cuando surgen los "referentes", este proceso se hace inevitable: se produce una clara identificación de los dirigentes con sus respectivos partidos y esto pasa a formar parte integrante del quehacer y de la dinámica del movimiento estudiantil, con un sinnúmero de consecuencias, algunas de ellas enriquecedoras pero la mayor parte no tanto. En efecto, fueron muchos los obstáculos y escollos que la visión partidista impuso a un entendimiento de carácter amplio y consensual; situación que tuvo uno de sus momentos más críticos en lo que fue la elección de la segunda directiva de la FECH.

La demanda FECH, la demanda por recuperar la Federación de Estudiantes de Chile, fue una reivindicación temprana. No se presentó sólo cuando hubo posibilidad de acceder a ella, sino que estuvo presente con bastante anterioridad. De hecho, la FECH, como objetivo permanente, formaba parte del análisis de muchos dirigentes ya desde el año 80.

Sin embargo, yo diría que hasta que nos dimos cuenta que era posible recuperar la federación, esta demanda era muy romántica, muy orientada hacia la historia, era reflejo de consignas muy propias del movimiento estudiantil, muy utópicas.

El período en que claramente empieza esta demanda a llenarse de posibilidades, de contenidos y de alternativas es cuando vemos que la recuperación de los Centros de Alumnos y la disolución de la FECECH es inexorable.

Ya cuando había 3 6 4 Centros de Alumnos Democráticos estaba claro que el curso más probable iba a ser el derrumbe de la institucionalidad de la federación impuesta por el régimen; por lo tanto, ya surge la necesidad de aprestarse a llenar ese vacío. Lo que era una demanda histórica se transforma en una tarea inmediata, en una propuesta que va a ir siendo discutida y socializada entre las mayorías estudiantiles, lo que nos permite llegar al tramo final del camino con una conciencia tremendamente extendida acerca del significado de la demanda y la conquista FECH.

Era un sentimiento que trascendía con mucho a los dirigentes y a los sectores más organizados o conscientes, abarcando también a la abrumadora mayoría de los estudiantes de la Universidad de Chile; situación que contribuyó a que uno de los contenidos centrales del espíritu que inspiró permanentemente el proceso -es decir, la participación activa de los estudiantes- estuviera presente con mucha fuerza, como estilo, como objetivo, como intención de los dirigentes a todo nivel, de los sectores políticos y estudiantiles en general. Desde su inicio, la recuperación de la FECH debía obedecer a la voluntad del propio movimiento estudiantil.

En forma correlativa a esta socialización de la demanda por la FECH, en las mayorías estudiantiles se va desarrollando una creciente animosidad respecto a las medidas del régimen y a sus instituciones, como es el caso de la FECECH, en nuestro caso.

Es así como, por ejemplo, la coordinación de Centros de Alumnos Democráticos va asumiendo actitudes cada vez más de pelea contra esa organización. Hay que recordar que la mayoría de los dirigentes de la coordinación habían sido excluidos de la propia FECECH en un claro intento por impedir la influencia de este foco disidente; y esta actitud, este sentimiento que representa la coordinación, se va a traducir incluso en hechos concretos.

Nos toca, durante 1983, ir varias veces a expresar nuestra opinión al local de la FECECH, donde éramos agredidos, éramos objeto de intentos de amedrentamiento. Muchos de nosotros recordamos aún el chapuzón de agua que en una de esas visitas que

hicimos al local de FECECH, nos lanzaron desde el segundo piso. Eran verdaderas batallas que se daban hasta físicamente en ese local. Esas luchas daban cuenta del hecho que las alternativas eran claras, y nosotros nos estábamos jugando por una de ellas, que era la eliminación absoluta de FECECH y su reemplazo en el más corto plazo por una organización surgida de los propios estudiantes, una organización que -como nos gustaba decir- efectivamente fuera representativa de los estudiantes frente a la autoridad, y no representante de la autoridad frente a los estudiantes. A esta demanda democratizadora terminaron sumándose algunos Centros de Alumnos de derecha, como el que encabezaba Julián Goñi, quien intentó mediar en el conflicto entre la FECECH y la Coordinación de Centros de Alumnos, aunque obviamente, sin resultados, porque para nosotros la demanda era una sola e indivisible: queríamos terminar con FECECH y crear la FECH.

En un momento dado los Centros de Alumnos están todos en manos del estudiantado, a través de procesos transparentes y limpios de generación de sus dirigentes. Estos van definiéndose como Centros de Alumnos opositores. Particularmente importante es en este sentido la recuperación del Centro de Estudiantes de Ingeniería, en donde Ricardo Herrera es elegido primer Presidente Democrático del CEI.

Así las cosas, la Coordinación de Centros de Alumnos Democráticos se convierte en un organismo más formal: el Consejo de Presidentes, que ya aspiraba a concentrar la representatividad del conjunto de los estudiantes de la Universidad de Chile.

En su interior se discuten los pasos a seguir. El cuadro que se presentaba era que teníamos todos los Centros de Alumnos con nosotros -o al menos era cuestión de tiempo el que lo estuvieran- y era necesario pensar en pasos superiores, en la reconstrucción de la organización estudiantil; directamente, había que pensar en cómo reconstruir la FECH.

Creo que éste es un momento importante porque esta discusión -que ya venía desde el año anterior entre los dirigentes-

presentó alternativas que dejan muchas enseñanzas. Por una parte, había quienes se inclinaban a avanzar en la medida en que los pasos que se dieran fueran socializados, compartidos, apoyados y encarnados por el movimiento estudiantil, por las mayorías estudiantiles, y otros que ponían el acento un poco más en el cuadro político; es decir, un enfoque que asumía que bastando un acuerdo político de los principales partidos era posible avanzar. En esa ocasión fue muy tentador para todos, ya que la FECECH se había autodisuelto al perder todos los Centros de Alumnos, tratar de llevar adelante un proceso que nos permitiera avanzar rápidamente. Se definió en el Consejo de Presidentes un itinerario bastante rápido, bastante acelerado -los resultados así lo demostraron- que pasaba por la plebiscitación de la alternativa FECH versus la llamada "libre afiliación", que es lo que pretendió imponer la autoridad al disolverse FECECH. Bajo esto, se escondía un intento por dispersar y atomizar al movimiento estudiantil por la vía de promover la organización de un sinnúmero de instancias que hicieran imposible la unidad y concertación en torno a una organización estudiantil, privando de este modo a la demanda de construir la FECH de lo que justamente era más fuerte en ella, vale decir, la idea de una organización única. Entonces, se planteó un itinerario que pasaba por este plebiscito en que se proponía a los estudiantes la creación de la FECH sobre la base de un brevísimo articulado transitorio.

La apuesta era que lográbamos un resultado favorable ampliamente y que eso nos iba a dejar ad portas de la reconstrucción de la FECH propiamente tal.

Yo creo que las primeras señales de que ese camino no era el más apropiado y que nos estábamos alejando de lo que había sido el espíritu predominante en todas nuestras actuaciones, cual era el tratar de avanzar junto a la mayoría de los estudiantes y a su capacidad real de movilización; esas primeras señales se dieron con la iniciación misma de ese proceso. De hecho, el articulado transitorio que se proponía a plebiscito sólo era conocido al interior

del Consejo de Presidentes, lo que ya era contradictorio con la idea de transparencia y espíritu receptivo de la opinión estudiantil con que hasta allí habíamos trabajado.

Todo esto se tradujo en que el Consejo de Presidentes convocó al plebiscito y ante nuestra sorpresa, obtuvimos resultados bastante menores a los que esperábamos. De hecho, fueron dos días de votación y ya al promediar el segundo día vimos que era muy difícil que alcanzáramos el porcentaje mínimo de participación que afortunadamente nos habíamos autoimpuesto, vale decir, el 50% + 1 del universo total de alumnos de la Universidad de Chile.

Como digo, al promediar el segundo día hicimos esfuerzos angustiados por lograr esa votación, recorrimos escuelas y facultades y cuando ya estaban cerradas todas las mesas todavía nos faltaban unos 500 votos para llegar a la meta. Nos fuimos entonces todos los dirigentes a la escuela de Contador-Auditor porque es una escuela vespertina, para tratar desesperadamente de hacer votar a la gente. Reunimos a los cursos, les explicamos la urgencia del desafío que esto significaba y logramos un alto porcentaje de votación, pero no fue suficiente para alcanzar la mayoría absoluta que estábamos buscando. Quedamos con un déficit de cerca de 200 votos.

Este fue un momento muy importante, clave, para el desarrollo del proceso posterior.

Hay que imaginarse lo que significaba para nosotros, que éramos los representantes de esa demanda histórica de reconstruir la FECH, el que nos encontráramos a altas horas de la tarde con que nos faltaban 200 votos para lograr lo que habíamos anhelado tanto tiempo. Sería injusto no decir que hubo algunas voces que en el nombre de los "grandes objetivos del movimiento estudiantil", que eran por supuesto "los grandes objetivos del país", nos llamaron a solucionar esto por la vía de introducir 300 votos a las urnas. Hay que pensar que este era un proceso que corría absolutamente por nuestra parte, no había fiscalización aparte de la que establecimos los mismos organizadores del plebiscito y portavoces

de una alternativa; o sea, desde el punto de vista práctico teníamos todas las posibilidades de resolver el problema por esa vía.

Afortunadamente en todos nosotros primó la sensatez. Logramos acallar esas voces, con algún esfuerzo logramos acallar a los exaltados, con quienes incluso hubo algunos conatos de enfrentamiento físico pues nos instaban hasta el último minuto a "no cometer esa irresponsabilidad con la causa histórica del pueblo", porque esos fueron los términos que se usaron.

Aunque parezca insólito, decidimos declararnos efectivamente derrotados en nuestro objetivo, salir al día siguiente diciendo que no habíamos logrado el suficiente apoyo y que esto nos indicaba claramente que el proceso de reconstrucción de la federación debería transitar por otros caminos, que mostraran realmente una alternativa distinta, mucho más socializada y participativa.

Esa decisión fue muy importante porque de haber cedido a la tentación de solucionar el problema por la vía que recién describía, y por lo tanto, haber llevado adelante la construcción de la FECH sobre aquellas precarias e inestables bases, no me cabe la menor duda que habría arrojado un resultado muy distinto al que finalmente se obtuvo. La suerte y la estabilidad de la federación no habría sido la misma si acaso hubiésemos optado por un camino ni participativo, ni transparente, ni democrático. Optamos por asumir ese fracaso, al que nos llevó el apresuramiento y la irresponsabilidad política y gremial. Este hecho, a mi juicio, marcó de alguna manera el espíritu y el estilo de los dirigentes de la FECH, que estuvo presente en esa época y que aún sigue vivo y espero que lo esté por mucho tiempo.

Retomamos la discusión que habíamos tenido antes del plebiscito y llegamos a la conclusión que el camino más lógico, más sensato, era la convocatoria a una elección democrática de una Asamblea Constituyente, que era más bien una asamblea estatuyen-

te, de dirigentes elegidos por las bases universitarias, que elaboraran y propusieran al conjunto de los estudiantes los estatutos de lo que iba a ser nuestra federación.

Elaboramos un reglamento básico de elección de esa Asamblea Constituyente, en donde cada delegado iba a ser elegido proporcionalmente al número de alumnos de cada facultad; y que debía sesionar con mucha frecuencia y periodicidad para tener en un plazo razonable una propuesta de estatutos de la nueva federación.

Yo en ese entonces ya no era Presidente de Derecho, lo que me permitió ser delegado a la Asamblea. Fue un momento muy importante porque de alguna manera los dirigentes electos allí adelantaban tácitamente lo que pocas semanas después ocurriría en las elecciones a la primera Mesa Directiva. De hecho, yo fui elegido Presidente de la Asamblea Constituyente, en una mesa que además estaba integrada por Ricardo Brodsky, Fernando Espina y otro representante de mi escuela.

De la experiencia de esa Asamblea Constituyente hay varias cosas importantes que recordar, porque son elementos que están presentes aún y que forman parte del espíritu de la federación.

Lo primero a destacar es que la generación de esta asamblea fue cabalmente democrática, y no aludo sólo a cuestiones de origen formal, sino que también al hecho que todos los estudiantes tuviesen derecho y espacio para participar, sin importar si habían estado con el Consejo de Presidentes en la lucha contra la FECECH o eran incluso parte de la desaparecida FECECH. De hecho fue importante la votación obtenida por el Frente Universitario, FU, que era la traducción de lo que era la derecha en el país, básicamente el Partido Nacional y después Unión Nacional, el gremialismo, el nacionalismo o la ultraderecha. Todas esas vertientes derechistas, y muchas de ellas antidemocráticas, pudieron participar con los mismos derechos que ellos nos habían negado a nosotros durante mucho tiempo. De hecho, ya dije que Fernando Espina -dirigente del FU- fue miembro de la Mesa de la Asamblea y posteriormente dos veces candidato a la FECH.

Entonces, hay que destacar esto porque indica que desde su inicio la FECH -incluso antes de su gestación como tal- supo integrar y ser verdaderamente representativa de todos los estudiantes de la Universidad de Chile, y ninguno de los dirigentes opositores buscó en ningún momento la conformación de una organización que representara sólo a los estudiantes de oposición, por muy mayoritarios que estos fueran. Esto se plasma en la Asamblea Constituyente y se ha mantenido en lo que ya es la historia de la FECH actual, lo que es tremendamente relevante, especialmente para enfrentar aquellos momentos de mayor conflicto y confrontación de la federación contra la autoridad interventora.

Tras esta manera de concebir la FECH, había en muchos de nosotros la certeza que en otros momentos de la historia de la federación se habían cometido errores y sectarismos, que debíamos ser capaces de no reproducir, para salvaguardar el carácter representativo y único de la organización.

Una segunda cuestión que me gustaría rescatar de esa Asamblea Constituyente es la discusión misma en cuanto a recuperar nuestra historia; la clara y firme voluntad de los delegados democráticos de convertirse en herederos de la historia de la FECH, es decir, de construir una federación que pudiera realmente sentirse continuadora de una historia de organización y de lucha del movimiento estudiantil hasta 1973.

La FECH de Alejandro Rojas, esa FECH que había sucumbido años antes, tenía en este intento, en esta voluntad nuestra, su posibilidad de continuidad histórica. Pero, al mismo tiempo, esa voluntad nuestra se combinaba con la intuición, de una buena parte de los sectores democráticos, que debíamos también revisar esa historia, extrayendo de ella aquello que fuera rescatable, que mereciera que le diéramos continuidad, pero también discriminando y analizando los capítulos dolorosos, las lecciones negativas, los hechos que no podíamos repetir como miembros de una nueva generación de dirigentes estudiantiles.

Esta combinación entre herederos de una historia y creadores de algo nuevo estuvo también presente en las discusiones de aquella Asamblea Constituyente y en toda la historia posterior de la federación.

Todo esto se materializó en cosas concretas, como por ejemplo en la discusión acerca del nombre de la federación. Para nosotros era ineludible el que la federación debía llamarse FECH. Nuestra decisión no era de orden estético, sino que veíamos allí una forma de plasmar clara y concretamente esta intención nuestra de ser continuadores de una historia.

También esto estuvo presente cuando discutimos acerca de cuáles serían las instancias de la federación. Tuvimos muy en cuenta la necesidad de combinar la representación política de los estudiantes, a través de un Consejo de Vocales de libre elección, en el cual se hacían presentes los representantes partidarios o de referentes que legítimamente estaban entre el movimiento estudiantil, con otro criterio de representación, más expresivo de lo que eran las escuelas y facultades, a través de los Presidentes de Centros de Alumnos que tuvieron una importancia fundamental, que representarían el sentir de las bases, más allá incluso de las opciones partidarias de cada Presidente en particular. Veíamos allí la posibilidad de crear espacios de discusión que se apartaran un poco de lo más tradicional, de la discusión entre partidos, para ceder paso a definiciones de orden político que fueran más allá de los estrechos marcos partidistas.

Buscamos formas a través de las cuales, no digo asegurar porque eso depende de la voluntad política, no de las normas estatutarias, la federación tuviera mecanismos para recurrir a la consulta de las bases y apoyarse permanentemente en lo que eran las opiniones de la mayoría de los estudiantes que pretende representar. Creo que en esta línea, los sectores que representábamos tanto Ricardo Brodsky como yo, fuimos insistentes en buscar caminos que permitieran a la FECH escapar a la dinámica en la cual las cúpulas dirigenciales, las cúpulas políticas, terminan

resolviendo todas las cuestiones con prescindencia de la opinión de los estudiantes.

Esto era para nosotros no sólo una manera de ponernos a salvaguardia de los errores que diagnosticábamos de la FECH que había existido hasta 1973, sino principalmente era fruto de la convicción que ninguna organización democrática tiene posibilidades de sobrevivir en un contexto dictatorial, de ser eficiente y estable, sino busca permanentemente ser consecuente con la voluntad de las mayorías a las que quiere representar.

Este esfuerzo por hacer una federación que fuera continuidad y revisión a la vez de la historia del movimiento estudiantil queda de manifiesto en la propia Declaración de Principios que aprobó esa Asamblea Constituyente (1). Allí está la expresión de consensos fundamentales, de valores, de objetivos permanentes que debían distinguirse de las cuestiones meramente circunstanciales. Dicho en términos más concretos, nuestra aspiración fue establecer un conjunto de valoraciones, que bajo ningún pretexto podían subordinarse a la conveniencia de los actores del movimiento estudiantil y que, a nuestro juicio, eran la base que permitirían a la federación superar las crisis, los desacuerdos y desencuentros que inevitablemente se producirían en el futuro.

Nosotros entendíamos que la FECH había sucumbido aún antes del Golpe del año 73 porque no había sido capaz de superar, de concebirse a sí misma como algo permanente, que debía ser valorada más allá de quién controlaba su mesa directiva o más allá de los difíciles momentos políticos que se vivían en el país y en la universidad en ese momento.

Cuando la conducción transitoria del movimiento estudiantil se convierte en permanente en función de consideraciones partidarias, y no respetando el principio de alternancia en el poder, en ese momento deja de existir en términos reales la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile.

Esta reflexión, que estuvo presente en la Asamblea Constituyente, también formaría parte posteriormente de la gestión de

la primera directiva de la federación. Yo creo que es muy importante el que este tipo de reflexiones estén presentes en las nuevas generaciones jóvenes de chilenos que se preparan para asumir responsabilidades políticas en el presente y futuro del país.

Debiera haber una valoración de aquellas cuestiones que van a ser las bases fundamentales de la democracia que queremos no sólo recuperar sino construir y renovar. Con seguridad, en esa democracia el país va a vivir momentos tremendamente tensos y críticos. Si estas nuevas generaciones políticas han sido capaces de aprender el valor de los consensos imprescindibles, la futura democracia no sólo va a ser más estable sino que también va a poder profundizarse en un sentido de cambio, de transformación del país.

En la medida en que seamos capaces de hacer ese aporte y en la medida en que la sociedad sea receptiva de ese aporte y lo traduzca en gestos y hechos concretos, creo que vamos a hacer una contribución decisiva al futuro de Chile.

Otro aspecto importante del trabajo de esa Asamblea Constituyente fue la discusión en torno a la incorporación del Instituto Profesional de Santiago, IPS, y del Pedagógico, convertido por el régimen en la Universidad Metropolitana. Desde que esas carreras fueron separadas de la Universidad de Chile, por razones de tipo políticas y represivas, la reivindicación por su reinsertión en la Universidad de Chile ha sido una demanda del movimiento estudiantil. Por ello, todos los sectores democráticos estuvimos de acuerdo en incorporarlos a la FECH, como una demostración del espíritu de ruptura con el proyecto dictatorial que nos animaba y también como ejemplo de que valorábamos lo que era la historia de la universidad, de la cual el Pedagógico era parte fundamental.

Una vez terminado el trabajo de la Asamblea Constituyente, que se basaba en la búsqueda de consenso, y que si no se encontraba se redactaban las distintas alternativas, se llevó una proposición de Estatutos y de Declaración de Principios a plebiscito, para que fuera aprobada o rechazada, y en donde también se

resolvieran los artículos sobre los cuales no habíamos arribado a consenso. En el plebiscito, una abrumadora mayoría apoyó el trabajo de la Asamblea Constituyente y la constitución formal de la FECH.

Llegamos así al momento culminante del proceso: una vez resueltas todas las cuestiones preparatorias, como el Estatuto y la conformación de un Tribunal Calificador de Elecciones, se dio paso a la elección de los dirigentes máximos de la federación, particularmente de su mesa directiva.

Es importante destacar al respecto la discusión que se dio para conformar alternativas eleccionarias para la federación. Era indudable que la DCU y el conjunto de los partidos de izquierda iban a constituir una mayoría incuestionable en esas elecciones, pero lo que no estaba nada de claro era la correlación de fuerzas existentes en términos reales entre estos distintos actores democráticos.

Si bien en términos individuales, como colectividad, la DCU era la primera fuerza, la unión de algunos o de todos los grupos de izquierda cuestionaba esa hegemonía electoral. Los estatutos y el reglamento electoral definieron un sistema de elección de la mesa directiva que era de voto abierto en lista cerrada, vale decir, las listas podían presentarse con los cargos preestablecidos o abiertos, en donde la Presidencia la ocupaba la primera mayoría y así sucesivamente.

Esta modalidad permitió enfrentar con éxito las conversaciones al interior de la oposición para ver la posibilidad de gestar una alternativa común en estas primeras elecciones. Pero, obviamente, lo que iba a determinar esa posibilidad no eran sólo las consideraciones de orden formal, sino las cuestiones de fondo, de carácter político.

En este sentido, tanto en la izquierda como en la DCU estábamos predispuestos a conformar una alternativa unitaria, lo que permitió allanar los tres problemas que se suscitaron: en primer lugar, costó bastante definir la representación que debía tener cada sector al interior de la lista; es decir, cuántos DC y cuántos de izquierda, y al interior de esta última, quiénes. Esto fue superado ya que se respetó las referencias dadas por elecciones en los Centros de Alumnos y la Asamblea Constituyente, en donde se insinuaba una cierta equiparidad entre la izquierda y la DCU, lo que nos llevó a acordar finalmente tres candidatos DC y tres de izquierda.

El segundo tipo de problemas estuvo constituido por algunas dificultades surgidas en relación con los candidatos de izquierda. Al respecto, hay que decir que para la DCU era fundamental conformar un equipo coherente y con cierta capacidad de trabajo común, que permitiera una gestión provechosa. Allí hubo algunos problemas que a la postre fueron superados.

Finalmente, hubo un problema derivado de la oposición con que la DCU se encontró al interior del PDC a la idea de conformar una lista amplia, que incluyera a un representante de la Juventud Comunista.

Esto marcó un momento muy especial para mí, que ya había sido designado candidato de la DCU, porque esta situación significó una contrastación directa entre nuestra opinión y la oficial del partido. Hubo momentos muy tensos, pero en definitiva, gracias a la consistencia y claridad demostrada por la DCU, nuestra opinión logró imponerse y al partido no le quedó nada más que asumir lo obrado por los militantes de la Universidad de Chile.

Creo que es importante recordar algunas cuestiones, algunas reflexiones que formaron parte de nuestra discusión y que también estaban presentes en la reflexión de la izquierda, que nos hacían confluir hacia una alternativa unitaria.

Lo primera, es que hay que señalar que tanto para la izquierda como para la DCU, esta voluntad unitaria obedecía a una

consecuencia con lo que había sido la trayectoria permanente en la lucha por este objetivo, del cual nos encontrábamos tan cercanos, de recuperar la FECH. La unidad había sido una constante de la trayectoria del movimiento estudiantil, especialmente en momentos en los cuales, como hemos visto, aún no se decantaban nítidamente las posiciones partidarias. Ofrecimos una alternativa unitaria al conjunto de los estudiantes que habían trabajado unidos y luchado unidos para dar nacimiento a la FECH. Esa fue la razón fundamental.

Una segunda cuestión tremendamente importante -y esta es una reflexión que creo que conserva validez y no sólo a nivel universitario- es que había una clara percepción de la magnitud de los desafíos, tareas y sacrificios que iba a tener que enfrentar la FECH conducida por su nueva directiva. Ello, a nuestro juicio, obligaba a un esfuerzo en la búsqueda de una alternativa lo suficientemente amplia, sólida, representativa, como para asumir con alguna posibilidad de éxito los enormes desafíos que avisorábamos para esa directiva.

La primera FECH, como efectivamente fue, iba a tener que asumir la conducción y representación del movimiento estudiantil en momentos muy difíciles y frente a una dictadura en el país y en la universidad que iba a intentar la desarticulación, la destrucción o al menos la neutralización política de nuestra federación.

Entonces, cualquier reflexión seria, sensata y mínimamente realista concluía necesariamente en que debían hacerse todos los esfuerzos por gestar esa alternativa unitaria. La fuerza de una federación que nacía sin recursos y bajo la hostilidad permanente de la Dictadura, iba a residir fundamentalmente en que la conducción de ella estuviera dada por una plataforma, por una alternativa, tremendamente amplia, consistente y representativa de la abrumadora mayoría de los estudiantes de la Universidad de Chile.

Es importante decir algunas cosas respecto de la campaña electoral propiamente tal, porque reflejan muy bien algunas de las características del movimiento estudiantil de ese tiempo.

Quizás lo más llamativo era el fuerte contraste existente entre las distintas facultades, en cuanto a su nivel de politización. Había escuelas en que los candidatos debíamos hacer un enorme esfuerzo por desarrollar nuestras posiciones de la manera más pedagógica, haciendo ver la relación entre los temas gremiales y los políticos, explicando que los problemas que vivía la universidad tenían un origen común con los que vivía el país. Pero, también había otras escuelas en donde lo específico a nadie le interesaba y toda la discusión se realizaba en términos estrictamente políticos.

Recuerdo especialmente el foro de la Escuela de Derecho, en el Aula Magna, que parecía realizado en otro país: estaba repleto de estudiantes y todo enarbolado con banderas de partidos. Allí, lo importante era la posición que cada candidato tenía sobre el acontecer político nacional, porque eso era lo que interesaba a los estudiantes.

Fue una campaña con mucha presión, de mucho trabajo y, obviamente, ninguno de nosotros había tenido experiencias previas en lides de este tipo, de esa magnitud. Fue una elección que mantuvo una alta expectativa pública, con mucha cobertura periodística. Fue en su momento la elección democrática de una organización social que involucró a la mayor cantidad de personas más de 15.000 estudiantes.

Además, era la primera elección en donde los distintos referentes políticos probarían sus fuerzas entre sí y con las de la Dictadura.

El resultado de las elecciones, que dio una abrumadora mayoría a la oposición, produjo increíbles expresiones de júbilo entre nosotros y una notoria preocupación en los círculos gobiernistas, porque era la confirmación categórica del fracaso rotundo de las políticas destinadas a neutralizar a la oposición y al movimiento estudiantil.

Así, quedó elegida la primera directiva. A mí me correspondió asumir la Presidencia, a Gonzalo Rovira la Vicepresidencia, a Ricardo Brodsky la Secretaría General, a Jaime Andrade la Tesorería, aunque la verdad es que nunca hubo tesoro, y a Cristián Baeza y Rubén Dueñas las secretarías ejecutivas.

Hasta ese momento, el contacto entre nosotros se había limitado al tiempo que trabajamos juntos con Gonzalo y Ricardo en el Consejo de Presidentes de Centros de Alumnos o en la coordinación de Centros de Alumnos Democráticos. Sin embargo, en el desempeño de nuestra labor en la directiva pudimos forjar, especialmente con Jaime y Ricardo, una relación que trascendió mucho más allá de lo político, logrando un nivel de confianza y amistad que todavía se mantiene y que fue, en ese momento, determinante para forjar un equipo de trabajo coherente y solidario.

La noche del triunfo, espontáneamente se reunieron en la Facultad de Ingeniería cientos de estudiantes y mucha gente de otros sectores sociales que junto a políticos de todas las tendencias, fueron a esperar los cómputos y celebrar la victoria. Tuvimos una inmensa alegría. Todos sabíamos que allí estaba culminando una etapa tremendamente importante para el movimiento estudiantil y, al mismo tiempo, que nos asomábamos a desafíos inéditos, que nos exigirían enormes sacrificios pero para los cuales teníamos también enormes potencialidades ahora que contábamos con la FECH. Fue una noche histórica para todo el movimiento estudiantil y para toda una generación que, en ese momento, formal y espectacularmente, nacía a la vida política y se sentía portadora de un mensaje propio (2).

Nacimos en medio de grandes urgencias, con un llamado a protesta inminente, con un Estado de Sitio que se decretaría pocos días después y, sobre todo, con los ojos de millones de chilenos puestos sobre el movimiento estudiantil.

Sabíamos que como primera directiva no sólo nos iba a corresponder asumir la conducción gremial y política del movimiento estudiantil, sino que, además debíamos llevar adelante una labor de consolidación de la organización que estaba surgiendo.

En ese contexto, junto con declarar nuestra voluntad de desobedecer el Estado de Sitio, de "declararle la guerra al Estado de Sitio", como dijimos entonces en un acto masivo en la Facultad de Medicina, iniciamos nuestro trabajo como mesa directiva. Es así como durante ese verano realizamos la Universidad Libre de Verano y los Trabajos Voluntarios 1985.

La primera de estas iniciativas fue, a mi juicio, muy importante y trascendente ya que marca el inicio de nuevas posibilidades de acción para el movimiento estudiantil, que fueron y son muy enriquecedoras. La Universidad Libre surge como un intento de plasmar en hechos concretos una búsqueda y una alternativa de universidad, que se acercara a lo que eran nuestras aspiraciones.

Durante varios días, reunimos a un sinnúmero de académicos, la mayoría de ellos de lo que se ha llamado la Universidad Extramuros: los exonerados, los que trabajan en instituciones alternativas, quienes colaboraron activamente en esta iniciativa, ofreciendo una gran variedad de cursos que abarcaban las distintas y heterogéneas áreas de interés que no eran satisfechas por la universidad oficial.

Teníamos allí desde cursos de filosofía de la ciencia hasta múltiples variables de las disciplinas económicas, políticas, de las ciencias de la ingeniería, del derecho y la medicina. Durante varios días, el local del Centro de Estudiantes de Ingeniería se convirtió en sede de talleres, seminarios, cursos, foros y actividades culturales que atrajeron a cientos de estudiantes, pobladores y trabajadores, reviviendo de este modo una antigua tradición de la FECH: las universidades populares.

Creo que esta experiencia fue muy enriquecedora ya que permitió convertir en realidad, aunque fuera sólo por algunos días, nuestra aspiración de construir una Universidad abierta al país, a

sus problemas y su gente y en donde el pluralismo y la libertad de cátedra fueran una cuestión palpable.

También, en esta línea del rescate de las mejores tradiciones de la FECH, realizamos los trabajos de verano del año 1985. No sólo queríamos una universidad distinta, también queríamos universitarios distintos, al servicio de los más postergados y conscientes de la realidad del país.

Estos trabajos de verano de la FECH se realizaron en la zona de Aconcagua, y estuvieron encaminados a trabajar junto a sectores poblacionales y comunidades campesinas, en los planos de salud, urbanización, educación y cultural. La dictadura, a través de la Secretaría General de Gobierno, anunció expresamente que los trabajos de verano eran un abierto desafío al Estado de Sitio y que no serían tolerados. A los pocos días de habernos instalado en la región, un enorme despliegue de fuerzas de seguridad detuvo a la gran mayoría de los voluntarios. Algunos alcanzaron a refugiarse en parroquias y fueron prácticamente sitiados durante varios días por las fuerzas policiales. Afortunadamente, contamos con la colaboración del Obispo Camilo Vial y logramos sacar a los que estaban encerrados en las parroquias y liberar a algunos de los detenidos. Pero, mientras tanto, sucedió un hecho dramático que nos conmovió a todos: en la Primera Comisaría de Santiago murió uno de los voluntarios, el estudiante de Ingeniería Patricio Manzano.

Para mí personalmente fue algo muy fuerte por cuanto uno no puede dejar de sentir, cuando es Presidente de una organización como la FECH, que tiene una responsabilidad respecto no sólo de las grandes cuestiones del movimiento estudiantil, sino también respecto de la suerte de cada uno de los estudiantes a quienes aspira a representar. En este sentido, la muerte del Pato Manzano fue una situación que nunca he dejado de tenerla presente.

Vivimos durante esos días un dolor muy grande, muy sincero, especialmente de todos quienes estuvieron allí en esos momentos, sus compañeros de escuela, los voluntarios, todos quienes for-

mábamos parte de la FECH. Sin embargo, también ocurrió algo que ocurre casi siempre con casos como éste, en que muere alguien luchando por sus ideales, y es que se privilegia, se levanta una cierta visión del mártir, produciéndose una despersonalización del hombre concreto. El dolor sincero cede paso entonces a un "dolor conveniente", y lo importante pasa a ser, más que la pérdida de una vida, el levantamiento de un mártir, de un símbolo, de un mito.

De alguna manera eso pasó con Patricio Manzano y ha sucedido con todos nuestros muertos en circunstancias más o menos parecidas. Yo creo que eso es nefasto porque nos deshumaniza, nos hace perder sensibilidad respecto de estas situaciones dolorosas, nos hace mirirlas con un prisma estrecho, estrictamente político, alienándonos de las dimensiones más trascendentes y eternamente humanas que tienen cada una de estas situaciones.

Este fue un "cálido y ardiente verano" no sólo por eso, sino porque continuó la represión golpeando a la federación. Incluso el mismo día de los funerales fue detenido Gonzalo Rovira, quien permaneció algunos días en el cuartel de Investigaciones y luego fue confinado a un Campo de Concentración en Conchi, donde permaneció tres o cuatro meses. Durante esos días también se inició la persecución contra nuestro Secretario General, quien debió permanecer en la clandestinidad durante tres meses.

Todo esto, obviamente, afectó el desempeño de la federación ya que no sólo perdíamos a dos miembros de la directiva sino que nosotros mismos éramos objeto de permanente vigilancia, amedrentamientos e incursiones de civiles armados destinadas a atemorizar no sólo a los dirigentes sino a todos quienes se acercaran a nosotros.

Recuerdo, en este contexto, una reunión que sostuve con Ricardo en la casa de un amigo común. Tras muchas medidas de

seguridad, logramos reunirnos con cierta tranquilidad, pero mientras estábamos conversando acerca de los problemas de la federación empezó a temblar: era el terremoto del 3 de marzo de ese año. Durante la misma reunión nos dimos cuenta que la FECH tenía que organizar la solidaridad con los damnificados que seguramente habría y acordamos que Ricardo aprovechara esa situación para aparecer públicamente a cargo de esa tarea. Lamentablemente, el Gobierno no compartió nuestra sensibilidad y aumentó la vigilancia en torno a la casa de nuestro frustrado "encargado de solidaridad con los damnificados".

Estando la FECH en esa situación, y el movimiento estudiantil viviendo un período de mucha desmovilización se hizo presente en nuestras reflexiones la necesidad de concentrarnos más consistentemente en las reivindicaciones y demandas propias del movimiento universitario en torno a los problemas específicos de la universidad (3).

La idea central de nuestra reflexión era que, habiendo ya logrado el objetivo de reconstruir la FECH, el movimiento estudiantil debía proponerse una nueva meta: movilizar al resto de la comunidad universitaria en una clara perspectiva de término de la intervención militar.

Este objetivo, esta estrategia dirigida hacia el fin de los rectores delegados, descansaba básicamente en dos elementos:

Por una parte, en la capacidad de la federación de levantar una alternativa, una propuesta de cambio universitario que fuera capaz no sólo de sumar a la inmensa mayoría de los estudiantes en torno a ella, sino que también debía concitar el apoyo del resto de la comunidad universitaria, especialmente de los académicos; o bien, al menos, convertirse en un aporte importante en la perspectiva de la generación de una alternativa de toda la comunidad universitaria, elaborada en conjunto.

La propuesta de cambio de la FECH(4), mucho más que recoger los elementos que formaban parte de nuestros proyectos particulares o de los cambios que deseábamos, reunía lo que llamá-

bamos los cambios posibles. Es decir, planteaba una propuesta de transición universitaria, no hacia una universidad ideal, utópica, sino hacia una universidad simplemente autónoma, en la cual se abrieran cauces reales a una democratización.

A nuestro juicio, la lucha por terminar con la intervención en la universidad era una lucha viable, con posibilidades de éxito, a condición que fuera asumida por el conjunto de la comunidad universitaria. De allí que nos propusimos como una tarea muy importante estrechar nuestros vínculos con la Asociación de Académicos y con algunos decanos que en ese momento mostraban una disposición crítica hacia el sistema de designación de las autoridades.

Es importante decir, sin embargo, que la propuesta de cambio de la federación fue objeto de una aguda discusión. Si bien fue una propuesta cuyo diseño básico surge de la directiva de la FECH y del trabajo personal de algunos dirigentes, este documento fue el tema central de debate de la Asamblea General de Delegados de Curso que se desarrolló a mediados de ese año. Allí se da un intercambio de opiniones muy enriquecedor que zanja una discusión que se venía dando en términos muy acalorados y que muestra, sobre todo, la capacidad de los dirigentes del más amplio espectro de posponer diferencias, de anteponer a los legítimos planteamientos que parecían como de fondo, un acuerdo en función de lo que era la definición esencial de dicha propuesta, vale decir, un programa mínimo, de transición, que debía concitar necesariamente el apoyo de todos los estudiantes y el respeto del resto de la comunidad universitaria (5).

Creo que este es un momento en que el estamento académico ve en el movimiento estudiantil algo distinto a la típica imagen de los revoltosos siempre dispuestos a movilizarse, bajo cualquier circunstancia. Los académicos perciben en forma clara que el movimiento estudiantil no sólo es un socio indispensable, sino que estaba haciendo un aporte tremendamente enriquecedor y original que contribuía incluso a la formulación de alternativas respon-

sables y serias. Hay en esto, creo, un antecedente de la relación que se desarrolló cada vez con mayor fuerza entre académicos y estudiantes y que fue tan importante en la lucha contra Federici, el año 1987.

El segundo elemento, aparte de la propuesta de cambio, que fue muy importante para darle al movimiento estudiantil un nuevo curso, fue la formulación de un diseño de movilización estudiantil que ponía el acento en la creatividad, la participación de las mayorías y el respeto a los acuerdos de la federación. Impulsamos una serie de iniciativas, muchas de ellas frustradas y otras exitosas destinadas a hacer presente que la universidad no podría seguir siendo materialmente gobernada por rectores delegados. Es así como realizamos ocupaciones de las oficinas administrativas de los decanatos, días "del ruido" en que todos los estudiantes hacían ruido, días "del silencio", etc.

En el fondo pretendíamos alterar la normalidad de la intervención a través de acciones eminentemente masivas y pacíficas que crearan situaciones conflictivas, de desgobierno, de desobediencia y que, en definitiva, llevaran a la necesidad de construir una nueva normalidad, basada esta vez en el respeto a la comunidad universitaria.

En esta misma línea, realizamos plebiscitos preguntando a los estudiantes si apoyaban la intervención de la universidad o si estaban por comprometerse con un proceso que apuntara a restituirle su autonomía. Así, poco a poco fue construyéndose un objetivo cada vez más socializado: sacar al rector delegado y a los decanos designados por éste.

Esta estrategia tuvo algunos resultados muy importantes durante ese año, como fueron la destitución de los decanos de Ingeniería, Poblete, y de Medicina, Donoso, quienes representaban a los sectores más retrógrados y autoritarios; sin embargo, yo creo

* Ver Tercera Parte: Entrevista a Germán Quintana y Carolina Tohá.

que su verdadera culminación ocurrió este año 1987, en la lucha contra Federici. La actual directiva de la FECH supo retomar y perfeccionar esta estrategia que había sido abandonada el año 1986 en función de meter a la FECH en lo que era "el año decisivo", con una concepción muy instrumentalista del aporte del movimiento estudiantil a la causa de todo el país.

La expulsión de Poblete y Donoso fueron hitos tremendamente importantes porque insuflaron una mayor fortaleza y confianza al movimiento estudiantil y porque fueron el detonante del proceso de renovación de los decanos que el General Roberto Soto se vio obligado a respetar.

El concentrarnos en los problemas propios de la universidad no significa que nos hayamos despolitizado, o que hayamos perdido de vista la causa más general de los problemas de la universidad. No, lo que ocurrió es que teníamos la certeza que un triunfo de la universidad en cuanto a recuperar su autonomía o mayores niveles de participación, no sólo era un aporte en sí mismo sino que además era el mejor ejemplo que podíamos darle al país, en el sentido que era posible enfrentar al régimen militar y vencerlo. Nuestro propósito era infringirle una derrota política al régimen en uno de los centros de poder más importantes del país, por lo tanto, el desafío que nos impusimos era tremendamente político y estaba indisolublemente ligado a la lucha democrática a nivel nacional. Estoy convencido además, que esa fue una opción justa porque mostró a una Federación que no era sólo contestataria, que no era sólo un movimiento que actuaba en reacción a las políticas oficiales, sino que éramos capaces de plantearnos objetivos, desafíos y alternativas más permanentes y propias, a partir de las cuales enfrentar al régimen y al proyecto oficial.

Al final de nuestra gestión, cuando ya nos preparábamos para llamar a elecciones de la segunda directiva, se produjo nuestro

encarcelamiento como dirigentes sociales que habíamos convocado a una protesta en conjunto con los trabajadores. Esta anécdota es interesante para comprobar una cuestión fundamental:

A esas alturas la federación se había encarnado efectivamente en el conjunto de los estudiantes. La movilización masiva de miles de estudiantes luchando por la libertad de sus dirigentes era la mejor expresión de que la FECH ya era incuestionablemente una organización de todos los estudiantes de la Universidad de Chile y que, mucho más importante que eso, esos estudiantes reconocían en ella a su organización, que estaban dispuestos a luchar por ella, a defenderla porque ella era portadora de la propia dignidad de cada uno de ellos.

Esta tremenda fuerza de la FECH y de las demás federaciones, obligó al régimen a retroceder. Creo que en ese momento se consolidó definitivamente la federación, por la cual habíamos luchado incansablemente nosotros y toda una generación estudiantil.

Apenas salimos de la cárcel, tuvimos que enfrentar una situación muy especial en la federación. Muchos presidentes de centros de alumnos, algunos vocales y hasta algún miembro de la propia directiva no querían que se realizaran las elecciones que correspondía y promovieron un acuerdo que prolongaba nuestro mandato hasta el año 1986. Tuvimos que realizar una discusión muy seria para que primara el respeto a la institucionalidad que nosotros mismos nos habíamos dado y que era una fuente fundamental de la legitimidad de la federación. Muchas de las discusiones que se dieron en la Asamblea Constituyente tuvimos que revivirlas hasta convencer a la federación que las elecciones debían realizarse, aunque ya todos sabíamos que no se concretaría una nueva lista unitaria y que mucho de lo que habíamos hecho corría el riesgo de perderse.

GONZALO ROVIRA

Soy el menor de una familia común y corriente de tres hijos, una mujer y dos hombres. La verdad es que la influencia directa de mis padres en mis opciones políticas y de vida no es tan grande como pareciera a simple vista. Yo me separé de ellos cuando tenía 16 años y en la práctica, desde entonces, no los he vuelto a ver.

Mi padre era el Vicerrector de Extensión de la Universidad Técnica, trabajaba allí desde hacía muchos años y tenía una gran participación política junto al Rector don Enrique Kirberg. Mi madre fue dirigente de la FECH, fue candidata a diputado y después, a partir del año 70, fue Vicepresidenta de COCEMA, la Organización que agrupaba a todos los Centros de Madres a nivel nacional.

A pesar que ambos estaban muy comprometidos con el Gobierno de Allende, creo que no influyeron decisivamente en mis definiciones políticas. Es muy poco lo que pudimos hablar antes del golpe, nunca tuvimos tiempo para conversar y después no era un tema muy grato de discutir. Creo que nunca hubo un momento para hablar de política y, cuando lo hubo yo tenía mi vida independiente.

Creo que pudo influir más la actitud de ellos ante la vida, la actitud que tomaron ante la decisión de salir del país, la decisión

para sobrevivir. Mis padres estaban siendo buscados y ellos se negaban a abandonar el país, hasta que la salida fue una cosa irremediable, momento en el cual, si mal no recuerdo, vi por primera y única vez en mi vida llorar a mi madre.

Es muy difícil enfrentar el exilio. Tal vez no hay pena más dura que eso, y ellos lo afrontaron con mucha entereza, con mucha fuerza. Recuerdo momentos difíciles, claro, pero sobre todo una actitud alegre, y eso, eso sí que me influyó.

Yo estudié en el liceo Manuel de Salas. Ahí entré prácticamente desde el Kinder hasta que llegó el Golpe.

En el liceo conocí a buena parte de los que aún son mis amigos. Después estuve internado en un pueblito que queda a sesenta kilómetros de Orleans, en Francia; finalmente, terminé mis estudios secundarios en Berlín, en la R.D.A.

En Francia estudié el octavo básico, lo repetí. Fue una experiencia muy poco grata porque estaba en un internado de régimen prácticamente militar en que uno salía de allí una vez a la semana, los días miércoles. A mediados del año 74 me fui a Alemania, donde entré nuevamente a un colegio, otra vez al octavo básico, en una escuelita que quedaba en la ciudad de Magdeburg, la ciudad de Martín Lutero. Allí terminé el octavo básico que no pude terminar ni en Chile ni en Francia, pero, en la práctica, creo que nunca he terminado ese octavo básico porque en Alemania lo que hice fue asistir como oyente en los últimos meses. Hasta ahora, no tengo certificado de notas de ese octavo básico y creo que ya no lo voy a obtener.

Al año siguiente, 1975, entré a estudiar en un colegio del barrio Lichtemberg de Berlín, en donde cursé el noveno y décimo año. Terminado el décimo año, allí seleccionan a los mejores alumnos y los pasan al Preuniversitario, en donde terminan la enseñanza media y se preparan para la Universidad.

Tuve la suerte de ser seleccionado porque en esos Preuniversitarios el nivel de exigencia es muy alto, pero al mismo tiempo tienes una vida científica y cultural muy rica, en la cual te prepa-

ras realmente para la Universidad. Durante esos dos años, sólo estudias ramos básicos, cinco o seis ramos solamente y profundizas bastante en cada uno.

Por otra parte, el método de estudio también me marcó mucho; es un método muy intensivo, que exige mucho de los alumnos, tanto en lo que se refiere al cumplimiento de formalidades, como llegar a la hora, como al nivel de profundidad en que tienes que leer los textos que te indican. Tú aprendes a estudiar, a analizar, a sintetizar y a discutir. Todo eso es muy importante.

De la lectura, bueno, yo empecé a leer de verdad en la Embajada cuando estábamos asilados. Yo tenía 13 años y allí empecé a leer. Llegó a mis manos Cien Años de Soledad, que fue la primera novela que leí de verdad y me apasionó, me apasionó tremendamente al punto que después de eso leí todo lo de Gabriel García Márquez. Allí en la Embajada no recuerdo otras lecturas importantes, a pesar que leía todo lo que pasaba por mis manos. Fue un año más tarde cuando leí el libro que creo fue el que más me influenció. Ese libro fue el "18 Brumario de Luis Bonaparte", de Carlos Marx, que no es un libro muy conocido, que no es un libro teórico propiamente tal, pero es un libro que a mí me impresionó mucho, es como un informe político, me impresionó y me gustó mucho.

Después de esa lectura de Marx me pasó lo que a todos los jóvenes en algún momento, o a muchos jóvenes les pasa: hay un momento en la vida en que lo único que vale la pena es leer ensayos. A mí también me dio esa obsesión. Tenía 14 años y decidí no salir de vacaciones para quedarme estudiando y leyendo. Me dedicaba a eso todo el día. Durante ese tiempo leí mucho a Marx, quien me impactó profundamente. Leí tomos y tomos de él.

Cuando llegamos a Berlín comencé a participar en charlas que se daban. Iba a conferencias sobre el fascismo, leí el discurso de

Dimitrov, estaba obsesionado por el estudio. Nunca salía de viaje. Muchos piensan: "aprovecharás de viajar, de conocer Europa", pero yo no tenía tiempo para eso.

Tuve un ingreso prematuro a la política, cuando tenía 11 o 12 años, en 1972. Ahí surgen con mucha fuerza los Pioneros, que eran una alternativa a los boy-scouts. Los boy-scouts a comienzos del año 72 realizaban muchas actividades en los colegios, internando carpas, mostrando lo que hacían y ahí yo empecé a participar juntándome con los que no eran scouts, con los pioneros, que era una organización que representaba un paso previo a la actividad política más abierta.

Ya en el año 72 yo estaba participando en los Trabajos Voluntarios; recuerdo que nos juntábamos en la parte de atrás del edificio de la UNCTAD, como lo llamábamos entonces, almorzábamos ahí y nos íbamos a los trabajos voluntarios, participábamos sacando sacos de azúcar y tratando de solucionar los problemas que creaba el paro de los camioneros. Tengo nociones de ciertas cosas, pero era una participación infantil, un poco uno iba a "echarle el pelo" y a aportar, claro, pero era un aporte sin mayor intención. Pero todo el mundo lo hacía, todos estaban muy politizados.

Después aparece eso de "Yakarta viene". Se empezó a rayar las paredes, creo que a comienzos de 1973, y eso me impactó muchísimo. Los compañeros trajeron unas fotos de lo que había pasado en Yakarta y ahí pude entender lo que significaban esos rayados. Comenzamos, entonces, una campaña propagandística para mostrar lo que era Yakarta, lo que había pasado allá y empezaron a ocurrir hechos en el Liceo que iban demostrando que eso de Yakarta no era una cosa antojadiza.

Más tarde vino la cosa de la E.N.U. Esa fue la primera cuestión en que me compenetré políticamente. Dimos la pelea y fue

muy difícil. Yo entendía muy superficialmente el proyecto de la E.N.U., pero fue lo primero que me interesó. Como yo era de los pioneros, todos los de mi curso que no eran boy-scouts, que no estaban metidos, no entendían nada y suponían que yo tenía que saber. Entonces, recuerdo que llegábamos a los Consejos de Curso y me preguntaban a mí qué era la E.N.U., y yo tenía que responder. Eran unos chamullos impresionantes pero poco a poco tuve que ir aprendiendo y tuve que saber qué era eso, y eso, lógicamente, me permitió tener más conciencia de las cosas que yo estaba haciendo.

En ese mismo momento fui candidato al Centro de Alumnos. Ganamos la pelca para que los octavos básicos tuvieran representación en el Centro de Alumnos y yo fui elegido como uno de los delegados. Fui candidato del Comité de la Unidad Popular de los octavos básicos.

De todos modos, lo que hice allá, lo que hice en esos años, la verdad es que lo cuento muy poco, casi prefiero no acordarme, porque fue una cosa muy infantil todo eso. Eso mismo le debe haber pasado a muchos niños como yo de 12, 11 años; pero lo valioso fue que me permitió vivir algo de lo que fue el Gobierno de la Unidad Popular.

Para el Golpe yo estaba en el Manuel de Salas. Días anteriores habían ocurrido hechos muy tristes. Había muerto un gran amigo mío, muy amigo, que era Rodrigo Díaz. Era un muchacho del colegio, murió de un balazo el 5 de septiembre. Un balazo accidental, aunque no tan accidental porque estaba ligado a todo lo que estaba pasando previo al Golpe de Estado, a toda esa tensión.

Rodrigo se transformó para mí en el primer mártir que caía, que era muy cercano. Yo había estado con él pocas horas antes que muriera. Para mí fue muy chocante y eso me había dado como una especie de fuerza, como la necesidad de hacer algo.

El día del golpe nos sacaron de clases a la media hora de haber entrado y dijeron: se suspenden las clases. Empezaron a llegar los padres a buscar a los niños. Yo fui al hall de Rectoría y allí, entre muchos otros, nos pusimos a esperar que llegaran los dirigentes. A eso de las nueve y media llegaron y se organizaron algunas cosas, montamos una radio y se informó lo que estaba pasando. Entendimos que estábamos en un Golpe de Estado y que no era broma.

Nos sentamos a escuchar la radio y ahí se juntó muchísima gente, gente cuyos padres no los venían a buscar. Eso era sintomático porque había un grupo grande que sabía que sus padres no los irían a buscar porque ellos tenían compromisos con el gobierno. Yo era uno de esos niños y yo sabía que tenía que arreglármelas solo porque mis padres no iban a dejar sus puestos de trabajo, que eran sus puestos de lucha. Yo eso ya lo había conversado con ellos y me parecía muy natural que así fuera, aún después de lo que le había pasado a Rodrigo.

Estábamos organizándonos en grupos de 10 o 15 para prepararnos por si había que entregar alguna ayuda del tipo que fuera -porque en ese momento estábamos dispuestos a cualquier cosa -cuando nos llamaron porque iba a hablar Allende.

Partimos todos al hall y escuchamos el discurso de Salvador Allende. Fue muy chocante. La gente no sabía qué decir; yo tengo una sensación..., he leído muchas veces ese discurso, pero nunca me ha vuelto a producir esa sensación de la primera vez, que fue muy amarga, con la cual me he quedado para siempre en relación a ese discurso. Yo sentí que en ese momento ya no había nada claro, nada claro, y bueno yo creo que ese es un sentimiento de la masa en ese momento, por lo menos ahí en el Liceo.

A eso de las tres de la tarde anunciaron que habría toque de queda y tuvimos que irnos del Colegio. Me fui con dos amigas y un amigo con quienes muchas veces hemos recordado esa salida del Manuel de Salas. Me fui a una casa de amigos de mi familia, en donde esperaba encontrar a mis padres en algún momento.

Días después volvimos a nuestra casa; cuando llegábamos nos encontramos con que la estaban allanando y nos llevaron detenidos a mí y a mi hermano. Teníamos 13 y 14 años. En la comisaría nos interrogaban sobre nuestros padres, querían saber donde estaban. Nosotros no teníamos la menor idea, la verdad es que no estábamos mintiendo en lo más mínimo, no teníamos remota idea. En la noche se llevaron a mi hermano y cuando lo traen me doy cuenta que le habían pegado y después, el mismo tipo me agarra y me lleva detrás de la puerta. Me dijo: "quédate ahí". Esperé y al rato llegó y me dijo: "ya sale, y vuelve pa'llá". Me mandó a la misma pieza. Había estado escondiéndome para que no me llevaran; después me dijo que tenía un hijo igual que yo, que él tenía un hijo que se parecía mucho a mí, y por eso me evitó el interrogatorio en que me iban a pegar, igual que a mi hermano.

Al segundo día acabaron los interrogatorios y nos mandaban a hacer aseo en todo el recinto. Estábamos siempre vigilados. Finalmente, un día estábamos limpiando las ventanas y llegó un capitán y dijo: "Qué están haciendo estos aquí". Le dijeron que estábamos detenidos, que habíamos caído en un allanamiento. Nos preguntó si sabíamos donde estaban nuestros padres y nosotros le dijimos que no. Le dio unas instrucciones a otro oficial o sub-oficial, no tengo idea, y cinco para las seis nos dejaron en libertad.

Como el toque de queda era a las seis, tuvimos que irnos corriendo hasta la casa de un familiar cercano que vivía por ahí.

Dos o tres días después pudimos ubicar a nuestros padres, producto de una casualidad muy grande. Más o menos un mes después nos asilamos en la Embajada de Francia. Mis padres no podían salir a la calle hasta que un día les mandaron a decir: "ustedes se van". A mediados de diciembre partimos definitivamente al exilio.

Todo esto cambió mi vida. Bruscamente, se acabó mi infancia, ya no se podía pensar en juegos. En la embajada todavía jugué a lo que se podía, pero poco a poco me di, me integré como un

adulto: ya estaba en los turnos de cocina, de aseo, teníamos que hacer las cosas igual que todo el resto. Ahí empecé a preguntarme más en serio qué pasaba.

Me acuerdo de la gente de esa embajada. Había uno al que llamaban "el eléctrico", un hombre que no sé qué cosa era, todas las noches tiritaba, tiritaba y tiritaba con la corriente eléctrica. Le pusimos el eléctrico. Me acuerdo del "Sánguche de Lengua". Un tipo que no paraba de hablar, hablaba todo el día y toda la noche, era desesperante. Tú estabas acostado durmiendo y el tipo te despertaba para seguir conversando. Me acuerdo de gente que estaba loca. Un hombre, no sabía que edad tenía, de origen aymará, había caminado 400 kilómetros. Cuando llegó a la embajada -lo metieron unos curas- hubo que sacarle las botas y cortárselas porque las tenía pegadas a la piel. Venía caminando desde hacía dos meses. Lo habían perseguido con helicóptero. Tenía una costilla que se le había quebrado al caerse de un barranco en la cordillera y él, con una tabla, se había hecho una amarra ahí en las costillas para que no le doliera. El se volvió loco después, pero creo que más adelante se recuperó. Me acuerdo que cuando llegó a París se compró una moto al poco tiempo. Quería cruzar la cordillera para volver a Chile. No tenía nada que hacer en otro país, donde ni siquiera hablaban su idioma. El creía que era cosa de cruzar la cordillera en moto para llegar desde Francia a Chile.

Toda esa gente de la embajada vivía dramas mucho más reales que el mío. Lo mío yo lo hallaba medio irreal y me preguntaba porqué todo esto, y esa pregunta por el porqué de todo eso se me volvió una cosa obsesiva. Tiempo después, cuando llegué al exilio en Francia me dediqué a estudiar la respuesta a esas preguntas, a estudiar qué cosas habían pasado en Chile y de ahí fue naciendo poco a poco la decisión de volverme.

Para mí el exilio comienza en Francia y me marca un sentimiento de desarraigo tremendo. Vivíamos en un local de vacaciones de los empleados del correo de Francia. Es decir, era un lugar de tránsito por excelencia, que no estaba hecho para vivir y, bueno, ahí estábamos, comíamos y dormíamos.

Después estuve en el internado esperando que mis padres tomaran alguna decisión, hasta que un día llegaron y dijeron: "nos vamos, nos vamos a Alemania".

Inmediatamente nos fuimos con mi hermano del colegio y, antes de irnos a Alemania, estuvimos recorriendo París, conociendo París. Teníamos un anhelo increíble por conocer París. Queríamos ver los cuadros, las estatuas, la Torre Eiffel. No teníamos un peso de plata y salíamos con mis hermanos, comprábamos baguetas, esos panes largos, les echábamos mantequilla y partíamos con eso y con la poca plata que juntábamos para pagar entradas a los museos, partíamos desde las 8 de la mañana hasta las 10 de la noche a recorrer París, caminando y comiendo pan. Lo más que hicimos para comer fue entrar una vez a un café, pedimos dos cafés para los tres y sacamos nuestros panes. Todo el mundo nos quedó mirando.

Como ya dije, después partimos a Alemania y allí tuve una profunda inmersión en los textos, especialmente los de Marx, y empezó también allí una larga espera para materializar una idea que me resultaba obsesiva: volver a Chile.

La idea de volver a Chile se me ocurrió un día en que se juntaron todos los chilenos. No sé cuántos habría habido, pero eran muchos y un compañero dijo que está planeando volver a Chile. Yo me acuerdo que ese mismo día que él lo dijo, el mismo día que él lo planteó en ese mismo acto, al terminar la reunión yo me acerqué y le dije: "yo me vuelvo a Chile, dígame Ud. qué tengo que hacer y me vuelvo de inmediato". El me dijo: "prepare usted mismo su plan para regresar, qué haría en Chile, cómo y dónde iría y después acá vamos a tratar de ayudarlo económicamente para que pueda irse". Y eso hice. A partir de ese momento, volver

fue mi preocupación central. Fue también en esa época que me acerqué más a la realidad del socialismo de la R.D.A.

Mi hermana se casó con un alemán y yo pude conocer más directamente las preocupaciones que tiene esa gente. Yo no era amigo de los alemanes; yo, como todos los chilenos, vivía en el submundo aparte de los exiliados chilenos, en donde se toma mucho "caldo de cabeza".

El socialismo, sin embargo, me mostró muchas cosas. Aprendí allá mucho de lo que es el problema de la libertad. Yo nunca acá en Chile he rehuido este tema del cual siempre se habla. Yo allá tuve el convencimiento más absoluto de la libertad del socialismo y de las posibilidades infinitas que da al hombre.

Leí una frase en ese entonces que decía que la libertad es la posibilidad del hombre de desarrollar al máximo sus potencialidades. Para mí la libertad era eso en ese momento y, al margen de que ahora yo esté convencido o no de esa argumentación teórica, que la verdad es que desde el punto de vista teórico no lo estoy tanto, en la práctica, estoy cada día más convencido que el socialismo da al hombre la posibilidad de desarrollarse plenamente en todas sus potencialidades.

Allá hay principios generales que se aplican: el Bienestar Común del pueblo. Los países socialistas tienen prioridades muy claras. Allí teníamos de todo: educación de un nivel excelente y gratis; salud también excelente y gratuita; la comida, muy barata; todo lo relacionado con la cultura, los libros, los discos estaban bonificados y salían a un precio increíble; la locomoción, hace 20 años que el pasaje en bus vale lo mismo, 20 Fénig, lo que es una ridiculez. En el socialismo el sábado y domingo no son días de trabajo, ellos creen en el derecho al descanso.

La visión de la vida, por lo tanto, es diferente porque cada uno tiene las posibilidades de seguir desarrollándose al margen de los problemas de la subsistencia, porque esos los asume el Estado, y el Estado representa al conjunto de la sociedad o a la mayoría,

para ser más exactos. Allá no existe la cesantía. En todas partes necesitan torneros, ingenieros, técnicos, gente que quiera trabajar.

Bueno, yo creo en el socialismo y creo que es una necesidad imperiosa del día de hoy, en todo el mundo, soy un convencido de ello; creo en el marxismo, no como un dogma, sino justamente creo en él porque no es un dogma.

Ahora, lógicamente, también el socialismo tiene problemas diversos, ¿no?, porque tal como el socialismo tiene formas distintas según las realidades nacionales, también tiene diversos tipos de problemas, y los problemas de la RDA. no son los mismos que en Cuba, o en la URSS.

Lo primero que hice cuando llegué a Santiago el año 79 fue llamar a don Alejandro Lipschutz. Yo admiraba profundamente a ese viejito; me acuerdo que llegué, hablé por teléfono y me contestó su enfermera. Desconfió al tiro de quién le estaba hablando y no pude hablar con él. Después de esa experiencia no busqué nada más, traté sencillamente de vivir acá y de hacer lo máximo para que terminara todo esto.

Ingresé a la escuela de Agronomía de la Universidad de Chile y al Comité pro-retorno de exiliados de la Comisión de Derechos Juveniles (CODEJU). Mi hermano era el presidente, yo el secretario del comité pro-retorno. En la escuela, en esa época, el tema político era un tabú, nadie hablaba. Yo tenía una doble vida porque durante el día estaba en la escuela, en ese ambiente, y en las tardes me iba a la CODEJU hasta la noche. Además, tenía una hija y no era fácil cumplir con todas las responsabilidades.

En la Universidad, por esa época había surgido la ACU y aunque nosotros no participamos me acuerdo del caupolicanazo que fue precioso. Poco después se producen los hechos del Pedagógico y estuvimos allí, cerca de la gente del pedagógico. Me acuerdo que ahí hablé en nombre del comité pro-retorno. La cosa universitaria

aún era muy incipiente, había un temor a lo que era la política; yo me acuerdo que un grupo de cabros del pedagógico fue a la escuela de Agronomía y hablaron en un anfiteatro que hay allí y nadie les dio bola. Se fueron indignadísimos y mi hermano y yo hablamos con ellos y les explicamos lo que estaba pasando en la Escuela de Agronomía.

Después del primer semestre, me quedó muy claro que lo que yo tenía que hacer era irme al área de Ciencias Sociales y empecé a postular hasta que finalmente ingresé a la Escuela de Literatura de la Universidad de Chile, justo en los momentos en que la Universidad era cercenada del pedagógico, en que trasladaron las licenciaturas al campus La Reina.

A mediados de ese año, a mi hermano lo expulsaron del país, lo detuvieron, lo torturaron, lo subieron a un avión y lo echaron de Chile.

Fui dirigente cuatro o cinco años, desde el año 83 hasta el 86. Puedo decir sin falsa modestia que si yo no hubiese sido el dirigente del sector que representaba, otro habría asumido ese papel, porque más que méritos personales había un momento político tremendamente importante y se requerían dirigentes con claridad, capaces de pensar el movimiento estudiantil a mediano y largo plazo, que comenzaran a hacer política de verdad.

Voy a poner un ejemplo. La primera discusión grande que yo recuerdo fue aquella en torno a la forma en que teníamos que sacar la FECH. Cuando teníamos los Centros de Alumnos habían tres tesis: la primera, era que debíamos formar una orgánica paralela a la FECECH; la segunda, era la tesis de que debíamos esperar el derrumbe de la FECECH a través del triunfo nuestro en los diferentes Centros de Alumnos, lo cual parecía como muy lógico, y cuando ellos ya no tuvieran fuerza alguna, levantar una organización paralela. Y había una tercera tesis, que era la de

meternos un poco, no dejarlos actuar a ellos, ahogarlos en la FECECH y, por medio de un proceso muy "legalista" llegar a reconstruir la FECH como la instancia histórica del movimiento estudiantil.

Y, si somos honestos, la verdad es que en esa última opción -que fue la que se aplicó- yo creo que no estaba nadie. Tal vez estabas tú, pero la verdad es que los que estaban en eso no se atrevían a plantearlo explícitamente. Fue al calor de esas discusiones que las organizaciones políticas fueron tomando posiciones. Además, como estábamos atravesando el período de las protestas, se fue viendo en los hechos quienes eran los que realmente dirigían. Efectivamente, en ese momento, la gente que era más resuelta, más decidida, me reconocía a mí como el conductor, el que los representaba a la hora de las acciones. Pero, si yo no hubiese estado, habría sido el Presidente o Vicepresidente de Ciencias, u otro compañero. Pero para nosotros, la acción directa no era lo único. La prueba es que en ningún momento a nosotros se nos ocurrió quebrar la federación cuando, por ejemplo, Yerko nos dice que la posición de ellos es realizar un plebiscito para aprobar estatutos, que a nosotros nos parecía una lesera, para ser muy honestos, porque creíamos que eso no era determinante.

Nosotros no entendíamos hacer política universitaria sin tener en cuenta el cuadro nacional que se estaba viviendo y sin comprender que esta federación tenía que ser de todos. Eso se expresó en la elección de la FECH, en donde Yerko tuvo el orgullo de ser el único dirigente que no fue de izquierda, pero que a pesar de eso fue ovacionado por la gente de izquierda, porque junto a él estábamos todos nosotros. La gente entendía que había que hacer política en conjunto, que teníamos que actuar en conjunto. Pero, nosotros aceptamos las condiciones de la JDC de hacer el plebiscito siempre y cuando ellos aceptaran las condiciones de las JJCC de insertar a la FECH en la movilización nacional, que estaba marcando al país.

De hecho, los estudiantes participamos activamente en las protestas, y fuimos los que marcamos algunas de las primeras, cuando hacíamos concentraciones de miles de estudiantes en Medicina Norte, en Ciencias y por primera vez irrumpimos a las calles.

Frente al tema de la violencia, que fue muy discutido durante las protestas, hay una indefinición en el movimiento estudiantil. En el fondo, el tema nunca se resolvió en la federación y yo creo que eso es bueno. La verdad es que nosotros no habríamos aceptado una definición final. No quiero entrar ahora en el argumento clásico de que la violencia está ligada a la sociedad de clases y que es consustancial al régimen fascista en que estamos viviendo; me parece más importante destacar el hecho que no hay utopía humana que no conlleve el anhelo de la paz, el término de la violencia. Cuando nosotros nos calificamos de pacifistas no lo hacemos por concesión ante nadie, y pruebas demás hemos dado que no hacemos concesiones, menos en el plano ideológico y de principios. Nosotros creemos en la paz.

No obstante, en el plano formal, llegamos a muchos acuerdos. Nos tocó vivir la muerte de Caupolicán Inostroza en Concepción, la verdadera masacre de los estudiantes en Copiapó y, en alguna medida, nosotros entendimos que el tema de la violencia debíamos enfrentarlo como un tema de política contingente, más que como un problema ideológico. Todos entendíamos que no era posible condenar la violencia "venga de donde venga" porque nosotros sabemos de donde viene.

Las fórmulas que encontró la federación para no enfrentar el tema fueron muy variadas. Me acuerdo del famoso "Chipe Libre" en Medicina Norte que creo que marcó un hito porque allí quedó claro que no podían haber acuerdos a medias en la FECH, que el

no acuerdo o significaba subordinarse a la posición de otros, lo que nosotros no estábamos dispuestos a aceptar, o significaba "chipe libre" ; eso quedó estatuido en los hechos. Claro, también provocó una crisis y la verdad es que esa crisis aún no está resuelta del todo.

Ahora, esta crisis existe porque el problema de la violencia o la no violencia efectivamente creó identidad entre los estudiantes. Incluso se formó un movimiento por la no violencia activa que sacó un panfleto diciendo que cuando vinieran los carabineros había que protestar sacándose la ropa, y esperarlos desnudos. Claro, eso no lo hizo nunca nadie. También, me acuerdo de un acto en la Facultad de Ciencias en donde había unas cuatro mil personas y a pesar de que todos tratamos que no se hicieran barricadas para poder mantener a la gente en el lugar, hubo compañeros que igual las hicieron y los carabineros tiraron bombas lacrimógenas y quedó el desbande más grande que yo he visto en mi vida. Yo creo que nunca más logramos reunir tanta gente como aquella vez.

Para algunos, hacer una barricada no era problema de oportunidad, sino que se transformó en un problema de principios. Si bien es cierto que esto ocurrió, no nos afectó mayormente. Nosotros propiciábamos un tipo de salida a la dictadura y estábamos por vincular la lucha universitaria a la lucha nacional; eso nos identificaba, una forma de entender el fin de la Dictadura, a través de la movilización decidida y ascendente del conjunto del pueblo. Eso es lo que nos da identidad.

* Se refiere a un acto de la Fech en donde, una vez terminado, Rovira tomó el micrófono y se dirigió a sus partidarios diciéndoles que tenían "chipe libre" para hacer lo que quisieran, lo que provocó incidentes y conatos entre los propios estudiantes y dirigentes.

Esa etapa, lo que vivió el movimiento estudiantil en esos años, lo logramos transformar en institución. Es cosa de mirar a la FECH hoy día. Existen diferencias muy grandes, pero a nadie se le ocurre destruir la FECH. Hay respeto. Hemos aprendido no sólo a convivir, sino que a entender que la FECH tiene que hacer la política de la mayoría, la que incorpore a las masas. Y, necesariamente, la expresión de miles de personas va a tener que tomar múltiples formas de realizarse; a veces las formas de lucha van a ser más pacíficas, y eso no es un problema de principios sino de política concreta. La lucha por terminar con la dictadura debe involucrar a la gran mayoría de nuestro pueblo, y eso se logra cuando la gente percibe que es posible triunfar. Eso lo muestra muy bien la historia del movimiento estudiantil en estos años: la gente se jugó por la FECH porque vieron que era algo posible.

La violencia que se generó durante esos años, violencia legítima de los estudiantes, que rompieron trabas, que rompieron puertas, chapas, botellas, que hicieron fuego, montaron barricadas, en esas experiencias ellos estaban aprendiendo, estaban ejercitando lo que es un proceso revolucionario. Los procesos revolucionarios son violentos, pero no más violentos de lo que es la sociedad en que vivimos.

Este ejercicio debe ser un ejercicio de masas. A veces los actos individuales son útiles, cuando se transforman en actos de masas, a veces la decisión de lucha expresada en un minuto concreto es determinante. Por ejemplo, recuerdo cuando ambos leímos una declaración en el casino de la facultad rechazando la prohibición de leer declaraciones, pararse en las sillas o aplaudir en el casino; bueno, esa declaración la empezamos a leer solos, bajo la presencia amenazante del Vicedecano que nos apuntaba con su mano, no sabíamos si la gente nos iba a seguir o no, lo asumimos como dirigentes; pero era un acto individual que la masa hizo suyo, que sintió como propio y que lo imitó. La gente aprendió a defenderse, se formaron comités de autodefensa en las universidades, y se aprendió a hacer barricadas, y después se aprendió que

había momentos para hacer barricadas y que éstas servían para salvar a la gente que estaba al interior de los campos o en la calle.

Lamentablemente, yo no pude ejercer mi cargo de Vicepresidente de la FECH durante todo el período porque en Febrero me apresaron y pasé varios meses detenido y relegado. Estuve 4 meses en Conchi, un campo de concentración de 35x23 metros, rodeado por alambres de púas y campos minados, con torres de vigilancia y potentes focos que iluminaban las noches. Esto estaba en el medio de un campo de entrenamiento militar, a más de 3 mil metros de altura, en el Norte de Chile.

Estuvimos sometidos a un aislamiento muy grande, de hecho pasó un mes antes que pudiéramos ser visitados. Allí no había vida civil, ni caminos de acceso, ni nada. Intentaron destruirnos, pero no lo lograron y cuando nos despedimos tuvieron que reconocer su fracaso.

Yo me levantaba tipo 8 de la mañana, lo que era bastante tarde en relación a mis compañeros, tomaba el té y un pan y salía a las 8.30 a correr, a hacer ejercicios porque un oficial me había dado permiso. Este mismo oficial me enseñó varios ejercicios y me estuvo sacando todos los días a hacer ejercicios durante unos 20 a 30 minutos.

Después me dedicaba a leer y estudiar. Aproveché de leer libros que uno nunca tiene tiempo para leer. En la tarde, salíamos a "tirar huincha" y en la noche conversábamos con Oscar Dávila, un dirigente de la FEUC de Valparaíso, con Sergio Vúskovich, con Arnoldo Bravo, un dirigente del Sindicato CAP de Concepción; con Carlos Guerrero Somoza, un viejito de quien guardo un tremendo recuerdo.

A propósito de él, nunca olvido una anécdota que nos ocurrió en Conchi: nos enteramos en el mes de abril que la Cruz Roja nos iba a visitar. Nos dimos cuenta de ello porque de un momento a otro cambió el trato: empezaron a aparecer los protos en el rancho que nos daban todos los días, nos llevaron a un peluquero,

nos regalaron pasta de dientes, el teniente Campusano nos empezó a preguntar "cómo están", como si le importara realmente. Conversando a propósito de esto, se nos ocurrió sacarle algún provecho a esta situación, así que don Carlos Guerrero nos dijo: "Bueno, yo cumpla 56 años pasado mañana, hagamos un cumpleaños". Oscar Dávila y yo fuimos a hablar con el oficial que estaba al mando y le dijimos: "Capitán, queremos decirle que pasado mañana es el cumpleaños de don Carlos y nos parecería muy grave que no se pudiera celebrar, entonces queremos que baje alguien a Calama y nos compre una torta y dos pollos, aquí hay dos mil pesos". El oficial nos quedó mirando y nos dijo: "Bueno, mañana voy a ver si es posible".

Al otro día no llegó y en la noche nos dijo que no podía bajar a Calama. Nosotros le hicimos saber nuestra molestia y entonces el oficial llamó al cabo ranchero y le dijo: "Cabo ranchero, qué cosa de bueno tenemos en la cocina para hacerles a estos prisioneros que tienen un cumpleaños". "Mi capitán, no hay nada", le dijo el cabo. Medio molesto, el capitán le preguntó qué había en la comida para los oficiales. "Hay pollos", le dijo el cabo. "Muy bien, dos pollos para los prisioneros, con papas" dijo el oficial y además le ordenó: "y una torta". El cabo le dijo que no sabía hacer tortas, entonces el capitán indignado le ordenó: "¡una torta a las tres de la tarde!".

Al otro día llegó un pollo cortado en ocho presas exactamente iguales, ocho porciones de papas y ocho botellas con porciones idénticas de vino. Más tarde, tipo cuatro, se acercan dos soldados y el cabo ranchero, quienes traían una tapa de fondo de olla de regimiento, sobre la cual había una masa estirada, como una tortilla, cubierta con mermelada y que tenía escrito con letras muy bonitas "Feliz Cumpleaños". La carcajada fue general y nos reímos durante un mes.

Cuando volví a Santiago, al mes después, el resto de la directiva fue encarcelada. Yo asumí la presidencia subrogante de la federación y recreamos una directiva similar introduciendo a gente como Germán Quintana, Angel Domper, Guido Guirardi y otros compañeros de los Centros de Alumnos.

Tuvimos una reunión muy larga un día sábado y allí yo sostuve la necesidad de jugarnos en una lucha frontal.

El día lunes, iniciamos un paro total, saliendo a la calle en todas las facultades, montando barricadas en las que participó todo el mundo. Todos estaban de acuerdo, todo fue de masas. Me recuerdo cuando Yerko nos planteó que debía presentarse a los Tribunales por razones políticas, nosotros le dijimos que no estábamos de acuerdo pero que igual le íbamos a ayudar. Fuimos a "entregar" a Yerko a los tribunales, eludiendo los intentos de carabineros de detenerlo. A la semana siguiente logramos liberar a la directiva de la FECH, porque todo el mundo sabía que en Santiago no iba a haber paz mientras estuvieran presos.

Mientras yo estuve en Conchi, recuerdo que tuve diferencias con la gestión de la directiva, por ejemplo, les mandé una carta diciendo que no estaba de acuerdo con el hecho de ir a conversar con el Ministro de Educación, pero también decía explícitamente que me hacía responsable de todas las acciones de la federación. Esto porque en la FECH éramos solidarios los unos con los otros, especialmente en esa primera directiva que fue una experiencia inolvidable; yo entendía que no pudieran liberarme de Conchi, porqué no pudieron, no usaron la táctica correcta y no lograron transformar el problema en algo de tal o cual carácter, no importa, porque jamás puse en duda que dentro de lo que eran sus ideas, se habían jugado por liberarme. Yo creo que esa primera directiva de la FECH no resolvió muchos problemas, pero abrió el camino para resolverlos y mostró un ejemplo de unidad que hoy el país necesita recuperar.

Logramos abrir espacios que le han permitido al movimiento estudiantil entrar a participar en la vida política. Si nosotros no hubiéramos logrado crear el Centro de Alumnos, si no hubiéramos logrado triunfos, triunfos concretos, reales, prácticos, que el estudiante ve y palpa, porque triunfo no es el triunfo moral, porque los triunfos morales cansan, no habríamos logrado que los estudiantes tuvieran confianza en sí mismos y en el movimiento estudiantil. Pero lo logramos y ahora hay una juventud de pie.

SEGUNDA PARTE: LA FECH BAJO EL SIGNO DE LOS CAMBIOS

ALEJANDRO ROJAS

FERNANDO MARTINEZ

*Doctor en Sociología Universidad de York,
Canadá.*

Presidente de la FECH entre los años 1969-1973

Reside actualmente en Canadá.

Médico. Reside actualmente en EE.UU.

Vicepresidente de la FECH 1972-1973

ALEJANDRO ROJAS

Fui el segundo hijo de una familia de padres separados. A mi padre no lo vi durante 15 o más años, más o menos desde los 10 años de edad. Tuve, sin embargo, una niñez entretenida, con mucho espacio para seguir mis inclinaciones, en un colegio extraordinariamente estimulante, como fuera entonces el Liceo Experimental Manuel de Salas.

Mis abuelos llegaron a Chile en los años veinte. Fueron emigrantes rusos -ucranianos- judíos. Salieron de Rusia después de la revolución de 1905. He oído que mi abuelo era anarquista, ingeniero y pintor. Instaló una maestranza y fundición en Chile.

Viví hasta los 19 años en una casona vieja, enorme, entretenida y asustona en Ñuñoa. Antes que yo naciera había sido lujosa, pero a mí me tocó bastante venida a menos. Mi adolescencia fue de estrechez, pero no de pobreza.

Creo que el Manuel de Salas constituye la experiencia más importante de mi niñez y adolescencia, y este sentimiento es compartido por toda la gente que conozco que estudió en el Manuel de Salas. Era un colegio abierto. Coexistía un currículum más o menos tradicional con una serie de actividades variables en las que uno podía seguir sus propias inclinaciones. Fue en el colegio donde formamos amistades profundas, donde aprendimos desde temprano a tener amigos y amigas. Había grupos de teatro, coro, intensas

actividades deportivas. Todo esto en un espacio físico amplio, con un parque lleno de árboles exóticos muy viejos, amplios prados y muchas flores.

Existían también las llamadas instituciones estudiantiles, que incluían la celebración de consejos de curso una vez por semana, un Centro de Alumnos autónomo, publicaciones, música, arte y sobre todo una amplia gama de profesores con los que crecimos muy cerca.

Yo no venía al colegio con una formación intelectual sofisticada desde mi hogar, aunque mi madre hacía tremendos sacrificios por asegurar que tuviésemos todo lo que necesitábamos. Recuerdo una modesta biblioteca de libros míos y de mi hermano. Pero los adultos de mi casa no eran lectores. Mi madre estaba muy ocupada, mi abuela se inclinaba por el huerto y las gallinas; mi nana, una mujer indígena peruana, casi no sabía leer. Ella fue, sin embargo, un factor de enorme influencia en mi formación. Era cálida, cariñosa, cocinaba fantástico y me regalaba constantemente. Pasábamos las horas de invierno en la cocina, con mate, brasero y pan amasado. Con cuentos que asustaban y entretenían, con largos espacios de silencio cómodo, mirando brasas.

Mi tío Ramón Astorga, un abogado socialista dedicado al campo, arrendaba fundos primero en Malloa y más tarde en Curicó, en los Cristales. Pertenece a una familia enorme, una verdadera tribu, abierta y generosa, en la que siempre sentí que había un lugar para mí y para mi hermano. Tenían también una propiedad muy extensa en San Alfonso, en el Cajón del Maipo, donde mi abuela tenía una casa de veraneo en la que pasé la mayor parte de mis inviernos y veranos de vacaciones. Allí estuve decenas de horas mirando fascinado esos cerros que se me pegaron para siempre.

El tío Ramón nos llevaba frecuentemente a pasar temporadas a esos fundos. Allí conocí a los campesinos, con los que pasé la mayor parte del tiempo, arriando ganado, acarreando cosas en el tractor, ordeñando vacas y recogiendo maíz. Fue el tío Ramón el primero que me habló de Socialismo y fue en Curicó, en su fundo, donde se reunían los dirigentes de la izquierda durante la campaña para la elección complementaria de Diputados, en 1964, en la que fuera elegido Oscar Naranjo, en el famoso "Naranjazo". Allí conocí a Aniceto Rodríguez, a Raúl Ampuero, a Luis Corvalán y Salomón Corbalán. Yo tenía 17 años y no militaba aún en ninguna organización política.

Durante esa época, sin embargo, era testigo de intensos debates políticos que se producían en el Colegio. En mi curso había varios izquierdistas, buenos alumnos, buenos deportistas y sobre todo buenos amigos. Fue a esa altura que comencé a inclinarme hacia la izquierda.

Un buen día tuve que definirme: llegaba al colegio en la mañana y estaban todos los estudiantes afuera mientras un amigo y compañero de curso mío arengaba a los estudiantes: "los partidarios de la Cuba Revolucionaria afuera, a la calle. Los partidarios de la Cuba Mercenaria, dominada por los yanquis, adentro. Patria para los cubanos o para los americanos". Me quedé afuera, con la Cuba Revolucionaria.

Yo sabía muy poco de Cuba. Por el camino hacia el centro, donde haríamos una manifestación, Cristián Jelic, un amigo que años después se fue a vivir a la Unión Soviética, donde se hizo biólogo y más tarde disidente -hoy vive en París- me explicó de qué se trataba la invasión de Playa Girón, qué intentaban los revolucionarios y por qué los americanos estaban tan furiosos. Me dijo que leyera "El Siglo" y que comparara su versión con la de "El Mercurio".

En el centro gritábamos "Fidel, Fidel, duro con él ..." "Viva Cuba Libre" hasta quedar roncos. Después nos fuimos a casa de otro compañero de curso en donde oímos poemas de Nicolás Gui-

llén y canciones de Carlos Puebla. Escuché canciones que me encantaron: "Dime donde vas morena, a las tres de la mañana...", "El ejército del Ebro una noche el río pasó, ay Carmela ay Carmela", "no sé porqué piensas tú soldado que te odio yo..."

En ese grupo estaba María Eugenia Fonseca, compañera de mi curso e hija de Ricardo Fonseca, uno de los fundadores del Partido Comunista. Con ella pololié varios meses. Su madre, su hermana y el grupo del colegio fueron una fuerte influencia en la formación de mis inquietudes sociales y políticas.

Me encantaba la fraternidad de los jotosos, la forma en que se ayudaban unos con otros en todo, la seriedad de sus preocupaciones pero también su capacidad de pasarlo bien: Hacíamos bailoteos, paseos, fogatas; pero cuando me invitaron a integrarme a la jota me asusté. Al fin y al cabo mis tíos y mi abuela cada vez que me portaba mal me decían "bandido bolchevique".

Hablé con mi tío Ramón para que me explicara la diferencia entre socialistas y comunistas. El me dio varios libros, de Leo Huberman, de Sartre, de Russel y el "Manifiesto Comunista". Me gustó la idea socialista y la encontré menos amenazadora que la comunista.

Cuando volví al colegio, después de intensas lecturas, me encontré con Cristián Jelic y me dijo "hola camarada". El era uno de los mejores alumnos del curso. Yo admiraba su sofisticación intelectual y me intimidaba (a la vez que me atraía) la pasión con que defendía sus puntos de vista. Le respondí: "Yo no soy camarada Cristián, yo soy socialista". Una vez que se lo dije, miré su reacción esperando una serie de argumentos irrefutables y pensando que me sentiría estúpido e ignorante. Para mi sorpresa Cristián me dijo: "camaradas pues, de todas maneras, los socialistas son nuestros hermanos". Enseguida me dio una lista de nombres de "mis camaradas socialistas" y me dijo que debíamos trabajar unidos. Yo hablé con cada uno de los de la lista y me di cuenta que no estaban organizados y que tenían inquietudes y confusiones simila-

res a las más. Me sentí de pronto envuelto en algo totalmente inesperado y me dije "hasta aquí no más llegamos".

Poco tiempo después Cristián se me acercó y me dijo: "Queremos hacerte una proposición. Nuestra idea es crear un Movimiento en el que podamos trabajar juntos, los socialistas, los comunistas y la gente sin partido. Un grupo estudiantil de Avanzada (GEA). Vienen las elecciones del Centro de Alumnos, ¿qué te parece si organizamos una fiesta el fin de semana y lanzamos la propuesta? Tú y yo podríamos juntarnos y trabajar un informe juntos" La idea me gustó porque me permitía trabajar junto a Cristián y no tenía que decidir si era socialista o comunista.

Nos juntamos en el departamento de Cristián y su madre y allí analizamos los problemas del colegio, hablamos de la necesidad de salir más del Liceo y meternos a las poblaciones a alfabetizar, formar grupos de música y teatro. En fin, hicimos todo un plan y una información sobre la política nacional e internacional, centrada en Cuba y la revolución. Hasta allí todo estaba muy bien. Mi gran sorpresa y susto vino cuando Cristián me dijo que a su juicio yo debería presentar el Plan y que la gente de la Jota pensaba que yo debía ser el Presidente de GEA. Con paciencia certera y aplastante, deshizo todas mis excusas y razones para evitar asumir esas tareas.

Todo salió a pedir de boca. Más de cien jóvenes del colegio nos juntamos a bailar y a cantar. Aprobamos el plan de trabajo, a mí me eligieron Presidente del GEA y a Cristián Secretario General. El lunes siguiente lanzamos la candidatura a Presidente del Centro de Alumnos de mi mejor amigo, Carlos Barón. Carlos era independiente de izquierda, Campeón Sudamericano Juvenil de tenis y más tarde Campeón Sudamericano de 200 metros planos. Era el héroe del colegio.

Ganamos la elección y yo me sentía en la gloria. Participé en varias huelgas, armamos toda una campaña de actividades en las poblaciones callampas que estaban detrás del Estadio Nacional. El trabajo se prolongó todo el resto del año e incluso en el verano.

Después paramos porque venía la prueba del Bachillerato y nuestros esfuerzos por entrar a la Universidad. De la Juventud Socialista ya no me acordaba y toda mi actividad social y política transcurrió en el GEA y el Centro de Alumnos.

Así comenzó mi experiencia de futuro dirigente estudiantil.

Yo estaba convencido que debía estudiar genética en la Facultad de Ciencias. Sin embargo, el puntaje no me lo permitió, así que entré al Pedagógico a estudiar Biología, convencido que lo hacía sólo por ese año. Después, el otro año, quería estudiar Medicina pero en mi casa las cosas no estaban como para que yo estudiara siete años. Ingresé a Odontología.

Desde el primer año en la escuela dental, año de la Campaña Presidencial (en que Allende iba por el FRAP y Frei por la Democracia Cristiana), me metí fuerte a la actividad política universitaria. Formamos el MUI, Movimiento Universitario de Izquierda, y trabajamos por Allende. La noche de la derrota, en medio de lagrimones, decidí ingresar a la Jota. Pero, mis lecturas favoritas siguieron siendo Herman Hesse, Sartre y Eric Fromm. Cada vez que combinaba con lecturas marxistas me aburría, luego me sentía culpable, pero finalmente volvía a lo mío.

Era un militante más bien esporádico. Ese año bullía por otras cosas. Me gustaba cantar y tuve dos grupos de música popular en la escuela y daba vueltas alrededor de conjuntos de amigos del barrio que tocaban folclore argentino. De ese conjunto de amigos salieron después Willy Oddo y Hernán Gómez, integrantes del Quilapayún. Me sentía tironcado por la política y el teatro, por la literatura y las canciones.

Cuando comencé la clínica, en tercer año, había sido elegido Presidente del Centro de Alumnos. Mi interés por la dentística era ya nulo y llegué casi a terminar el quinto año, pero dedicando mis mayores energías a lo que a esa altura me apasionaba: la política

universitaria, la militancia en el movimiento estudiantil y en la Jota, la lucha por la Reforma Universitaria, la Federación de Estudiantes de Chile, de la que fui elegido vocal en 1968 y Presidente en 1969. No puedo recordar mis años en el movimiento estudiantil universitario de los años sesenta, sino como uno de los períodos más intensos, más felices y excitantes de mi vida.

Cuando me preguntan por el espíritu de mi generación universitaria, por supuesto que se me viene a la cabeza el tropel de lo que son nuestros orgullosos símbolos: la Revolución Cubana, Vietnam, la Reforma Universitaria, el Mayo Francés, M.L.King, los hippies, la nueva izquierda y la student for a Democratic Society en USA, la Iglesia Joven, el Che, Los Beatles y los Rolling Stones, Quilapayún, Intillimani, Víctor Jara, los Parra, el Teatro Universitario, Yuri Gagarin, la victoria de la UP en la FECH, la Campaña de la Unidad Popular y el triunfo de Allende.

Eso es lo que todo el mundo sabe, pero lo que resulta menos claro es por qué en tantos lugares y países, con situaciones tan disímiles, de un modo casi simultáneo, particularmente durante 1968, se desató esa ola de rebeldía estudiantil y juvenil que nos marcó tan a fondo. Pero no fue sólo agitación joven. Fueron años de increíble intensidad política; sólo en 1968 ocurrieron la guerra en el Medio Oriente; la profundización de la resistencia en Vietnam; el asesinato del Che Guevara; la guerrilla en Bolivia, Venezuela, Perú y en países centroamericanos, el surgimiento de los Tupamaros y varios grupos de guerrilla urbana; la ola de protesta estudiantil en Europa y en EEUU, el rechazo a enrolarse en la guerra. En Chile la toma de las universidades, la activación inédita del movimiento campesino y poblacional, nuevos niveles de lucha obrera.

Al mismo tiempo, en la izquierda, a nivel internacional, se agudizaban las diferencias: la URSS buscó la vía pacífica y junto a los países del Pacto de Varsovia invaden Checoslovaquia, aplastando el proceso de democratización del pueblo checo; se profundiza la revolución cultural China con todos sus excesos; a la disputa

chino-soviética se agregó la posición cubana, la clara intencionalidad de autonomía, agitando una posición latinoamericanista, no alineada, tercermundista, con un discurso de intensas tonalidades heroicas que provocó un inmenso impacto en todos nosotros. La idea de la Gran Patria Latinoamericana agitada por Fidel nos cautivó a todos, más allá de los debates acerca de las estrategias, tácticas y métodos de lucha, debate que ocupó muchas energías y mucho tiempo, obscureciendo nuestra propia capacidad para pensar más a fondo las especificidades de la situación chilena, con una democracia en pleno proceso de profundización.

En el movimiento estudiantil y juvenil europeo predominaba la triple influencia de "las tres M": Mao, Marx y Marcuse. En Estados Unidos esas influencias también eran intensas y se entremezclan con el movimiento de la Civil Rights, la lucha del pueblo negro. En Francia, Alemania y otros países europeos la juventud se levanta contra los efectos más alarmantes de la civilización industrialista, asumiendo una profunda dimensión de crítica cultural que enfatizaba el desquiciamiento de las relaciones humanas, la sexualidad predominante, la destrucción de la naturaleza, el autoritarismo de la familia, el patriarcalismo. Había en esos países una sensibilidad más anarquista y la revuelta no alcanzó a acompañarse de una visión de la sociedad deseada para el futuro.

En Chile, lo que define la agitación social, incluido el movimiento estudiantil y juvenil, es la lucha y la posibilidad de la profundización de la democracia. Vivíamos una extraña tensión: nos recorría a todos una profunda inquietud, una urgencia por cambiar las cosas a fondo y rápido; un desco intenso de protagonismo social y colectivo, un secreto impulso de heroísmo. Pero todo esto se desplegaba con el telón de fondo de un régimen democrático muy abierto, sin las tonalidades dramáticas en las que el compromiso político ponía en peligro la vida en regímenes dictatoriales o en situaciones de agresión militar extranjera.

El gobierno demócratacristiano de Eduardo Frei tenía características que entonces no valorábamos suficientemente y que vis-

tas con el prisma de la situación de autoritarismo extremo de hoy, se presentan como aspiraciones doradas para la gente que lucha por la democracia en las condiciones actuales de Chile. Lo encontrábamos más bien un gobierno tímidamente reformista, de modernización capitalista, pro-americano y definitivamente no a la altura de las urgencias y lo que percibíamos como posibilidades y necesidades de América Latina. Nuestro norte era la Revolución Cubana.

Estos temas radicalizaron el movimiento estudiantil en su conjunto, incluida la Juventud Democratacristiana, en cuyas filas cristalizaron tendencias de definido corte socialista, muy inspiradas en las ideas de la Iglesia Joven, el movimiento de sacerdotes por el socialismo, la imagen de Camilo Torres, Helder Cámara, en fin, toda la línea que surge luego de Populorum Progressio y las tendencias que cristalizarían en la Teología de la Liberación.

El movimiento estudiantil de izquierda, por su parte, recoge todo el debate abierto por la teoría de la dependencia. Se visualiza a las universidades como focos de penetración cultural imperialista. En el caso de comunistas y socialistas, la apreciación de la situación conduce a un esfuerzo de utilizar los espacios creados por la democracia chilena a la que definíamos como burguesa para profundizar procesos de organización, de unidad y lucha del movimiento popular. Además visualizaban las elecciones de 1970 como una posibilidad real de abrir camino a un proceso hacia el socialismo. El MIR, que se formó en 1965, y otros sectores socialistas se pronunciaban, en cambio, claramente por una perspectiva insurreccional, haciéndose eco de los planteamientos de la emergente izquierda revolucionaria nacida bajo la directa influencia e inspiración de los cubanos. Aquí, la admiración por Cuba no lo era tan sólo en función de los logros de la revolución, en términos de justicia social, sino además en términos de una aceptación de la tesis cubana de la "continentalización de la lucha armada".

Hasta 1968, la Juventud Demócrata Cristiana era la fuerza principal en el movimiento estudiantil universitario. Controlaba desde hacía 14 años la FECH, las federaciones de la Universidad Católica de Santiago y Valparaíso y las principales de provincia. La Alianza Socialista-Comunista controlaba la de la UTE y el MIR era fuerte en Concepción. Todo esto cambia de manera radical desde 1968. La DC es sobrepasada por el movimiento estudiantil de izquierda que había tomado las banderas de la Reforma y pierde en 1969 la dirección de prácticamente todas las federaciones. En la Universidad Católica, en donde la lucha por la Reforma Universitaria se expresara tempranamente, era el sector más radicalizado de la DC el que dirigía la FEUC. Más tarde, el año 1969, este sector DC (Los rebeldes) abandonarían su partido, fundarían el MAPU y se unirían desde un comienzo a la naciente Unidad Popular.

La Reforma Universitaria, entonces, resulta ser la expresión universitaria de una tendencia cultural más amplia hacia la profundización de la democracia chilena. Se trata de la forma específica que adquiere en la universidad una demanda nacional de difusión, desconcentración y socialización de todas las dimensiones del poder.

Creo que es esto lo más significativo de la Reforma y de allí que no es casual que la lucha reformista se concentrara al comienzo casi fundamentalmente en la demanda de democratización de las estructuras de poder de las universidades. La aspiración de reforma se confundía al comienzo, casi por entero, con la demanda de difusión y desconcentración del poder decisonal; es decir, el poder político universitario. Ello guarda, por supuesto, estrecha relación con la situación política general en la que se desenvolvía el gobierno de Eduardo Frei.

Frei y la DC abrieron amplios canales de expresión para demandas sociales largamente postergadas. Pero, al mismo tiempo, fue un gobierno que intentó llevar la lógica del industrialismo y el modernismo hasta sus extremos. Esto en una época en que en la derecha, centro e izquierda existía amplio consenso acerca de las

virtudes y promesas del industrialismo; ideas que hoy día aparecen cuestionadas no sólo en el Tercer Mundo sino también en los países industrializados, como consecuencia de la crisis ecológica y la creciente destrucción del medio ambiente natural, la carrera armamentista y la dislocación de la vida humana en los grandes centros urbano-industriales.

Con la Democracia Cristiana no sólo vinieron a Chile la Reforma Agraria, la organización sindical campesina, la organización de los pobladores y el fortalecimiento de las organizaciones obreras; sino que también se hizo decisiva la influencia en Chile de las compañías multinacionales y se popularizó la idea que el modo de vida más deseable era el "modo americano de vida". Ya hacia la mitad del período del gobierno DC, el deseo de consumir bienes "sofisticados" y "durables" era muy grande, no sólo entre los sectores sociales tradicionalmente dominantes, sino también, y masivamente, entre los sectores medios de la sociedad y entre los obreros mejor pagados. Así, los sectores populares fueron testigos no sólo de la ampliación de sus derechos sociales y políticos, sino también de la ampliación e impresionante aceleración de las expectativas de todo el país. En rigor, lo que los sectores norteamericanos ligados al capital multinacional llaman "revolución de expectativas crecientes," que ellos consideran indispensable para la expansión del proyecto capitalista-industrialista.

Frei aplicó esa lógica a fondo, con el apoyo de la "Alianza para el Progreso" que fomentaba EEUU. Esto ocurría en plena época de transnacionalización de los procesos productivos mismos, la principal característica de la dominación de las multinacionales. A pesar que el gobierno hizo importantes esfuerzos para contribuir al desarrollo del Mercado Regional Andino, la economía chilena se mantenía atrapada en la red de un mercado internacional controlado y manipulado por las multinacionales.

La promesa de un flujo abundante de bienes de consumo, naturalmente entraría en corto circuito con una sociedad altamente estratificada y cuya historia había producido actores sociales y

políticos con definidas identidades de clase. Estos actores sociales expresaban y articulaban sus demandas en un Estado altamente centralizado pero que contaba con los escenarios para la negociación de aspiraciones. Ese Estado, por otra parte, era poderosamente legitimado por el sistema democrático en el que los actores sociales y políticos podían socializar y comunicar sus exigencias y sus visiones de vida.

Así, el gobierno DC creó una percepción colectiva en la que lo que aparecía como posible y deseable se expandió a niveles desconocidos.

La lucha por la reforma universitaria debe ser vista, entonces, como manifestación del deseo colectivo de acceder a la educación superior, entendida aquí la universidad como pasaporte hacia una movilidad social ascendente. La expresión más extrema de esta aspiración estaba en el "Movimiento Universidad para Todos", lanzado por la izquierda y que visto desde hoy, indica la estrecha concepción de la democratización de la educación y de la apropiación social del conocimiento que caracteriza al período.

Esto es lo que explica que en un comienzo las dos demandas principales del movimiento de democratización universitaria -es decir, la Reforma- fueran la ampliación del ingreso a la universidad hacia sectores sociales que estaban marginados de ella, y la participación de académicos jóvenes, estudiantes y trabajadores no académicos en las estructuras de gobierno universitario.

La universidad que encuentra el movimiento estudiantil de los sesenta era una universidad clasista y elitista en su composición social; el gobierno universitario era ejercido únicamente por los profesores "titulares de cátedra" que elegían de entre ellos a los Directores de Departamentos y Escuelas, a los Decanos, a los miembros del Consejo Universitario, al Secretario General y al Rector de la Universidad. Esta estructura de gobierno tenía algunas variaciones, pero éstas no eran sustantivas. En todas ellas, los profesores auxiliares, los investigadores y ayudantes de cátedra, los estudiantes y trabajadores universitarios no académicos

carecían de derechos políticos; es decir, no podían elegir o ser elegidos. Había una reducida representación estudiantil sin derecho a voto en los Consejos de Facultad y el Consejo Universitario.

Es en estos aspectos donde se concentra inicialmente la crítica y la demanda de la reforma: abrir las puertas de la universidad a los hijos de obreros y campesinos y ampliar el acceso de los de clase media. Abrir las estructuras de gobierno a la participación de los "estamentos" excluidos.

La verdad es que estas demandas no eran nuevas. Ya en 1918 los universitarios argentinos habían lanzado el "Manifiesto Liminar de Córdoba" conteniendo exigencias parecidas. El manifiesto de Córdoba encontró apoyo en casi toda América Latina, pero es sólo en la década del sesenta que estas demandas se ponen a la orden del día y movilizan masivamente al estudiantado.

Se produce un rechazo masivo a la universidad anti-democrática que, por supuesto, era mucho más abierta y menos autoritaria que la universidad que impone el régimen militar en 1973. Los años 1967-68 encuentran a todas las universidades agitadas en torno a estos temas: las huelgas por la reforma comenzaron primero en la Universidad Católica de Valparaíso y Santiago, en la Universidad Santa María, en la Universidad Técnica que ya venía agitada de 1965 por luchas por el presupuesto universitario y otros factores, en la Universidad de Concepción y en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, parte de la cual era el Pedagógico. Tomaba cuerpo la idea de producir un cambio radical e inmediato de todas las instituciones de educación superior y se planteó desde la partida la necesidad de cambiar la legislación universitaria y los estatutos de las universidades. La aspiración compartida por todas las corrientes de opinión que impulsan la reforma era la de consagrar en la legislación chilena -bajo la forma de leyes universitarias- los valores de la universidad democrática, abierta, universalista y autónoma.

Creo que puede ser útil para comprender la Reforma y el papel de la FECH y del movimiento estudiantil separar el período 1967-70 del que se inicia luego de la victoria de Salvador Allende y la Unidad Popular.

Cuando pienso de manera retrospectiva sobre el período, se vienen a mi memoria dos dimensiones del proceso, que se dieron entrelazadamente: primero, el difuso sentimiento compartido por todos los partidarios de la Reforma, el ánimo, la subjetividad colectiva que definía el clima universitario de la época. Luego, estaban las racionalizaciones o expresiones más discursivas, los escritos y las plataformas programáticas que se manejaban alternativamente y en torno a las cuales se conformaron las distintas tendencias y corrientes de opinión.

Respecto de la primera, de la subjetividad, del "estado de ánimo" que reinaba, diría que la Reforma era un profundo deseo de intervenir desde la universidad, desde la ciencia, las humanidades, en fin, desde el conocimiento, en la configuración de un país distinto, en el que los valores de la dignidad humana, la solidaridad, la igualdad de oportunidades pesaran más que la competencia, el egoísmo, el individualismo posesivo. Deseábamos "una Universidad cuyo único norte sea Chile y los intereses de su Pueblo" tal como lo escribimos en el frontis de la Casa Central de la Universidad de Chile, parafraseando a Andrés Bello, su primer Rector. Queríamos que el mar, el cobre, los bosques, el desierto, las montañas y nuestra gente fueran la preocupación principal de la actividad académica. La frase cliché era el rechazo a "la Universidad Torre de Marfil". Era un movimiento de dignidad nacional y de reflexión sobre la identidad propia.

Estos eran rasgos de la reforma que todos, o casi todos, compartíamos de una manera profunda, diría que muy debajo de la piel. Y creo que este fue el aspecto más interesante, más grande y más entusiasmador de la reforma universitaria. Es ahí donde radica la enorme energía social que despertó, en su capacidad de ofrecer

sentido, utopía diría; en ese esfuerzo por pensar la realidad como "debicra ser", sin rendirse a la realidad "tal como era".

No es de extrañarse entonces que mano a mano con la reforma se desarrollara todo un inmenso movimiento de creatividad, de originalidad. Es el ánimo en que florece "la nueva canción chilena". La Peña de Los Parra, el Circo de Violeta, la Peña Chile ríe y canta penetraron las universidades y fueron penetradas por éstas.

La universidad se llenó de ponchos, bufandas, chalecos hechos a mano, de barbas y pelo largo. Cuando las universidades, casa central por casa central, facultad por facultad, fueron ocupados por los estudiantes, lo que se desató con pasión fue un ardiente deseo de compartir, de solidarizar, de estrechar lazos de amistad. Por supuesto, el amor también recorría los campus. Todos fuimos dibujantes, poetas, cantores y dirigentes políticos. Algunos, no pocos, hubiesen querido que la universidad se quedara así para siempre.

Había en todo esto una profunda espiritualidad, aún en aquellos que se inspiraban en las concepciones más materialistas. Había un desprecio por la abundancia material, por la riqueza de los ricos; los hijos de las familias adineradas se rebelaron contra sus familias explotadoras. Los hijos de los obreros, se rebelaron contra la injusticia de que eran objeto; los de clase media, se rebelaron contra las aspiraciones y forma de vida de su clase; los académicos jóvenes contra los profesores más viejos que no fueron sensibles a sus aspiraciones académicas; los trabajadores no-académicos se rebelaron contra su situación subordinada, contra su trabajo a menudo aburrido y sin sentido. Así, la universidad entera se rebeló contra sí misma, contra las limitaciones estructurales de la sociedad nacional y contra las fuerzas imperiales que imponían su dominio político, cultural, económico, militar y moral.

La lucha de la Reforma se planteó en primer término en torno al problema del sistema de gobierno universitario y sus estructuras de poder. Más concretamente, las huelgas y ocupaciones de locales universitarios giraron al comienzo en torno al problema de la participación estudiantil en el gobierno universitario.

En las universidades Católica, Técnica, Santa María, la demanda estudiantil fue desde un comienzo la del Co-gobierno, es decir, la reivindicación del derecho de los estudiantes a participar en las elecciones de las autoridades unipersonales y colegiadas, desde el Departamento hasta la Rectoría, desde el Consejo de Facultad hasta el Consejo Universitario.

En la Universidad de Chile la lucha por la Reforma conoció un desarrollo más complejo puesto que el movimiento estudiantil aparecía dividido en torno a dos grandes opciones para definir la participación estudiantil: la mayoría del Comité Ejecutivo y del Directorio de la FECH, formada por jóvenes demócrata cristianos, planteó una forma más restrictiva de participación estudiantil: Los estudiantes tendrían derecho según esa visión a elegir una representación estudiantil a los cuerpos colegiados de gobierno universitario. Así, los delegados estudiantiles ocuparían el 25% de los cargos, con derecho a voz y voto, de todos los órganos colegiados de gobierno universitario, pero no participarían en elecciones de rectores, decanos, directores de escuela o departamentos. Se trataba de una participación estamental generada desde el interior de la organización estudiantil.

Esta propuesta fue rechazada por la izquierda universitaria, que planteó, en cambio, el co-gobierno universitario no sólo con participación estudiantil en las elecciones de autoridades, incluida la elección de la representación estudiantil del 25% a los órganos de gobierno, sino también la participación con derecho a elegir o ser elegidos, de todos los académicos que no eran titulares de cátedra. Planteó también la izquierda, el derecho del personal universitario no académico a participar en las elecciones univer-

sitarias y a designar su propia delegación a los órganos colegiados. En esta propuesta, había en los consejos de gobierno universitario (de Facultad, de Sede y de la Universidad en general) una participación de académicos (65%), de estudiantes (25%) y de no académicos (10%) y su participación en las elecciones universitarias sería ponderada también en esos porcentajes. Es decir, toda la comunidad universitaria tendría derecho a voto, pero el voto total de cada estamento tendría un peso diferenciado.

Estas dos tesis ya se habían confrontado en la Convención de Reforma Universitaria de la FECH, efectuada en 1967. En esa reunión la izquierda estuvo presente sólo a través de los delegados comunistas e independientes de izquierda. Los socialistas y el MIR habían decidido no participar y boicotear la convención. El argumento que sostuvieron en esa oportunidad fue que era inútil intentar la reforma de una universidad burguesa y que mientras no se transformara revolucionariamente las estructuras de la sociedad chilena, era inútil e ilusorio intentar la reforma de la universidad. Una temprana expresión de su visión jacobina del cambio social: convencidos que el poder era el Estado, prestando muy poca atención a las relaciones de poder *dentro* de la sociedad civil, el corolario natural de esa política era apostar todo al asalto insurreccional del Estado según el patrón clásico, puesto que sólo entonces se podría pensar en cambios estructurales verdaderos. Era una visión que menospreciaba los procesos de democratización como generadores de cambio estructural.

La presencia comunista en la convención de la FECH fue muy improvisada. No tenían una visión alternativa de universidad que contrapesara a la propuesta demócrata-cristiana, de carácter modernizador y muy a tono con el proyecto general que el Gobierno de Frei ofrecía al país. Los comunistas plantearon la idea del Co-gobierno pero al final aceptaron el compromiso con la DC en torno a la participación estudiantil con voz y voto en los organismos de gobierno universitario, pero no en las elecciones de autoridades.

Sin embargo, la discusión acerca de la participación estudiantil se reabría en el directorio de la FECH. El desacuerdo volvía a ser actual puesto que en la Universidad Católica de Santiago, Valparaíso, en la Santa María, en la Universidad Técnica y en varias sedes de provincia de la Universidad de Chile, además del Pedagógico, se planteaba con mucha fuerza la exigencia del Co-gobierno. Esta demanda era liderada por la izquierda y por la tendencia "rebelde" de la DC.

A fines de 1967 la directiva de la FECH, más cercana al freísmo, resolvió zanjar el debate en la Universidad de Chile por medio de un Plebiscito. Sólo los comunistas se jugaron por la tesis del Co-gobierno y tras el triunfo de la tesis DC, la directiva de la FECH declaró cerrada la discusión al respecto.

No obstante, la dinámica de los acontecimientos en 1968 sobrepasaría totalmente el proyecto de la mayoría en la FECH. Se producían las tomas de locales universitarios en todo el país o las huelgas por la Reforma. La exigencia masiva era el Co-gobierno. La FEUC, bajo la dirección rebelde demócrata-cristiana, ocupaba la Casa Central de la UC. Acusada por el diario "El Mercurio" de estar infiltrada por los comunistas, la FEUC instaló su famoso cartel que ocupaba todo el frontis de la UC en la Alameda, con la inscripción: "CHILENO: EL MERCURIO MIENTE". El diario reaccionó con ira. Era demasiado para el periódico de los clanes más poderosos del país ver a los estudiantes de la universidad más aristocrática y tradicional rebelarse de un modo tan radical. Fueron los días del famoso debate en que el Presidente de la FEUC, Miguel Angel Solar, arrasaba en televisión con René Silva Espejo, Director de "El Mercurio".

También en Chile explotó el movimiento estudiantil: Ocupada por los partidarios de la Reforma que incluía ahora el resuelto compromiso de toda la izquierda, la Facultad de Filosofía y Educación, la comunidad universitaria de Macul decidía elegir democráticamente, con participación de todos los estamentos, al nuevo decano de la facultad. Uno de los más resueltos impulsores de la

Reforma en Filosofía y Educación había sido precisamente el Decano saliente, el historiador Hernán Ramírez Necochea, militante comunista, que había renunciado voluntariamente para posibilitar una nueva elección de acuerdo a los principios del Co-gobierno.

La Facultad realizó en contra de la voluntad del Consejo Universitario -formado por los Decanos- las elecciones, siendo Hernán Ramírez reelegido por abrumadora mayoría. El Consejo Universitario decide intervenir la Facultad de Filosofía y Educación cuyo local estaba ya ocupado por los partidarios de la Reforma, incluidas las nuevas autoridades elegidas en la votación.

Ante la resolución del Consejo Universitario, votada por mayoría de decanos, el Rector de la Universidad de Chile, Eugenio González, de larga tradición socialista y quien también había sido Presidente de la FECH, decide renunciar a su cargo, precipitando una crisis de dirección en la Universidad. El gesto del Rector es seguido por la toma de la Casa Central de la Universidad de Chile por parte del grupo demócrata-cristiano de la FECH. Esta acción es llevada a cabo por la DC sin consulta a los vocales de izquierda en el Comité Ejecutivo de la FECH. En respuesta, la izquierda ocupa todos los locales de las escuelas universitarias. La universidad está sin gobierno.

Durante varias noches el Comité Ejecutivo de la FECH se reúne a discutir la situación. Los vocales de izquierda se retiran ante la inamovilidad de las posiciones originales. La discusión se traslada a las asambleas de escuela. El ánimo de los estudiantes es de apoyo masivo al Co-gobierno. La directiva DC de la FECH aparece atezada entre la exigencia interna de los rebeldes, incluidos los dirigentes demócrata-cristianos de la FEUC, FEUT y de otras universidades y la exigencia ya multitudinaria de los estudiantes que ya en los hechos siguen a la dirección de izquierda.

Poco después, en un cónclave, la Juventud Demócrata-Cristiana dirigida entonces por Rodrigo Ambrosio, futuro fundador del MAPU, resuelve cambiar su posición en la Universidad de Chile.

Aparece entonces apoyando la tesis del Co-gobierno "ante la situación de grave crisis de autoridad universitaria". Buscando, además, recuperar la iniciativa política en el movimiento estudiantil, la directiva de la FECH plantea la exigencia de que renuncien todos los Decanos y que el Consejo Universitario sea reelegido de acuerdo a los principios del Co-gobierno.

A partir de ese momento, con la totalidad de las federaciones estudiantiles unidas en torno a la demanda de Co-gobierno, pasarían a primer plano los debates acerca de cómo conducir la Reforma Universitaria y los aspectos de contenido más general de ésta.

Desde el punto de vista de los procedimientos a seguir, se resolvió constituir Comisiones de Reforma Universitaria en cada Facultad de la Universidad de Chile, con participación de académicos, estudiantes y no-académicos.

Esta etapa de elaboración sería seguida por la realización de los "Plenarios Nacionales de Reforma Universitaria de la Universidad de Chile". Cada facultad elegiría sus representantes de cada sector a esos Plenarios, en donde se resolverían los grandes lineamientos de la transición hacia la universidad democrática y acordarían los principios de la Reforma que deberían traducirse en una transformación de los "Estatutos Universitarios", vale decir, la ley orgánica universitaria a ser sancionada en última instancia por el Parlamento y dictada por el Presidente de la República. Procedimientos similares se pusieron en marcha en otras universidades. Por otra parte, este acuerdo general ponía fin a las ocupaciones de sedes y a las huelgas que habían durado dos meses.

La Reforma entraba ahora en una nueva etapa: se trataba de encontrar los caminos concretos y definir con rigor los cambios que la crítica reformadora había planteado. Se iniciaba la etapa más compleja; esto es, la construcción de la universidad reformada.

Surgen, entonces, todas las racionalizaciones de la Reforma, las expresiones y plataformas programáticas en torno a las cuales se conformaron grandes tendencias de opinión. Aquí, nuevamente, las corrientes ideológico-políticas de la universidad juegan un papel central.

Es corriente oír y leer relatos de la época de la Reforma que sostienen que hubo un exceso de politización de la vida académica y que eso habría terminado por desvirtuar el proceso de cambio en las instituciones de educación superior chilenas. Ese es un juicio que, aunque verdadero en sus apariencias, representa una simplificación de las cosas y esconde una visión que entiende "el exceso de politización" como el resultado de la "infiltración" de las universidades por parte de los partidos y movimientos políticos.

Mi argumento es que tal politización era inevitable puesto que lo que se estaba reflejando en la lucha por la reforma universitaria era una crisis más profunda de la sociedad chilena. La politización universitaria no era más "excesiva" que lo que ocurría en el campo con el desarrollo de la organización y la lucha por la Reforma Agraria; no más "excesiva" que la explosión de demandas de pobladores "sin casa" y la demanda de reforma urbana.

En momentos en que el país entero se replanteaba el problema de la recuperación de las riquezas básicas de Chile y en que se hacía masiva la exigencia de profundización democrática, no podía aparecer como sorpresa el que las universidades fueran atravesadas por los dilemas que la sociedad entera se estaba planteando.

Lo que no pudo ser resuelto por ninguna de las tendencias que se articulaban en la lucha por la Reforma, fue encontrar un camino de transformación de las instituciones de educación superior que diera cuenta de lo específico de la contribución del conocimiento científico y de la creación cultural a los procesos de democratización de la sociedad. Pero, este es un profundo problema teórico que me parece que el universo cultural universitario y nacional de la época, no estaba en condiciones de resolver.

Así, las plataformas programáticas universitarias no podían sino reflejar las grandes ideas "de país" que se disputaban el escenario político nacional. Lo que la reforma universitaria no pudo resolver, tampoco pudo ser resuelto a nivel nacional por las grandes corrientes político-ideológicas. Esto culminaría cinco años más tarde, en 1973, con el aplastamiento de la democracia chilena.

Así, la reforma universitaria reflejó la crisis "orgánica" de la sociedad chilena y la imposibilidad de las fuerzas políticas nacionales de sustituir el consenso que se había articulado en los años treinta en torno al "Estado de compromiso", por un nuevo arreglo consensual que, incorporando a las fuerzas sociales que ahora irrumpían con sus demandas, profundizara la democracia, impidiendo que se abrieran las grietas a través de las cuales el autoritarismo derechista impondría, por la fuerza, sus "soluciones".

La izquierda universitaria postulaba la idea de la Universidad Comprometida, expresión de la aspiración de transformar radicalmente la sociedad chilena en una dirección socialista.

La crítica de la universidad ejercida por la izquierda se efectuaba desde el marxismo, y más explícitamente, desde la perspectiva marxista que ya se había hecho hegemónica en la izquierda, esto es, el marxismo-leninismo. Así, la universidad era caracterizada como parte integrante de la superestructura ideológica de una sociedad capitalista y dependiente. Y, como se partía de la premisa de la determinación "en última instancia" de la superestructura por la base material de la sociedad, se concluía que cualquier reforma universitaria que no se acompañara por una transformación estructural profunda de la sociedad, en un sentido socialista, quedaría inevitablemente a medio camino y no podría realizar sus aspiraciones más profundas.

Los comunistas, socialistas y más tarde el MAPU, veían la reforma como un proceso que podía acentuar una desarticulación entre la base material y la superestructura ideológica, y este proceso se veía como una cuestión deseable e incluso posible si es que las fuerzas de la Reforma se ligaban fuertemente al movi-

miento obrero y campesino y si la representación ideológica de esas fuerzas sociales (rol que se asignaba la izquierda a partir de su influencia real en ellas) lograba conquistar la dirección de la universidad. De allí la importancia que se daba a la lucha por la conquista del "poder" universitario.

El MIR y un sector socialista plantearon que era inútil intentar la reforma de la universidad antes de conquistar el poder del Estado. Su posición fue la de la Universidad Militante; es decir, la problemática de esta tendencia era cómo radicalizar a los universitarios para lanzar a las universidades en una lucha abierta contra el sistema. Este sector, en rigor, nunca llegó a tener una propuesta de universidad reformada. La universidad debía ser "una cantera de cuadros para la revolución socialista"

La Democracia Cristiana, por su parte, reivindicaba la idea de "Comunidad Universitaria". Ponían el acento de su crítica en el crecimiento caótico, no planeado de la universidad, en su organización burocrática irracional y en el desordenado uso de los recursos que el Estado ponía a su disposición.

El énfasis de la posición DC estaba puesto en problemas de escala, por así decirlo. La universidad había crecido más allá de lo que en teoría de organizaciones se considera como "tamaño crítico" y "volumen óptimo". Esto hacía que los objetivos últimos de la universidad, entendida como la "más alta expresión del saber y de la creatividad" se distorsionaran y que la dinámica académica fuera sobrepasada por la dinámica burocrática: la masividad de los cursos hacía que se deterioraran los vínculos humanos, que los profesores atendieran superficialmente las necesidades de los alumnos. La universidad se hacía impersonal, rígida; se dificultaba el diálogo interdisciplinario y el intercambio intelectual. La elaboración en equipo era sustituida por el amontonamiento, el asambleísmo, la superficialidad. La universidad, además, debía adecuarse a las exigencias del proceso de modernización que el país estaba viviendo con el gobierno de Frei y no se correspondía con los cambios que la reforma del sistema educacional primario y secundario

estaba llevando a cabo. En efecto, estos dos niveles educativos experimentaron una significativa expansión y diversificación durante ese gobierno, lo cual planteaba desafíos adaptativos a la universidad y en general a la educación superior. Consecuentemente, los acentos de las propuestas de cambio universitario de la DC se concentraron en una reestructuración física y geográfica de la universidad en "sedes", en reajustes organizativos y administrativos, en la introducción de criterios de eficiencia y modernidad y en la utilización apropiada de los recursos. La "departamentación" y el "currículum flexible", características de las universidades norteamericanas, fueron sus principales elementos. En resumen, una universidad "al servicio de la modernización y desarrollo del país" muy en la onda de las propuestas de la Alianza para el Progreso.

Tuvo su importancia también la idea de "la universidad expresiva de la fuerza configuradora de la ciencia", impulsada por el ARU (Acción Reformista Universitaria).

El ARU se formó a partir de un grupo de investigadores científicos de alto nivel, cuya cabeza más visible estaba en la Facultad de Ciencias. Heterogéneo desde el punto de vista ideológico, el grupo se unificaba en torno a la defensa de la ciencia y la especificidad del quehacer universitario. Su preocupación principal no se refería a problemas de organización física (como quería la DC) o temático (como quería la izquierda) de la universidad, sino que decía relación con la capacidad de la ciencia de configurar por la vía de la excelencia académica a través del progreso científico, una nueva realidad nacional. Sus temas favoritos eran los problemas de libertad académica, de los recursos que el Estado debía allegar a la universidad para garantizar la independencia de la ciencia. Se interesaban más por los debates epistemológicos y ontológicos que por los ideológicos o partidistas.

Su posición no alcanzó a reflejar los grandes debates que en esos años llevarían a científicos de estatura mundial a cuestionar

el paradigma de la ciencia positivista, pero lograron articular una sofisticada idea de universidad.

El ARU fue atacado desde los distintos sectores políticos por "elitista", "cientificista" y propugnador de una "ciencia pura" desinteresada de los problemas más acuciantes de la sociedad chilena. Situado el ARU en una posición pivote entre las grandes tendencias políticas, desempeñó un papel muy importante en todos los debates que se efectuarían en los Plenarios Nacionales de Reforma Universitaria. Sin embargo, dos años después, el ARU sería fagocitado por la extrema polarización política de la universidad y una parte actuaría de conjunto con la izquierda, mientras los otros se unirían a la posición DC.

Finalmente, es importante resaltar el rol jugado por el "gremialismo universitario" el que si bien en la Universidad de Chile no tuvo un gran desarrollo, en la Universidad Católica llegó a conquistar la directiva de la federación de estudiantes.

El gremialismo se configuró en torno a una posición católica integrista, muy influida por el OPUS DEI, y particularmente por las revistas "Portada" y "Polémica Económico-Social". Sus figuras intelectuales más importantes fueron el sacerdote Osvaldo Lira y el historiador Jaime Eyzaguirre, muy tributarios del nacionalismo hispánico. El postulado básico del gremialismo era su oposición a lo que llamaban "la politización" de la universidad y de la Iglesia Católica.

Hacia 1968, estos grupos encuentran amplia acogida en El Mercurio. Para ellos Chile vivía una "crisis de autoridad" que corroía todas las instituciones llamadas a ser depositarias de la "tradicción". La juventud es vista como atravesada por una "crisis moral", en plena decadencia. Es también una "crisis del régimen político", el que está asfixiado por los partidos políticos y la intervención "totalitaria" del Estado en todos los campos de la actividad nacional. Esto, unido a la existencia de un fuerte movimiento popular con ideología comunista y socialista o influido por el "mesianismo excluyente" de la DC, todas ellas definidas como

visiones ideológicas "extranjeras", obliga a plantearse según el gremialismo la necesidad de un nacionalismo entendido como "sano egoísmo nacional". Resulta urgente, en primer lugar, el respeto por la propiedad privada, "fiel expresión de la naturaleza humana" y baluarte de la libertad.

Durante todo el proceso de reforma de 1969, la directiva DC de la FECH se mantuvo en una posición muy defensiva. La correlación de fuerzas en el movimiento estudiantil ya había cambiado en favor de la izquierda durante todo el turbulento año 1968, pero la DC retuvo la dirección de la FECH porque la izquierda no pudo llegar a acuerdo para presentar una candidatura única. De este modo, en esas elecciones participaron separadas las listas de la Juventud Comunista, una alianza de socialistas y MIR, y otra lista de radicales. La división de la izquierda era fruto de las distintas apreciaciones de la realidad internacional y de América Latina y de apreciaciones tácticas diferentes respecto a la lucha por la reforma universitaria. En todos estos problemas, lo que emergía eran las dos concepciones que dividían a la izquierda: la vía no-violenta, sostenida por los comunistas como camino para conquistar el gobierno y el poder, y la vía armada, impulsada por el MIR y un sector socialista.

Durante 1969 la mayor parte de estas diferencias se mantuvieron. Sin embargo, a nivel nacional, el Partido Socialista -que había aprobado en 1967, en su Congreso de Chillán, las tesis de la Revolución Cubana- y el Partido Comunista entraban en negociaciones intentando un acuerdo para las elecciones presidenciales de 1970.

En esas negociaciones se impone finalmente la tesis comunista de la Unidad Popular y los socialistas, en los hechos, alteran su política de Frente de Trabajadores que explícitamente rechazaba la alianza con los radicales. Dos factores que precipitan el acuerdo

de formar la UP fueron, por un lado, el abandono de la Democracia Cristiana del significativo sector que formaría el MAPU y, por el otro, la salida del sector más derechista del Partido Radical.

Estas negociaciones de las que surgiría la UP no eran por cierto fenómenos puramente cupulares, sino que se daban en el marco de enormes movilizaciones populares, catalizadas por las amplias expectativas que abrió el gobierno de la democracia-cristiana. El país se inclinaba mayoritariamente hacia posiciones izquierdistas, fenómeno que se expresaba no sólo en el activamiento de las luchas populares, sino también en los contenidos que adquirió la candidatura demócrata-cristiana de Radomiro Tomic y su propuesta de "Unidad Social y Política del Pueblo"

En ese contexto se forma la Unidad Popular en la Universidad de Chile lográndose la importante victoria -en septiembre de 1969- en las elecciones de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile. El triunfo en la FECH era la primera victoria electoral de la U.P. y su significación para el proceso político fue enorme. Era un lugar común considerar que las elecciones de la FECH eran "el barómetro de la política chilena".

La noche del triunfo en la FECH fue, por supuesto, para mí y para todos los estudiantes de izquierda, una noche de inmensa alegría. En la tensa atmósfera que caldeaba la vieja casona de la FECH en la Alameda, se agolpaban cientos de estudiantes de todos los grupos políticos que asistían con ansiedad al lento y nervioso recuento de votos.

Los escrutinios nocturnos en las elecciones de la FECH eran parte del folclore de la federación. Durante largas horas, mientras se esperaba la llegada de las urnas los partidarios de cada grupo mantenían una verdadera guerra de tallas. Creo que nunca he visto tanto despliegue de ingenio, picardía y buen humor. Cada grupo tenía sus "especialistas".

Ya más tarde, cuando los recuentos de votos empezaban, la nerviosa vigilancia de los partidarios, para impedir que "los artistas del recuento" anularan votos de los grupos adversarios, se

convertía a menudo en batalla campal, cada vez que un escrutador de una tendencia dejaba caer "accidentalmente" un voto no computado. Había, entre los escrutadores de cada grupo político, verdaderos "magos del chanchullo". Las técnicas eran variadísimas y los "magos" más reputados eran, por supuesto, objeto de la más cuidadosa vigilancia. Nunca faltaba una mina de lápiz metida debajo de las uñas -generalmente largas y sucias- del escrutador, que de este modo anulaba votos adversos. O el especialista en botar cédulas al suelo, o el que se dejaba caer votos dentro de la manga, o el que armaba una camorra en una mesa escrutadora para distraer la atención de los vigilantes de otra mesa, cuyos respectivos magos estaban siempre a la espera del momento propicio. Los "magos del chanchullo", cuyos nombres sería feo escribir en público -después de todo, gozaban de enorme popularidad- llegaban a los más increíbles extremos para afirmar su fama. En medio de la ansiosa tensión, a menudo encendían una radio a pilas y ponían música, hacían un alto para descansar o tomar una cerveza. Se trataban entre ellos con gran cordialidad y era mal visto que un mago de reputación peleara a puñetes o perdiera el temperamento.

La noche de nuestra victoria la DC había llevado a sus mejores escrutadores de hacía varios años. Había enorme tensión y como los resultados se retrasaban la gente estuvo a punto de perder la paciencia. Cuando se conocieron los resultados que indicaban nuestro triunfo, Quilapayún improvisó un concierto fantástico para la gente que se agolpaba en el patio de la FECH, llevando el entusiasmo de los estudiantes de izquierda hasta el éxtasis. Entre tanto, yo anunciaba por televisión el triunfo de la izquierda y con casi incontenible emoción decía: "los universitarios de izquierda dedicamos nuestro triunfo a la clase obrera, al pueblo de Chile, a sus anhelos y esperanzas de justicia e igualdad. Nuestro triunfo anuncia que soplan los vientos de una revolución social en democracia en nuestro país; que también somos parte de esta gran humanidad que ha dicho Basta y echado a andar".

El programa que habíamos propuesto a los estudiantes establecía lo que nos proponíamos hacer: la FECH debía sumarse a la oposición popular al gobierno de Frei; cuidar que se afirmara el proceso democrático en vistas a las elecciones de 1970; solidarizar con los obreros, campesinos y pobladores; profundizar la solidaridad con Vietnam y Cuba; consolidar los logros de la reforma universitaria.

El año 1969 terminó con los preparativos de los Trabajos Voluntarios de Verano, bajo la encendida consigna "Muerte al Latifundio". Partimos así, con una FECH extremadamente politizada y reclamando para el movimiento estudiantil un lugar en la sociedad que le hiciera trascender los límites de la universidad. Queríamos hacer historia.

Muy cercana a esa fecha, recuerdo la noche del 4 de septiembre de 1970 como un momento de inmensa felicidad. Habíamos seguido los escrutinios en el local de la federación con un grupo numeroso de compañeros. Había mucha gente y una excitación y nerviosismo difícil de describir. Hacia las nueve de la noche los canales de televisión anunciaban resultados contradictorios: unos dando a Alessandri como ganador y otros anunciando el triunfo de Allende.

Hacia las 10 de la noche sonó el teléfono. A gritos me llamaron: "Alejandro, el compañero Allende quiere hablar contigo". Efectivamente, Salvador Allende estaba en el teléfono y me dijo con voz emocionada y muy formal: "Compañero Alejandro, te llamo para comunicarte que hemos ganado... Quiero hablar al pueblo de Chile desde los balcones de la FECH y quiero saber si los compañeros tienen algún inconveniente". La respondí tiritando de emoción que por supuesto, que era un honor para nosotros. Salí corriendo y reuní a la directiva de la FECH y transmití el pedido del Presidente electo. En ese momento nos entró la duda: ¿Sería

apropiado para una organización representativa de todos los estudiantes de nuestra universidad, que el candidato de la Unidad Popular celebrara su (nuestro) triunfo desde la casa de la FECH?

La duda no duró demasiado. A pesar que consideramos que el acto de celebración podía irritar a las otras fuerzas políticas que tenían representación en la Federación (la Juventud Demócrata Cristiana, el MIR y la Juventud Nacional), más pudo nuestro entusiasmo. Se nos informó desde el Comando Nacional de la candidatura de la UP que la Juventud Demócrata Cristiana estaba en las calles gritando consignas en favor del reconocimiento de la victoria de Allende. Eso dispuso nuestras dudas y dijimos que sí, que aceptábamos que la concentración de celebración del triunfo de la UP se hiciera desde nuestro local. La duda sin embargo, tuvo algo de premonitorio: Ponía ante nuestros ojos los riesgos reales que el período abría para la unidad y especificidad del movimiento estudiantil.

El período que se abría y al que entrábamos con entusiasmo delirante, estaba preñado de posibilidades extraordinarias, pero también era una etapa plétórica en riesgos y problemas. Pero esa noche era de celebración y cuando un mar humano, lleno de banderas, de consignas escritas a mano en carteles de cartón y de camiones y autos, bicicletas y carretelas cargados con racimos de gente eufórica, se empezó a formar frente a la casa de la FECH para oír a Allende, bailar, cantar y celebrar hasta el éxtasis, los que presenciábamos esto desde el balcón de la sala del Comité Ejecutivo de la federación sentíamos que el corazón se nos saldría por la boca. Empezaba la construcción del paraíso ... la utopía se haría realidad.

Allende llegó más tarde y el amontonamiento de gente en el local era tal, que la vieja casona estuvo a punto de derrumbarse cuando los que se encontraban adentro comenzaron a seguir a la multitud que saltaba gritando "el que no salta es momio; el que no salta es momio"... El Presidente electo habló e hizo referencia especial al movimiento estudiantil: "He querido hablar al pueblo de

Chile desde los balcones de la FECH porque los estudiantes y la juventud han sido vanguardia en esta lucha"... Nosotros ya reventábamos de alegría y con los cientos de miles de chilenos acogimos la invitación de Allende: "Esta noche tomaremos la patria por la cintura para bailar una cueca larga hasta el amanecer".

El orden, la civilidad y la calma con que la gente celebró radiante la victoria esa noche, no anunciaban las dificultades que se nos vendrían encima...

En la universidad nos lanzamos a todo vapor con la consigna "A construir la Patria Nueva". Nos parecía que el triunfo del gobierno popular crearía las condiciones de transformación estructural de la sociedad chilena que permitirían llevar a cabo a fondo los principios de la reforma universitaria. Más que eso, sentíamos que un mundo de posibilidades, ilusiones y creatividad se abría ante nosotros. Seríamos protagonistas del nacimiento de algo nuevo. La vida se cargaba de inmenso sentido.

Pero la situación en la Universidad de Chile continuaba siendo muy compleja y la victoria de Allende no cambiaba la realidad que contraponía a las distintas concepciones que se disputaban su dirección. El año terminaría con la reelección de Edgardo Boeninger y la derrota del candidato de la UP en la elección de Rector y con nuestra reelección -ahora con amplia mayoría- en las elecciones del Comité Ejecutivo y el Directorio de la FECH. Yo fui reelegido Presidente de la federación y a pesar que mis relaciones personales con el Rector Boeninger nunca fueron malas, estuvieron siempre sobredeterminadas por la confrontación de los sectores políticos a los que él y yo estábamos adscritos.

El clima político de la universidad, por desgracia, no era apropiado para el despliegue de un diálogo constructivo entre las fuerzas de izquierda y centro acerca de cómo continuar el proceso de transformación universitaria. Visto el problema con perspectiva, lo cierto es que las concepciones de universidad que contraponían a las principales tendencias en la Universidad de Chile, admitían

una articulación: Los problemas de modernización de estructuras y las ideas de escala, descentralización y comunidad universitaria que inquietaban a la DC no eran necesariamente contradictorias con las ideas de "universidad comprometida" que interesaban a la izquierda. Pero, la verdad es que la disputa por el poder en la universidad pronto ocupó las mejores energías.

Se reflejaba en este proceso la incompreensión de las grandes fuerzas políticas de izquierda y centro, de lo que estaba en juego en la universidad y el país: la sobrevivencia de la democracia, amenazada por los grupos que ya desde el período del gobierno demócrata cristiano habían visto sus intereses afectados y sus posiciones de influencia política disminuidas. La débil presencia política de las organizaciones partidarias de derecha en la universidad nos llevaba de algún modo a no sopesar el hecho que ese sector político había obtenido apoyo de un tercio del electorado nacional. La universidad estaba ya hiper politizada y su especificidad desaparecía y reflejaba transparentemente los temas en torno a los que chocarían la Unidad Popular y la Democracia Cristiana más tarde a nivel nacional.

La confrontación en la universidad se dio desde un comienzo. El acuerdo de Garantías Constitucionales firmado por la DC y la UP desgraciadamente no encontró eco en la universidad. Aún no veo claro por qué esto fue así y obviamente no puede explicarse en términos de las características personales de los dirigentes de uno y otro sector en la universidad. Lo concreto es que allí la presencia de una extrema izquierda bastante visible -aunque poco numerosa- nos empujaba a nosotros a una actitud demasiado "combativa" respecto de la DC, la que experimentaba un proceso semejante, presionada desde la derecha que había contribuido a elegir al Rector Boeninger.

Que la Unidad Popular y la DC en la universidad no comprendieran la importancia crucial de un entendimiento básico que creara bases para la continuación de la reforma -por supuesto algunos acuerdos hubo- no era otra cosa que un reflejo de la incomprensión que se daba a nivel nacional acerca de lo indispensable de tal consenso básico. El entendimiento que se daba a nivel nacional entre Allende, la UP y la DC decía relación con procedimientos orientados a resguardar la democracia representativa en Chile y eran demasiado estrechos y coyunturales como para abordar los problemas más de fondo. Estos tenían que ver con la cuestión crucial de qué consenso era el que sustituiría al pacto de industrialización por sustitución de importaciones que cristalizara en los años treinta, que había sostenido a la democracia política representativa en Chile y que hacía crisis a fines de los sesenta. Del mismo modo, los acuerdos a los que se llegaba en la universidad se referían sólo a procedimientos (por ejemplo, el proceso institucional que conduciría a la dictación de la nueva ley universitaria, etc.).

Estos eran muy importantes, pero eran modalidades para resolver conflictos y no procesos de reflexión y construcción de consenso acerca de lo que debiera ser la nueva universidad.

Reflexionar acerca de lo que debiera ser la nueva universidad era en el fondo entregarse a una actitud creativa de enormes proporciones: en verdad, se trataba de elaborar una visión de la sociedad deseable y necesaria para Chile. Habría que haber partido del terreno común compartido entre las visiones de Chile que la Unidad Popular y la DC estaban tratando de diseminar en la sociedad nacional. Pero mucho más que eso: Había que profundizar el estudio de la realidad del país para, partiendo de ella, imaginar un estilo de desarrollo nuevo para Chile. Y esto había que hacerlo desde la especificidad de la investigación científica y tecnológica, desde la creación artística y cultural.

En lo institucional-formal, la reforma siguió adelante. La comunidad universitaria de la Chile contaba ahora con autoridades

elegidas democráticamente a todo nivel. Los académicos que no eran "propietarios de cátedra", los estudiantes y el personal no-académico contaban ahora con un mecanismo institucional de participación en las elecciones de autoridades y en los órganos colegiados de la universidad, desde el Departamento hasta el Consejo Normativo, especie de parlamento nacional universitario. Se establecían criterios claros de excelencia para avanzar en la carrera académica y de eficiencia, en la carrera administrativa.

Los estudiantes tenían ahora voz y voto a todo nivel y todas las posibilidades de articular sus aspiraciones, de incidir en la definición general de la universidad. Se comenzaba a elaborar un "sistema de seguridad integral del estudiante" y se establecía un sistema de "currículum flexible" que permitía más movilidad horizontal transdisciplinaria entre diferentes facultades y carreras. Cada estudiante podía ahora enriquecer su formación traspasando estrechas barreras profesionalizantes. En todo esto había un amplio consenso y concentrarse en la profundización y extensión de estos aspectos habría conducido naturalmente a una mayor creatividad y elaboración compartida. Con todo, no fue poco lo que se avanzó.

Desgraciadamente, la universidad estaba atravesada también por otras dinámicas que terminaron por tener efectos muy destructivos. El "empate" político que caracterizaba la situación en la Universidad de Chile no pudo ser visto por las principales corrientes político-ideológicas como un desafío interesante, como una oportunidad de profundizar el diálogo, de fertilizarse recíprocamente. Desde ambos lados del conflicto ideológico se prefería una solución a la "cuestión del poder" en la universidad, en la que la diversidad no era valorizada como algo natural, positivo e inevitable. Se vivía bajo la obsesión que el control de los aparatos decisionales universitarios era un requisito del avance político de la oposición o de las fuerzas pro-gobierno.

En otras universidades, donde la correlación de fuerzas era más clara para uno u otro sector (como en la Católica, la Universidad Técnica, la U. del Norte y la U. de Concepción), al menos

durante los primeros dos años existía una mayor normalidad académica y se pudieron ensayar interesantísimas experiencias. Así, en algunos casos se avanzó muchísimo en la democratización del acceso a la universidad, creándose escuelas vespertinas, convenios con sindicatos, organizaciones de campesinos, indígenas y pobladores. Se desarrollaron importantes programas que ligaban la actividad académica a la solución de grandes problemas nacionales en la minería, en la salud, en la agricultura y la vivienda.

En la Universidad de Chile también hubo intentos parecidos, pero todo aparecía dificultado y cuestionado por una extenuante confrontación político-ideológica que polarizó a extremos inauditos la vida universitaria.

Entre tanto, todas las comunidades de las universidades del país, incluida la de la Universidad de Chile, se abocaban a la aprobación de sus respectivas leyes orgánicas, los llamados "estatutos universitarios". Estos procesos debían culminar con la discusión en el Parlamento de los proyectos de ley universitaria que institucionalizaban los principios de democratización del poder en todas las universidades, la autonomía territorial, académica y administrativa y una fórmula de financiamiento que comprometía al Estado al otorgamiento de un porcentaje estable del presupuesto nacional a cada universidad. En la mayoría de las universidades el respectivo estatuto universitario fue aprobado por medio de referendums y otros procedimientos de consulta democrática. Este proceso fue muy conflictivo, pero la reforma había ya establecido mecanismos de consulta democrática que facilitaron el desenlace.

El Congreso Nacional despachó estas leyes una tras otra, respetando la voluntad universitaria y el Presidente Allende las promulgó una vez que el Parlamento completó su discusión y trámite. Pero este proceso de institucionalización de la Reforma ocurría cuando ya la lucha política en el país desbordaba los marcos del régimen institucional. Y los universitarios estaban embarcados, como todo el país, en una lucha ciega y sorda.

Con todo, la reforma universitaria logró conquistas históricas que el desenlace que culminó con el establecimiento de un régimen dictatorial a nivel nacional y con la intervención y represión en las universidades, no podrán ocultar. Desde luego, la institucionalización y legalización de la democracia como forma de gobierno universitario adquirió ribetes históricos: nunca en la historia de la universidad, los derechos de los miembros de la comunidad universitaria estuvieron mejor cautelados y nunca antes el Estado nacional había asumido de manera más plena sus responsabilidades para con la educación superior. Visto todo ello con la perspectiva de los años de dictadura, la universidad que se institucionalizó con la reforma se nos presenta casi como utopía.

En un país como Chile, ubicado internacionalmente en una posición "periférica" y subordinada, la universidad debía jugar un papel crucial en el desarrollo de la educación, la investigación, la creación cultural. No hay en países como el nuestro aún, sustitutos adecuados para muchas de las funciones de la universidad. Nuestra situación no es equivalente a la de países ricos, donde el Estado y el sector privado crean muchos mecanismos alternativos. La universidad era también en Chile, una avenida de movilidad social, abría oportunidades nuevas a hijos de familias modestas. La Reforma profundizó esta situación. La matrícula estudiantil se expandió de un modo impresionante con el masivo apoyo estatal, lo que posibilitó la creación de nuevas sedes y carreras: Las vacantes crecieron desde 22.899 en 1970 hasta 62.064 en 1972 (hacia 1980 la cifra, había decrecido a 32.964 plazas). La investigación, la creación cultural y la extensión universitaria, se comenzaban a desarrollar en un marco de nuevas posibilidades con el establecimiento de los Departamentos y el considerable aumento de académicos a tiempo completo. El aporte fiscal, durante los años sesenta se había ido incrementando sostenidamente hasta lograr el 1% del Producto Geográfico Bruto y se empujó luego de la Reforma y del establecimiento de la nueva legalidad universitaria hasta el 2% del

PGB. Como se sabe, desde 1975 esta situación ha sido revertida de un modo dramático.

La FECH llegó al Golpe de Estado profundamente debilitada, en los hechos habiendo perdido en buena medida su condición de organización representativa única de los estudiantes de la Universidad de Chile de Santiago. La polarización generalizada que había quebrado otras organizaciones sociales, se expresó a fondo en el movimiento estudiantil. Ya en 1973 la Federación -lo decimos con pena- sólo expresaba y movilizaba a los estudiantes que apoyaban a la izquierda, que siendo muchos, no eran todos. El estudiantado opositor, tan numeroso como el anterior, actuaba completamente fuera de las estructuras organizativas de la FECH.

Pienso que las fuerzas políticas mayoritarias, esto es, la Unidad Popular universitaria y la Juventud Demócrata Cristiana tuvieron (tuvimos) en este desenlace una responsabilidad principal. La extrema izquierda y la extrema derecha eran débiles en la Universidad de Chile y su participación en la FECH fue puramente agitativa y definitivamente marginal, y nunca fueron una alternativa real para el estudiantado de la Universidad de Chile. Lo concreto es que las fuerzas políticas no pudieron encontrar un mecanismo que las acomodara a todas, desdibujándose la Federación totalmente en 1973.

La izquierda había ganado la FECH en 1969, en 1970, y 1972. Las elecciones de 1972 se habían efectuado en el mes de junio, en lugar de octubre-noviembre, el período en que tradicionalmente se renovaba el liderazgo de la FECH, a consecuencia de la crisis que se había producido en 1971. Formalmente, el nuevo Comité Ejecutivo y el Directorio de la Federación quedaba con mayoría de representantes de la Unidad Popular, con una fuerte representación DC y con una participación marginal del MIR y de la Juventud Nacional. Sin embargo, la DC y la JN no participaron en las

actividades de la federación a pesar de haber reconocido entonces la legitimidad de los resultados electorales.

Mirando las cosas con perspectiva, aún si hubiésemos aceptado la exigencia opositora y hubiésemos accedido a su idea de celebrar elecciones anticipadas en junio de 1973, la crisis del movimiento estudiantil no se habría superado, independientemente del resultado de las elecciones, que admito era incierto. En rigor, a esa altura de los acontecimientos, no había ya un movimiento estudiantil: había masas estudiantiles que seguían de un modo ciego y enervado las consignas que a nivel nacional impartían respectivamente a sus partidarios, la UP de una parte, y las fuerzas de la DC y el Partido Nacional actuando unidas en la oposición. Hay que recordar que en junio de 1973 se produjo el intento de Golpe o "Tanquetazo" y ya las condiciones de diálogo y negociación política estaban disminuidas. En abril de 1973 no habíamos logrado ni siquiera celebrar la "semana mechona" juntos.

La dirección política de la Unidad Popular universitaria y los líderes de la Juventud Demócrata Cristiana habíamos reiniciado el intento de diálogo después de junio de 1973: se discutía la organización de la Convención de la FECH que debía reestructurar la Federación y ajustarla a los cambios que había experimentado la estructura académica, administrativa y territorial de la Universidad. Pero éste diálogo era totalmente privado y completamente cupular: los partidarios de ambas tendencias se enfrentaban a gritos y silletazos en las escuelas repitiéndose unos y otros los argumentos que leían y oían en los medios de comunicación masivos.

Creo que se desprende de lo vivido dolorosas enseñanzas subrayadas todas por la experiencia de inaudita represión que se hicieron cotidianas desde septiembre de 1973 hasta la fecha.

La práctica de los valores democráticos en la universidad era desde hacía mucho, bastante precaria. A pesar de todos los avances democratizadores que la Reforma estableció, y de los mecanismos concretos que se crearon para la participación de los universitarios, los espacios fueron copados por la confrontación de las

fuerzas políticas partidarias. Como señalamos con anterioridad, esto no debe sorprender a nadie ni debe ser entendido -como dicen los partidarios del régimen militar- que la universidad hubiese sido "infiltrada" por las fuerzas políticas: la hiperpolitización partidaria de la vida nacional se expresaba por igual y con mayor razón en la universidad, puesto que no hay ningún aspecto de la vida académica que no tenga profundas connotaciones o implicancias políticas: esto era una expresión más de las insuficiencias de la democracia chilena, que tenía mecanismos muy débiles de mediación ente la sociedad civil y un Estado extremadamente centralizador, lo que permitía (y en los hechos obligaba) a los partidos políticos (el único canal eficaz de relacionamiento Estado-sociedad civil) a articular todas las demandas e intentar dar dirección a los movimientos sociales que carecían de autonomía real. Por supuesto, la solución para este problema era la creación de nuevos mecanismos de participación y representación, y por ningún motivo, el establecimiento de una tiranía que cerrara todos los espacios tradicionales de nuestra democracia representativa.

Así, tradicionalmente las elecciones universitarias eran un momento especialmente importante de medición de fuerzas entre los partidos y se llegó a decir que las elecciones de la FECH eran el "barómetro de la política nacional". De este modo, cada lucha librada por el movimiento estudiantil era también una lucha de las fuerzas políticas por articularla y darle su orientación partidaria. El tema de la especificidad y la autonomía del movimiento estudiantil, y en general, la especificidad y la autonomía de los movimientos sociales, nunca fue objeto de una elaboración teórica seria: estos no llegaron nunca a ser entendidos como identidades colectivas que podían ser importantes correctivos y espacios inéditos de participación social y política por sí mismos, en una relación de complementariedad al papel de los partidos políticos. Pero todo eso reclamaba también una concepción teórica de la profundización democrática, que ni la izquierda, ni el centro y

mucho menos la derecha, estaban en condiciones de ofrecer al país.

Así, en medio del ejercicio de la democracia en la universidad, con todo lo grande, positivo e interesante, se dieron excesos absolutamente desquiciadores y que en mi opinión deben ser objeto de profunda reflexión aún hoy día.

Es sólo con la perspectiva de los años transcurridos, y el manto de sufrimiento causado por estos años, que podemos identificar muchos rasgos profundamente autoritarios en la vida universitaria de la época democrática y, más en general, en la vida de la sociedad chilena. En mi opinión, tales rasgos autoritarios- que se podían encontrar a la derecha, izquierda y centro del espectro político- fueron también caldo de cultivo de la dictadura.

Está por supuesto el tema profundo que no podremos tratar aquí y que se resume en la pregunta de: "hasta dónde en cada chileno hay un dictador?" El machismo que subordina y explota a las mujeres de todas las clases; el racismo que trata con desprecio a nuestros pueblos nativos y a los grupos étnicos que han emigrado a Chile y el desprecio con que tan a menudo los chilenos, de todas las clases, se refieren a nuestros vecinos; el centralismo con el que se marginaliza y desprecia a las provincias y a la vida rural al tiempo que se glorifica a la capital y a lo urbano; el clasismo descarado característico de la sociedad nacional, ¿no eran acaso fuerzas obscurantistas, reaccionarias y verdaderos gérmenes de autoritarismo?

En la universidad estos fenómenos también tuvieron expresión. ¿Qué tenía que ver con la tarea histórica de definir una nueva universidad y pensar una visión del futuro para Chile, el que en las sesiones del Consejo Normativo de la universidad -que se desarrollaran a menudo con masiva asistencia de público universitario- los profesores, los estudiantes y las propias autoridades universitarias (incluido el Rector) fueran abucheados y muchas veces insultados por los partidarios de uno u otro sector cuando hacían uso de la palabra?

Recuerdo con pena y con vergüenza alguna de mis propias acciones, como la "choreza" de saltar arriba de la mesa del Rector de la universidad irrumpiendo en una conferencia de prensa que él ofrecía, para atraer la atención de los periodistas para los planteamientos de la FECH: ¿qué tenía esto que ver con "diálogo universitario"? Y esto ocurría cuando la Reforma ya había establecido canales de participación para los estudiantes a todo nivel. Es cierto que el Rector también contribuía a encender los ánimos con una actitud claramente militante, actuando a menudo más como dirigente político universitario opositor que como autoridad representativa de todos los universitarios. Esto no es una crítica personal al Rector Boeninger (que se jugó en defensa de los derechos humanos inmediatamente después del Golpe de Estado), sino otro ejemplo del clima que se llegó a vivir en las universidades.

¿Qué decir de la práctica masiva, permanente y extendida a todas las universidades, de no dejar hablar a las fuerzas políticas minoritarias? En la Universidad Católica, los estudiantes derechistas "cazaban" a los comunistas y miristas. En el Instituto Pedagógico, los comunistas "cazaban" a los derechistas, a los miristas y a los anarquistas. En la Universidad de Concepción, los miristas "cazaban" comunistas, demócratacristianos y derechistas. En otras universidades, los demócratacristianos "cazaban" a los izquierdistas. ¿Qué tenía esto que ver con democracia universitaria? No demasiado y a pesar que esto no era la tónica de todos los días, dañó suficientemente el ambiente universitario como para que después del Golpe los militares terminaran por cazar (sin comillas), expulsar, torturar y encarcelar a miles de estudiantes, académicos y trabajadores no-académicos, con el apoyo de una parte de la comunidad universitaria y de la opinión pública.

¿Qué decir de la glorificación de las asambleas y mitines como la mejor expresión de democracia? Mitines en los que cada uno de nosotros hacía despliegue de oratoria y de dramaturgia para ganar la adhesión de los estudiantes. ¿Era ése el mejor

contexto para que los estudiantes que no se sentían cómodos frente a la multitud expresaran sus puntos de vista? Nunca se nos ocurrió que los dirigentes estudiantiles, en lugar de ser artistas de la convocatoria y la agitación, podríamos y debíamos haber sido facilitadores que desarrollaran la habilidad de lograr que los estudiantes hablaran con serenidad de sus problemas y de los problemas de la universidad y del país, en grupos pequeños, en los cursos y casinos, o en cada una de las instancias naturales de reunión y actividad compartida. Nuestra idea de la política, de la politización y de la democracia eran demasiado autoritarias. No es que pretenda que las asambleas fuesen en sí algo indeseable: el problema era que a menudo reemplazaban cualquier otra forma de deliberación. Tampoco estoy sugiriendo que la vida política en la universidad debiera estar desprovista de pasión y entusiasmo. Tal cosa sería absurda especialmente tratándose de la juventud. Pero nos interesa destacar la cultura política que se había ido desarrollando, en la que formas más o menos abiertas de coerción y manipulación se habían legitimado como "normales".

Me duele decir todo esto, porque también todas esas experiencias están atravesadas de momentos preciosos, interesantes, entretenidos y porque en medio de excesos florecieron cosas extraordinarias, como lo testimonian los trabajos voluntarios de verano y las miles de expresiones de solidaridad de los estudiantes para con los trabajadores, los campesinos, las jornadas hermosísimas de solidaridad con Vietnam, las luchas por la seguridad integral de los estudiantes, los cientos de actividades entretenidas y culturalmente valiosas que organizamos en el Edificio "Gabriela Mistral" a cuyo salón de honor todas las organizaciones sociales tenían acceso gratuito y cuyo casino fuera entregado a la FECH por el Presidente Allende. Pero nada de eso posibilitó sostener la unidad del movimiento estudiantil, cuyo liderazgo simplemente trasladaba a la universidad la misma confrontación que se daba a nivel nacional.

Y del mismo modo como los aparatos de representación y formación de consenso del Estado habían sido desbordados en el último año del gobierno de la Unidad Popular, las instituciones democráticas del movimiento estudiantil y de la universidad eran desbordadas por la intensidad del conflicto. Así, la FECH llegó al Golpe dividida, paralizada y sin capacidad de representar a un movimiento estudiantil definido por las mismas características.

Que no haya confusión: Nada de esto podría justificar el horror que siguió a la intervención militar en las universidades. Nuestra universidad comparada con la de hoy era paradisíaca. El aspecto que nos interesa destacar es que todas esas prácticas que hoy día miramos con ojos autocríticos eran síntomas de la crisis que el consenso que había sostenido a la democracia chilena estaba experimentando. Lo que se requería era la búsqueda de nuevos consensos por la vía de la profundización democrática y no la destrucción de los escenarios de participación y representación: pretender que el fuego puede combatir el calor es una idea carente de sentido. Creer que la fuerza militar y la represión sean la solución cuando hay desacuerdos profundos es pensar que la diversidad natural (deseable e indispensable) de la sociedad humana puede eliminarse por "bando"

Debilitada y todo la FECH, intentamos en los últimos meses contribuir a encontrar una salida política a la situación: Organizamos en la Parroquia Universitaria un diálogo público en el que participamos Radomiro Tomic y Ricardo Hormazábal, por la DC y Clodomiro Almeyda y yo por la UP. Semanas más tarde repetimos una experiencia parecida. Demasiado poco y demasiado tarde.

Un movimiento estudiantil así de debilitado poco o nada podía hacer en defensa de la democracia cuando los militares, apoyados por la derecha y por el gobierno de EE.UU., decidieron asaltar el poder estatal y ocupar el país. Cuando el 11 de sep-

tiembre de 1973, a las siete de la mañana fui informado de lo que estaba ocurriendo, partí al campus de la Sede Oriente y desde allí hablé por radio llamando a los estudiantes a resistir el golpe ocupando los recintos universitarios. Tal era la respuesta que habíamos planeado y eso fue lo que habíamos hecho en junio cuando el "Tanquetazo". Habíamos preparado una distribución de los dirigentes estudiantiles por sedes universitarias para una eventualidad como esa. La verdad es que aunque sabíamos que las posibilidades de Golpe de Estado eran reales e inminentes, creíamos que si el Presidente Allende llamaba a plebiscito, como tenía planeado hacerlo en la mañana del 11 de septiembre, se crearían condiciones para salir de la crisis; lo más probable es que el gobierno perdería el plebiscito, y el Presidente tendría que renunciar y llamar a elecciones, pero al menos se salvaría el régimen democrático. Nunca imaginamos que si había golpe alcanzaría los niveles de salvajismo y brutalidad que caracterizaron la acción militar.

Hacia las diez de la mañana, unos mil estudiantes se habían congregado en la sede de Macul y lo mismo ocurría en otras sedes de la universidad. Desde la sala del Centro de Alumnos del Pedagógico habíamos instalado un alto-parlante y se transmitía básicamente lo que las radios que apoyaban al gobierno iban anunciando. Las radios se fueron silenciando una tras otra, al tiempo que oíamos las descargas de metralla, los bombazos y el desplazamiento de tanques y camiones militares. Cuando Allende dirigió sus últimas palabras, oímos en silencio sabiendo que la derrota era inevitable. Llegaron noticias de bombardeo en la Universidad Técnica, de ametrallamiento de obreros en los cordones industriales y finalmente vimos los aviones que bombardeaban La Moneda. Por supuesto, no teníamos armas y aunque las hubiésemos tenido, nada podríamos haber hecho. Lo único que había eran piedras y neumáticos para barricadas.

Ya consumado el bombardeo de La Moneda, tanques y tropas de infantería comenzaron a rodear la Sede de Macul. Entre los

estudiantes concentrados había una espantosa confusión y el terror comenzaba a dibujarse en las caras. No menos confundido que el resto y no menos asustado, intenté algo que visto con perspectiva, se me presenta como locura completa y que de paso demuestra hasta donde no podíamos concebir la situación que se abriría en Chile: Junto a Elena, mi compañera, corrí hacia la entrada de Macul en el Instituto Pedagógico con la intención de dialogar con los militares y arreglar la evacuación del recinto, con la esperanza de impedir la ocupación militar y la masacre. Cuando llegaba a la salida, Fernando Ortiz, profesor de Historia y dirigente nacional del Partido Comunista, se me puso delante y tomándome por ambos brazos me gritó: ¿"Adonde va compañero Rojas?" Cuando le expliqué mi intención me volvió a gritar: "Está loco compañero. Ahora lo único que podemos hacer es asegurar que los estudiantes abandonen rápido el recinto por las puertas posteriores. Y usted... muy Presidente de la FECH será, pero yo le ordeno, en nombre de la dirección del partido, que se vaya inmediatamente a su lugar de seguridad". Vacilé un par de segundos y antes que me diera cuenta, un grupo de compañeros de la Jota me metió a la fuerza con Elena y con otros dirigentes estudiantiles en un auto. Salimos junto con el tropel de estudiantes por la Escuela de Periodismo. El recinto se desalojó rápidamente antes que los militares lo ocuparan.

Llegamos pronto al "lugar de seguridad", es decir, las casas que cada uno de nosotros tendría que haber arreglado por anticipado para una situación de este tipo. Comenzó ahí un período de varios meses de vida clandestina (más bien, de traslados precipitados de casa en casa, de escondite en escondite). En la casa donde pasamos los primeros días, vivimos el terror, la pena y la rabia del día del Golpe de Estado. Pronto leerían la primera lista "negra" en la que mi nombre figuraba en el lugar 33.

Durante varios días intentamos hacer contactos con otros compañeros. Todas las informaciones que recibíamos eran con-

tradictorias, confusas, el rumor y el pánico recorrían las filas de la izquierda.

Por supuesto, las universidades permanecieron cerradas. La FECH fue ilegalizada el mismo día del Golpe, sus bienes y edificio incautados y todos los dirigentes perseguidos. Miles de estudiantes de diversas sedes y universidades fueron apresados y llevados al Estadio Nacional, al Estadio Chile y más tarde a cárceles y campos de concentración.

El período que vino después para mí, fue estrictamente una lucha de sobrevivencia, como para tantos otros. Nunca más pisé la pequeña casita donde Elena y yo vivíamos, detrás de la casa de mis suegros. Perdimos todo lo muy poco que teníamos cuando la casa fue allanada. Nunca más pisé la universidad y nunca más pude salir a la calle sino con el estricto y apresurado propósito de cambiarme a una de las 17 o 18 casas en las que estuve escondido, en las que rostros amigos muchas veces desconocidos me recibieron para compartir el miedo, el pan y el calor humano. Militantes de izquierda, demócratacristianos, sacerdotes, obreros, hippies... seres humanos gracias a quienes continúo viviendo.

Si tuviera que resumir en un par de frases lo que han sido estos 14 años, diría que es un proceso de desintegración y de recreación total del ser, de la identidad, de la forma cómo se le encuentra y otorga sentido a la vida. Es una experiencia de pérdida profunda, que requiere la movilización de todos los recursos del alma para ser trascendida e internalizada, creciendo con ella.

Los días que viví escondiéndome fueron meses de miedo cotidiano. Desde una situación en la que cabalgábamos en la ola gloriosa de la historia y avanzábamos siendo parte de lo que creíamos era una fuerza invencible, portadora del futuro y encargada de construir un paraíso que se haría con nuestras propias manos, pasamos a la incertidumbre más completa, a la noche

literal, aquella que nos asustó de niños, con todos sus monstruos infernales.

Mis sentimientos, creo que como los de todos los protagonistas de la ola de esperanza, eran definitivamente mesiánicos. Nuestra experiencia fue profundamente religiosa, en el sentido fuerte de la palabra. Para mí fue el paso de la vida pública, en una posición de extraordinaria responsabilidad, cargada de sentido, a la pesadilla. El cambio se producía en 24 horas: de un día en el que podía ir a la Televisión Nacional y llamar al día siguiente a miles de estudiantes a congregarse y manifestar en el centro de Santiago, a la impotencia más completa. De un día en que los quehaceres políticos y sociales movilizaban nuestras mejores energías, a una situación en la que cada resto de ánimo había que ponerlo en función de escapar, vivir, sobrevivir.

Con el Golpe se derrumbó todo. Nuestras ilusiones se hicieron añicos. Todos los días me acosté vestido y con zapatos, nunca más con mi ropa, nunca más en mi cama. Con un ojo abierto y un oído despierto, pendiente siempre del allanamiento inminente, de la muerte que nos rondaba a todos, todos los días.

Paradójicamente, la preocupación de sobrevivir, de ocultarse, de cambiar el aspecto físico, de dotarse de documentos falsos, de enrabiarse contra las mentiras que en contra nuestra vomitaban los medios de comunicación, todos controlados por el gobierno militar, no dejaban espacio para grandes reflexiones, ni para replantearse la experiencia. En las largas horas de espera escribí muchas páginas que quedaron enterradas en los patios de varias casas amigas.

Las noticias espeluznantes acerca de lo que ocurría con compañeros apresados nos rondaban cada segundo. Aún hoy día no puedo identificar qué telas profundas se rajaron en esos días. Dos semanas después del Golpe, mi suegro, un científico que se ha empinado a estatura planetaria, salía demolido del Estadio Nacional, luego de vejaciones y varios simulacros de fusilamiento. Mis contactos con Elena se iban haciendo más y más peligrosos. Ella fue mi enlace, arregló casas y escondites donde yo pudiera llegar

cuando la vida corría mucho más rápido que las medidas de seguridad. Pero estábamos en contacto. Un día llegó a verme y decidimos que ella y su padre deberían salir del país. Varios meses después, se reunirían en Honduras con el resto de la familia. Empezaba la diáspora familiar. Un año entero pasaría sin que nos viéramos. A la desintegración de la ola mesiánica, a la pérdida de la vida cotidiana, al miedo y la incertidumbre, se agregaba la separación de lo más querido: Elena, mi hija Marcela, mi madre, en fin, la familia; por tiempo ilimitado, tal vez para siempre.

Sin embargo, nunca podíamos dejar de sorprendernos de la capacidad del ser para absorber sufrimiento. En las casas donde me ocultaba, seguíamos conversando, compartiendo, asustados, pero sin que pasara un solo día sin que se oyera alguna risa.

Por supuesto, lo que nos daba fuerzas era el sentir que lo ocurrido era un traspie transitorio, una resaca. La ola victoriosa volvería. El partido se reconstituía dolorosamente en el mundo clandestino. Radio Moscú, Radio Habana, Radio Amsterdam nos contaban de la explosión mundial de solidaridad con nosotros: seguíamos pues perteneciendo, siendo parte de una fuerza de estatura mundial. Nuestra suerte era mejor que la de los muertos, que la de los presos y torturados. Y había que mantenerse lúcido, alerta, sereno, para continuar viviendo.

Pero la confrontación cotidiana con el rostro frío de la muerte, nos cambiaría para siempre, a niveles que no se pueden describir.

Elena y su padre ya estaban dentro de la Embajada de Honduras. Respiraba con alivio pues también tenía noticias que mi hija Marcela, de mi primer matrimonio, y su madre estaban bien. Mi madre también estaba más o menos fuera de peligro, vinculada a sus hermanos, que en su mayoría habían sido opositores de la UP.

La presencia de la dictadura militar operaba como referente extraño. Nos otorgaba una identidad "de abajo", de perseguidos, marginados. No podíamos decidir literalmente nada sobre nuestro destino personal. No tenía el más mínimo recurso, ni para comprar

comida, ropa o cigarrillos, que por supuesto nunca faltaron. La generosidad fue por igual en casas de obreros o de gente aristocrática. Pero se vivía de la ayuda de los otros (muchas veces muy pobres), no del esfuerzo de uno.

Hay miles de relatos acerca de la solidaridad humana de las cárceles, campos de concentración y en las poblaciones. Nuestra experiencia no tiene nada de original. La dictadura castigaba, insultaba y nosotros no podíamos verla sino como el triunfo del egoísmo, de la violencia, de la tortura y de un salvajismo que Chile sólo había conocido durante el genocidio del pueblo mapuche. Pero la propia presencia de la dictadura le otorgaba a nuestra existencia mucho sentido: la tarea mesiánica de liberar a nuestro pueblo ahora no sólo de la explotación sino además de la represión seguía en pie.

La utopía seguía intacta, no se producían aún crisis de sentido.

Este período se cierra para mí el día en que un grupo de militantes me vino a buscar y un dirigente del PC me comunicó que el partido había resuelto mi salida del país y mi asilo político en una embajada. De nuevo, no podía decidir nada y en el fondo era cómodo que "la organización" resolviera acerca de mi destino. Me resultaba inconcebible la partida, me sentía avergonzado y estaba convencido que los estudiantes y la gente que me había elegido como parlamentario no me perdonaría el asilo. Pero me explicaron que el "tema no está en discusión compañero: nosotros tenemos la tarea de asegurar la vida de los dirigentes más conocidos, que en todo caso pueden jugar un papel mucho más valioso organizando la solidaridad internacional". El argumento disolvía cualquier disonancia, y aseguraba de nuevo una perspectiva, una misión... El ser mesiánico que comenzaba a desintegrarse, se recreaba en la nueva tarea.

Ocho meses pasé junto a otros tres dirigentes en una de las casas de la misión diplomática de la República Democrática Alemana, bajo la bandera finlandesa, luego que la RDA rompió relaciones

diplomáticas con el régimen militar. Entre la entrada al local diplomático y la salida pasaron muchas cosas. Iniciamos ahí un proceso de reflexión sobre la derrota, pero el análisis no podría sino estar referido a "errores tácticos" más o menos graves según el partido de que se tratara, o a la fuerza desestabilizadora del imperialismo. Decidimos aprovechar nuestro tiempo, estudiando alemán, escribiendo artículos para las radios internacionales amigas, escribiendo cartas a familiares (una muy larga por día escribía yo a Elena que respondía con la misma intensidad desde Honduras). Hacíamos gimnasia, cocinábamos y nos dotábamos de una rutina: tanto nos cargamos de actividad, que más de una vez alguno se paró de la mesa mirando la hora y excusándose porque "estoy super apurado"...

Un buen día, me tocó el turno de salir de Chile. Por fin me daban el famoso "salvoconducto". A las seis de la mañana un auto de la embajada de Finlandia, seguido de autos de policía, me llevaba a Pudahuel. Al subir al avión de KLM que me llevaba a Amsterdam, para luego seguir a Berlín, miré la cordillera y pensé "Y qué ocurriría si esto fuera largo, eterno, de unos diez años?"

De sopetón me encontré en libertad, caminando de noche por las calles de Amsterdam, llamando por teléfono a Elena que ahora estaba con su familia en Canadá, pensando en el reencuentro, pensando otra vez en que la vida continuaba. Especulaba acerca de lo que ocurriría conmigo, pero de nuevo tenía claro que el PC tendría la última palabra. Me habían dicho eso sí en Chile, antes de salir, que ocuparía el cargo de Vice-Presidente de la Unión Internacional de Estudiantes, cuya sede estaba en Praga.

Ir a vivir a un país socialista se me presentó como algo perfectamente natural. Una mañana brillante de verano, cuando Praga mostraba sus mejores galas góticas, me reencontré con Elena

después de un año. El mismo día se quedó embarazada y cuando Daniel nació, comencé a vivir una transformación profunda.

Chile estaría en nuestras bocas cada día, cada minuto. Durante los casi tres años que fui Vice-Presidente de la Unión Internacional de Estudiantes, me entregué con toda mi alma a la campaña internacional de defensa de los derechos humanos en Chile. Viajé a cincuenta países, hice miles de discursos en universidades, escribí folletos, hablé en la UNESCO en nombre de los universitarios chilenos encarcelados y asesinados, participé en decenas de mitines internacionales. Salía más o menos cada dos semanas de Praga. Andaba cargado de energía, la pertenencia a la ola de la historia se reestablecía, la utopía recuperaba su lugar y éramos portadores, en todas partes, del heroico discurso de la resistencia chilena, que emocionaba a todo el mundo.

Andaba literalmente "salvando a la humanidad"; no tenía tiempo para mirar adentro mío y tampoco me fijaba todavía demasiado en el socialismo checo... Entretanto, Elena pasaba su embarazo prácticamente sola en Praga, sin familia, con muy pocos amigos chilenos, y aprendía la lengua checa a punta de desesperación. Yo estaba de nuevo convencido que lo que hacía era insustituible, crucial. Pero, con el tiempo, me comencé a dar cuenta de la rutina mecánica y repetitiva de los organismos internacionales, la perfecta inutilidad de tantas de sus actividades, la frialdad burocrática de sus funcionarios. Me empecé a dar cuenta que el mundo de Naciones Unidas y de las Organizaciones Internacionales No-Gubernamentales es necesario, pero también percibí sus graves insuficiencias y sobre todo, no me gustó el paisaje humano que las habita.

Cuando Daniel nació comencé a sentir a fondo las contradicciones entre una vida completamente artificial y la realidad de mi esposa sola con nuestro hijo en Praga. Checoslovaquia se reveló de pronto con toda su fealdad staliniana; con el trauma de su pueblo "liberado" en 1968 de su socialismo humanista, hoy, veinte años después, tomado en serio por Mijail Gorbachov, el nuevo liderazgo

soviético. Sentí que los derechos que reclamábamos para los seres humanos en Chile estaban en buena medida conculcados para los seres humanos en Checoslovaquia y la percepción de sus efectos no podían ser disimulados por la salud gratuita, la educación gratuita y todas las otras conquistas bien reales pero que no alcanzaban a sacar al pueblo checo de la depresión colectiva, de la pasividad, la corrupción cotidiana y el cinismo de la desesperanza. La vida era plana, triste, cuadrada.

Mi vida se desenvolvía sin haber aprendido a regalinear en la alfombra de la casa. Me perdí la mitad de los pañales de Daniel, la mitad de sus llantos, la mitad de sus incipientes sonrisas, la mitad de sus movimientos calentitos. Sentí de pronto que quería aprender a ser padre, a ser esposo, a mirar adentro mío. Sentí que mi vida no conocía los pelletazos de nieve, que no había tenido tiempo para aprender a cocinar. No sabía relajarme mirando a la gente pasar. No me podía tomar un helado o quedarme flojeando en cama sin sentir que estaba perdiendo el tiempo. En medio de tanto viaje y tanto discurso, no sabía donde me despertaba, no tenía ni horas de acostarme ni horas de levantarme. Como vivía de país en país desconocido, mis vínculos humanos eran fugaces, superficiales, urgentes. Extenuante.

Cuando nació mi hijo no se me permitió entrar al parto: tal era la disposición oficial. El mismo día que nació me mandaron a Portugal a hablar en un acto público de la Central Obrera Inter-sindical y a una reunión comunista. Nunca terminaré de arrepentirme de haberlo hecho. Daba lo mismo que hubiese ido yo u otro. Se me empezó a hacer patente que una militancia política que entraba en contradicción con la vida familiar estaba mal pensada, y la justificación de "darlo todo por la revolución" se me comenzó a dibujar como demasiado alejado de los seres humanos de carne y hueso, los que al fin y al cabo se beneficiarían de la utopía y los que tendrían que ponerse en movimiento para lograrla.

Las reuniones que un par de veces al año juntaban a los dirigentes comunistas jóvenes eran por supuesto, una fiesta. El PC

seguía siendo el punto de referencia, el sistema de apoyo psicológico, el lugar de encuentro con amistades entrañables. Muchos empezamos a desarrollar una visión crítica del socialismo real. Era imposible evitar la inquietud que esto nos causaba. Si no hubiese sido por el Partido Comunista Italiano, el más grande del mundo occidental, que nos mostraba que se podía ser comunista y criticar la experiencia socialista, nos habríamos sentido traidores. Nos daba la impresión que los italianos entendían mejor que nadie la naturaleza de nuestra experiencia porque se tomaban en serio lo de la democracia.

Pero mucho más que eso, lo que comenzaba a entrar en crisis dentro de mí era la unidimensionalidad de la vida que estaba viviendo. Además, no cumplía todavía treinta años y la experiencia que llevaba en mi espalda era de un veterano político pero la de un adolescente en todo lo demás. Me empezó a agobiar el ser funcionario internacional y menos me atraía la idea de ser funcionario de la solidaridad internacional con Chile. Me dieron de pronto ganas terribles de ser una persona común y corriente, ganarme la vida con un trabajo sencillo, retomar los estudios universitarios, ser papá y esposo, amigo, y sobre todo, adquirir una cuota elemental de control sobre mi propia existencia y la de mi familia. Quería aprender a encontrar las cosas en la cocina de mi casa sin pensar, como lo hace todo el mundo. Quería poder levantarme al baño de noche y encontrar mi camino con la luz apagada... Quería hacerle el desayuno a Elena y a Daniel. Tener un cuchillo de cocina favorito, un cojín con la forma de mi cuerpo marcada, hacer pan amasado.

Así, expuse a la dirección del PC, a la oficina de Chile Democrático en Roma, que coordinaba nuestras actividades y a los dirigentes estudiantiles que se encontraban en el exilio, mi deseo de dejar la Unión Internacional de Estudiantes y trasladarme a otro país de Europa donde pudiese trabajar, estudiar y aprender la lengua. Tenía posibilidades de estudiar en la Universidad de Ginebra o en Londres. Partiría desde primer año, puesto que a pesar

de que había prácticamente terminado mis estudios de dentística en Chile, hacía tiempo que mi interés eran las ciencias sociales. Mi petición encontró algunas resistencias, pero quedó claro que yo estaba determinado a cumplir mis planes. Me pidieron entonces que fuera a Ginebra de modo de ayudar en el trabajo de solidaridad con Chile en el marco de la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas y del enjambre de organizaciones internacionales de esa ciudad. Pero esas eran responsabilidades de militante y no fuente de subsistencia.

Nuestro comienzo en Suiza no fue del todo prometedor: Habíamos viajado desde Praga en auto hasta Ginebra, con intención de inscribirnos en la universidad y legalizar nuestro ingreso como estudiantes. En Suiza los estudiantes extranjeros tenían derecho a trabajar así que buscaríamos también alguna pega. Habíamos ingresado a Suiza con pasaportes que el gobierno de Vasco Gonzalves en Portugal nos había otorgado, como expresión de solidaridad y reconocimiento a mi condición de ex-parlamentario y dirigente de la UP., porque en aquella época el gobierno chileno no nos reconocía como ciudadanos y el documento de viaje checo nos creaba dificultades en todas partes. Habíamos dejado el auto estacionado con nuestro maletín adentro. Elena y yo fuimos a almorzar con un amigo chileno. Al regresar al auto notamos que nos habían robado y junto con el maletín habían desaparecido nuestros pasaportes.

El episodio es simbólico de los casi tres años que pasamos en Suiza: estuvimos un año entero sin documentos, en una situación ilegal, pobres como nunca antes y en una sociedad opulenta, agresiva y xenófoba. Teníamos pocos amigos, la vida tenía poco sentido, estábamos tristes, confundidos. La existencia entera comenzaba a crujir y hacer agua por todas partes.

Era crisis en todos los aspectos importantes de la vida personal. La experiencia en Suiza se nos quedó como una nebulosa, como un período de penas largas y hondas. Por nuestra casa desfilaron además decenas de compañeros que venían de cárceles,

de campos de concentración, en verdad, los peores casos de violación de derechos humanos en Chile y que venían a prestar testimonio a Naciones Unidas. En medio de nuestra situación, oímos los peores testimonios de sufrimiento humano y la experiencia nos penetró hasta los huesos. Nos sentíamos culpables, y sin derecho a hablar o a pensar en nuestros problemas que tampoco entendíamos muy bien.

La Suiza que nosotros vivimos no fue la de las tarjetas postales o la que maravilla a los turistas con sus espectaculares panoramas, con su riqueza, su orden y limpieza. Todos esos son rasgos bien reales del país, pero nosotros vivimos otro rostro, acentuado tal vez por nuestra crisis personal.

Tal vez lo más importante de la experiencia en Suiza fue que por primera vez yo dejaba de ser "estrella", dirigente público de mitines y entrevistas de prensa y pasaba de un golpe a una posición muy de abajo, marginal, de trabajador anónimo, de estudiante anónimo. Aprendimos Elena y yo que éramos capaces de hacer cualquier trabajo, que no había oficios que no se pudieran aprender. Junto a la opulencia del mundo de Naciones Unidas donde sólo la gente con poder es respetada, donde nadie tiene ilusiones de nada, donde la palabra "utópico" es casi un insulto, donde se libran batallas de días enteros por un párrafo en una declaración, conocí el mundo sencillo de un vendedor de café, cigarrillos y cerveza en un tren que cruzaba toda Suiza. Tres veces por semana, alterné por mucho tiempo ese trabajo con las clases de sociología en la Universidad de Ginebra. Aprendí a disfrutar el aire frío de los vallecitos de los Alpes, en las decenas de estaciones donde el tren se detenía y donde a veces había que esperar un par de horas para el regreso a Ginebra. El recuerdo de Suiza, como lo resume Elena, es de un país donde todo está prohibido y lo que no está prohibido es obligatorio. Sociedad extraordinariamente disciplinaria, opresiva a un nivel muy sutil, donde el pueblo tiene una mentalidad bastante policíaca. Como en todas partes, por supuesto, había gente extraordinaria, gente que nos ayudó y nos

apoyó. Pero esta es la percepción, tal vez distinta a la de otros exiliados que quizás no vivían en esos años la quebrazón interior que nos sacudía a nosotros. Apenas completé los cursos que necesitaba para ingresar al Master en Sociología, nos vinimos a Canadá.

Llegamos pues, en 1978 a vivir en Toronto, la "capital económica" de Canadá. Por tercera vez para mí (y cuarta para Elena que había vivido sus primeros meses de exilio en Honduras) se iniciaba el largo y complejo proceso de adaptarse a otro país, a otra lengua que aprender, a otros códigos morales que entender, a otro lenguaje corporal que conocer, a otro humor, a otro espacio físico, otros problemas y otras esperanzas. Para Daniel, la cuarta lengua a la que había estado expuesto, pero mucha más que eso y más importante, la llegada a un país donde estaban viviendo hacía seis años sus abuelos y dos de sus tíos, donde pronto nacerían dos primos. En resumen, la familia, algo que en sus tiernos tres añitos nunca había conocido.

Pero otro país siempre representa una nueva revisión a fondo de todo el bagaje personal: es una vida enteramente distinta, borrón y cuenta nueva, y requiere un inmenso esfuerzo adaptativo, que exige de nuevas habilidades y recursos.

Los primeros años en Canadá fueron también muy difíciles, pero desde el comienzo se nos hizo claro que teníamos muchas posibilidades si trabajábamos bien. Es distinto cuando se llega al seno de una familia que ya conoce el panorama. La adaptación nadie la puede hacer por uno, pero ayuda mucho. Además, Canadá es un país de inmigrantes y su pueblo está preparado subjetivamente para valorizar la diversidad cultural y étnica, sintetizada en la idea de "mosaico multicultural" que define la posición oficial sobre el tema. No es que el país esté completamente liberado de tensiones étnicas, como lo ha puesto de manifiesto la prolongada

lucha de Quebec por los derechos de los francófonos o las permanentes exigencias y demandas del movimiento indígena. Pero lo étnico es una realidad demasiado poderosa y hay una legislación que prohíbe con firmeza la discriminación étnica y cultural. Cuando en 1985, recién terminado el doctorado, gané un concurso para llenar un cargo de profesor en la Facultad de Estudios del Medio Ambiente, en la Universidad de York, eso se me hizo patente: postularon unos 200 doctores de toda Norteamérica. Yo no conocía a nadie en la Facultad, concursé en un país que no es el mío y en una lengua que no es la mía. Que un refugiado político de izquierda que no ocultó su pensamiento haya ganado, me enseñó muchas cosas sobre este país.

La incorporación a la vida en Canadá se facilitó también porque desde el comienzo había un proyecto personal realizable.

Había sido aceptado en el programa de Master en Sociología en la Universidad de York. Tendría ahora la oportunidad de hacer de mi trabajo académico una reflexión a fondo sobre la experiencia chilena, sobre los problemas de la democracia y del socialismo. Si todo iba bien, continuaría el programa de doctorado. Ese era pues, de la partida, un proyecto a cinco o seis años.

El exilio, en general, el desenlace de la experiencia chilena, me llevaron a repensar todo el universo ideológico a través del cual se había construido mi sistema de sentido en la vida. Y a pesar que mi corazón y mi pensamiento siguen situados en la izquierda del espectro político ideológico, coexisten en mi conciencia, en una síntesis peculiar, elementos de muy variadas tradiciones teóricas, espirituales y culturales. Del marxismo me acompañan aún el rechazo a toda forma de explotación del hombre por el hombre, la aspiración de igualdad y justicia social. Pero estoy convencido ahora que el proyecto de futuro que se requiere al final del siglo veinte, es una síntesis muy compleja de elementos de las principales corrientes político-culturales, depuradas y rearticuladas en una visión que considera que se vive no sólo la crisis de un sistema socioeconómico determinado (el capitalismo) sino una

crisis más profunda que afecta a la civilización industrialista en su conjunto, incluidos los países del socialismo real.

El largo y complicado proceso de reflexión e investigación teórica confirmó la intuición con la que había partido: esto es, que había en la base del proyecto de transformación de la sociedad chilena intentado por la Unidad Popular, problemas e insuficiencias inherentes al proyecto mismo, a su concepción de la política y del poder y al diagnóstico que se hacía de los problemas de sociedad chilena. Esta concepción era una herencia fuerte de la Revolución de Octubre y de la Revolución Cubana y en mi percepción, la cultura político-ideológica de la izquierda chilena no era un terreno adecuado para operar la síntesis de democracia y socialismo que requería la vía chilena al socialismo. Hoy, sigo pensando que tal síntesis sigue siendo indispensable para Chile, pero ella requiere de una elaboración teórica nueva y original y que debe interrogarse no sólo acerca de la forma como se distribuyen los recursos del país, sino además, la forma como se producen, las cosas que se producen, los sectores sociales que se benefician, la organización espacial de la población, la descentralización del poder, en síntesis, una idea distinta de sociedad y de su desarrollo y una manera nueva de relacionarse con el medio ambiente natural.

En Praga me di cuenta que socializar la economía era una buena cosa, pero que este proceso se hacía ineficaz si era acompañado de una organización autoritaria del poder político, que reprimía la diversidad de la sociedad y que lo apostaba todo a la intervención del Estado, sin comprender otras formas de socialización del poder. En Suiza comprendí lo inverso: que sofisticados procesos de representación política pluralista, incluidos mecanismos muy finos de expresión directa de la voluntad ciudadana y de descentralización del poder político, son ineficaces si se mantienen en un marco de apropiación monopólica y transnacional de la economía. En Canadá he aprendido el inmenso valor que tiene el respeto por la diversidad, garantizada por un sistema político muy abierto, pero he comprendido el impacto que la sociedad industria-

lista, las multinacionales y los complejo militares-industriales que estimulan los vecinos del Sur, provocan en la destrucción despiadada de la naturaleza, poniendo en peligro la reproducción de la vida en todo el planeta. Este rasgo último, me percaté, es compartido por los tres países en los que he vivido el exilio.

Todo este proceso tuvo, de nuevo, rasgos de desintegración y de recreación del ser. Se abrió paso en mi conciencia una valoración nueva del significado de la comunidad humana, en la que se forman amistades, solidaridades, apoyos. En la que se ama y se es amado, en la que se construyen sentidos e identidades. Todas estas experiencias y reflexiones me fueron situando en una posición cada vez más crítica del universo cultural e ideológico de PC chileno, al que, sin embargo, sigo mirando con cariño. Hacia 1981 mis puntos de vista, que siempre expresé de un modo abierto en la organización, me habían llevado a una situación de conflicto. Llegué a la conclusión que no podía continuar en sus filas y formalicé mi renuncia. Cualquiera que conozca la densidad e intensidad de los lazos humanos en el PC sabrá cuán dolorosa fue la experiencia.

Pero en estos años en Canadá ocurrieron otras experiencias de recreación del ser, de remodelamiento de la identidad. Lo primero es el fenómeno, para mí tal vez insuperable, de vivir extrañando cada día a mi país, aprendiendo a la vez, que aunque llegáramos a volver a vivir en Chile, hemos sido exiliados para siempre, que una parte nuestra se desraizó sin remedio y que otra parte nuestra desplegó, de un modo suave, lento, casi imperceptible, otras frágiles raíces sin las cuales nos llevaría el viento. Por supuesto, en esto lo más importante son nuestros hijos, las ventanas transparentes a través de las cuales mejor aprendemos lo bueno, lo grande, lo lindo y lo feo del país.

A pesar que algo muy grande se me ha quebrado muy adentro, he redescubierto en esta experiencia muchas cosas muy vitales. Ahora sé que adonde vaya, lo más importante, la fuerza ordenadora de mi existencia, seguirá siendo la vida de mis hijos, el cariño de mi esposa con quien nos hemos fundido en una sola

identidad. Adonde vaya seguiré regando mis plantas, horneando el pan que mis manos amasan, encendiéndome con el olor de las comidas que Elena cocina con mi ayuda no muy calificada, luchando a corazón abierto por recuperar los 12 años durante los que no vi a mi hija Marcela, gracias al gobierno militar chileno. A donde vaya, además, sé que deberé seguir cuidando mis amistades, no los grupos enormes y las concentraciones multitudinarias, sino los amigos con los cuales se anudan vínculos de fondo.

Canadá me ha ayudado a reencontrar otras cosas muy importantes. Mi casa sencilla, llena de colores latinoamericanos, dos dormitorios, no más, living grande, lleno de libros, de cojines y de plantas, con cocina chica pero olorosa: en esta casa se come sencillo pero rico y se duerme bien. En la noche se oyen las olas del lago Ontario que está a 200 metros.

Entre tantas reuniones llenas de humo, entre tantos desfiles callejeros, entre tanta polémica en la televisión, se me habían ido olvidando los vínculos que cuando niño anudé en mi amistad íntima con las caras que se dibujaban en los cerros de San Alfonso y con el ruido telúrico del río Maipo y de las olas del mar chileno.

En la naturaleza inmensa de este país de 300.000 lagos, en sus ríos silenciosos, espejos de agua transparente habitados por tortugas, sapitos, nenúfares y mariposas, en los cantos de los loons, un pájaro que nunca se separa de su pareja y que llena los atardeceres en los lagos con su música, en las carreras locas de las ardillas que vienen a comer a mi ventana haciendo piruetas en los árboles y en mi contacto lento y sereno con mis estudiantes graduados en la Facultad de Estudios del Medio Ambiente, con los que seguimos tratando de ayudar a la invención de la futura amistadura del hermadado o la hermadancia del amistado que es igual, he recuperado mi ser y puedo seguir mirando hacia adelante. El futuro, en Chile y Canadá, es un cuaderno en blanco que está por escribirse.

FERNANDO MARTINEZ

Sí, fui Vicepresidente de la FECH desde el año 72. Yo era Presidente del Centro de Estudiantes de Medicina desde el año 70. Fue un período de movilización muy grande del movimiento estudiantil, entre 1968 y 1970.

El año 67 yo entré a estudiar medicina. Venía del Colegio Saint George. Durante la enseñanza media no tuve ningún tipo de experiencia política y entré a la Universidad prácticamente cuando se produjo la gran fulguración del 67-69.

Era la época de la Reforma; o sea, de la idea que la Universidad tenía que cambiar y tenía que adaptarse a la realidad del país. Esa era nuestra gran consigna. Y fue en la Facultad de Medicina en donde, en gran medida, esa idea nació.

Yo entré a participar en un grupo de cristianos de izquierda. En ese entonces se empezaban a formar algunas de las ideas del MAPU dentro de la Democracia Cristiana, en lo que era la juventud rebelde; pero yo no me sentía muy identificado con lo que era el Gobierno de Frei y por lo tanto la idea misma de participar a través de la DC no me gustaba. Entonces se formó este grupo

que era como paralelo a la DC, de cristianos de izquierda, con cuyas ideas yo me reconocía.

Cuando se formó el MAPU, el año 69, yo no entré inmediatamente. Nuestro grupo se mantuvo unido hasta el año 70. Luego, cuando vino la gran definición entre Tomic y Allende que, ahora, a la distancia, puedo decir desgraciada, nuestro grupo optó por Allende y entramos al MAPU, en la Facultad de Medicina.

En ese tiempo ya había empezado y se estaba desarrollando en todo su furor la Reforma Universitaria, con el enorme enfrentamiento que hubo en la Universidad. Nosotros nos tomamos la facultad; fue la facultad que estuvo más tiempo tomada, cambiamos al decano de ese entonces y pusimos a Alfredo Jadresic. Y lo pusimos elegido por la comunidad universitaria.

Fue ése un período muy rico en la historia de Chile. Se produjo un gran acercamiento entre una enorme cantidad de gente que estaba en la Universidad y el pueblo concreto. Nosotros estábamos en tercero o cuarto año y nuestra primera idea, ya que empezábamos a hacer clínica en ese período, era que teníamos que acercarnos a las poblaciones, que teníamos que unir la Universidad a la gente.

Y así lo hicimos. Nos fuimos a los policlínicos periféricos y trabajamos con la gente. Era un período en que, además, se produjo un gran deseo de participar por parte de la juventud, como consecuencia de lo que fue el gobierno de Frei. En la Universidad, en torno a esta demanda había un consenso muy amplio.

Por otra parte, nos golpeaba mucho el carácter elitista de la Universidad -aunque nunca nos imaginamos lo que iba a pasar después- y el hecho que las tomas de decisiones eran muy verticalistas: estaba el profesor y el resto de la facultad no podía decir nada, los estudiantes no podían decir nada. Esas fueron las formas y las banderas por las que yo llegué al movimiento estudiantil.

Pero hay que decir también que para mucha otra gente de mi generación tuvo una importancia fundamental todo lo que pasaba a

nivel internacional. La cosa de Vietnam, que en ese momento estaba en su punto más álgido y la lucha contra la intervención norteamericana en Vietnam, que para mucha gente fue muy importante.

La Reforma se inició como un gran movimiento por la transformación de los programas de estudio, por el cambio sustancial de las estructuras de poder en la Universidad, por el acercamiento de la Universidad al pueblo.

La Reforma inventó el concepto de extensión universitaria. Hasta entonces no existía esa idea, la idea de ligar la Universidad a la gente. Por poner un ejemplo, nosotros teníamos todo un programa que consistía en ir a las poblaciones de Santiago y llevar planes para la lucha contra el alcoholismo. Había toda una hipótesis en el sentido que esto se podía llevar adelante a través de charlas, cursos, diálogos y acercamiento a la gente para entregarles las herramientas para que ellos pudieran salir del alcoholismo.

Estos eran programas de la Universidad. Era una cátedra de psiquiatría que tenía como centro esta actividad y que hizo que muchos de nosotros fuéramos a eso. Este es un ejemplo de cómo se trataba de cambiar la orientación de los planes de estudio, en este caso de la psiquiatría, pasando de la psiquiatría personal, que tiene su importancia y nadie la puede negar, a una psiquiatría social.

Lo que pasó después es que llegó el período de la Unidad Popular y, de una gran concertación y acuerdo sobre este tipo de cosas, incluso con una parte muy importante del partido y de la juventud demócrata cristiana, se produjo entre esos sectores y la izquierda una división que tuvo que ver con lo que sucedía en el país. En otras palabras, tuvo que ver con el hecho que existía el gobierno de Allende y que contra ese gobierno se puso el PDC y la juventud de ese partido también y, por tanto, todo se puso muy difícil porque por otro lado, nosotros, los que estábamos en la izquierda, nos pusimos en el centro la tarea de apoyar al gobierno,

en contra de todo y con todo y como que los contenidos adquirieron un carácter secundario y lo esencial pasó a ser lo que entonces se llamaba "la lucha por el poder".

O sea, lo esencial, de parte de unos y otros, era que unos estaban a favor del gobierno y otros en contra. Y fue imposible, materialmente imposible, mantener algún grado de entendimiento y unidad entre las fuerzas que habían propiciado los cambios en la Universidad.

Ahora, mirando las cosas desde la distancia y mirando nuestros propios errores, creo que en Chile no existe todavía hoy y no existía entonces -y si no lo hemos logrado aprender en estos 12 años, mucho menos podíamos saberlo nosotros -la idea que en torno a los contenidos del cambio podíamos y debíamos ponernos de acuerdo y teníamos un campo común enorme, todos los que por esos cambios estábamos.

Eso podría ser aún mucho más claro hoy día, porque los contenidos del cambio tienen nombre y apellido en este país. Pero parece que en los actores de la realidad de hoy no existe conciencia de las cosas que se pueden estar farreando en este preciso momento, que se puede estar farreando la posibilidad histórica de que en Chile exista democracia por cuestiones que miradas desde afuera parecen muy secundarias, de parte de unos y otros.

En Chile siempre la política ha sido ideologizada, ha sido siempre con la idea que el otro te quiere joder y que el otro te quiere tomar el poder y que la esencia de la política es la cuestión del poder. Y esa famosa frase "Lo esencial es el poder", frase que nosotros enarbolábamos, incluso como MAPU, en aquel tiempo, es la misma lógica que impera ahora.

En fin, eso yo creo que nosotros lo aprendimos. Fuimos completamente incapaces en ese momento -no lo entendíamos- de ponernos de acuerdo. Yo te diría, sin embargo, para no ser injusto, que hasta septiembre del 72 existió en la FECH una cosa muy interesante que fue lo que entre otras cosas permitió la elección

nuestra, la reelección de Alejandro Rojas y mi elección como Vicepresidente.

A fines del año 71 se produjo la elección de la FECH. Hubo tres candidaturas: la de la UP, la de la DC y la de la derecha. La JDC decidió no presentarse con la derecha -como lo hiciera después, en 1973- aunque ambos sumados eran mayoría, y llevaron a Juan Carlos Latorre. Esa elección la ganamos nosotros y es interesante destacar que hasta mediados del 72 logramos mantener la unidad del movimiento estudiantil a pesar que en el país la división ya era total.

El movimiento sindical se dividía, todo se dividía y nosotros seguíamos teniendo reuniones del Comité Ejecutivo de la FECH, a la cuales venía la Derecha, la DC y nosotros, presididas por Alejandro Rojas. En esas reuniones podíamos por lo menos discutir. Esto se terminó en parte por responsabilidad nuestra porque la FECH se politizó y se transformó, dejó de ser el organismo del movimiento estudiantil en su conjunto y se convirtió en un punto de apoyo al gobierno, y también hubo responsabilidad de la DC que lo que hizo fue ponerse de acuerdo con la derecha en la lucha contra el gobierno.

Nunca logramos separar la lucha política que había en el país de la realidad del movimiento estudiantil como un elemento que requería unidad. Esto, a pesar que teníamos una preocupación muy grande por lograr una participación lo más amplia posible y que siempre nos preguntábamos cómo hacer las cosas para que fueran lo más amplias posibles.

Pero, hay que entender también que en ese período se produjo una división en el conjunto de la Universidad: Fue elegido un Consejo Superior, con mayoría de izquierda y un Rector, Edgardo Boeninger, que se identificaba con la oposición política al gobierno. Entonces, en la Universidad en su conjunto, y no sólo en el

movimiento estudiantil, se metió la división que había en todo el país.

Así, la mayor parte de los planes de participación de la FECH terminaron siendo los planes de participación de la gente que se identificaba con el gobierno y, por otro lado, la FECH se tuvo que meter en el conflicto entre el Rector y el Consejo Superior, tomando el lado de la mayoría del Consejo, que era de izquierda. Sin embargo, a pesar del conflicto existente, con ese mismo Consejo Superior se hizo el Reglamento de la Universidad, el Estatuto de la Universidad de Chile, que es un modelo de estatuto democrático.

Pero ese estatuto no impidió la división, porque la preocupación, nuevamente, no eran los contenidos sino cómo esos contenidos tenían que ver con la lucha por el poder en la sociedad en su conjunto.

Los estudiantes tuvieron una gran participación en la movilización en torno a las tareas que tenía en ese momento el gobierno popular, esa es la verdad: la aplicación de las llamadas cuarenta medidas, el apoyo a los programas de salud del gobierno, el trabajo voluntario, la participación en lo que era la democratización de la Universidad, en todo eso la FECH tuvo un papel destacado.

Después viene un período de paros. El paro de octubre y la movilización de los estudiantes en torno a las tareas de defensa del gobierno, como las llamábamos: movilización callejera, marchas, manifestaciones, en fin, todo lo que era movilización política de los estudiantes.

A partir de ese momento, ya es difícil hablar de la FECH. La razón es bien simple: en octubre del 72 debieron realizarse elecciones y en ese período se produce el entendimiento entre la DC y la derecha.

Pero ahí de nuevo hay dobles responsabilidades. Es decir, también hubo responsabilidad por parte nuestra, de la izquierda, porque estábamos en un país que se estaba dividiendo y que se dividió al punto que hemos llegado a lo que tenemos ahora, que no es sino el resultado de esos tremendos errores. Lo que pasó es que el país se ideologizó completamente, y por lo tanto el movimiento estudiantil dejó de tener vida propia, banderas propias y empezaron a jugar un rol preponderante las fuerzas políticas que estaban presentes en el movimiento. Se perdió completamente la organización estudiantil como tal.

Se convirtió en un movimiento de juventudes políticas, exactamente. Se terminó la FECH. La izquierda no quiso hacer las elecciones porque las habría perdido, la DC y la derecha no reconocieron más a la FECH y, en la práctica, se produjo un repliegue de la gente hacia las fuerzas políticas y toda la movilización se transformó en una movilización estrictamente política.

La existencia de la FECH o de cualquier organización social descansa sobre cuestiones muy concretas. Yo podría decir cuatro o cinco ideas que me he formado sobre esto, porque creí siempre, y sigo creyendo a pie juntillas, en la independencia plena del movimiento de masas, como una condición esencial para cualquier sociedad democrática.

Vengo de un país, he vivido todos estos años en un país en el cual eso es una de las cosas más preciadas y más interesantes en el movimiento sindical, como es el caso de Italia. He tratado de aprender de esa experiencia aunque no se pueden aplicar mecánicamente a Chile las cosas que uno ha visto afuera.

No obstante, creo que eso es esencial en una sociedad democrática, porque es lo que mantiene a la gente cohesionada, en torno a los grandes consensos que hacen que la sociedad se mantenga unida y no se polarice; sobre todo, esto es importante en

sociedades en donde hay enormes motivos para la polarización porque hay enormes desigualdades y enormes injusticias.

¿Cómo se hace para que una sociedad se mantenga unida y no esté en una guerra civil permanente? Para mí, el esqueleto de esta cuestión son las grandes organizaciones de masa, son la mejor y muchas veces la única garantía democrática. La gente no se mantiene unida por la letra de la Constitución, ni por el carácter de las instituciones; esos son buenos modos para tratar de mantener unida a la gente, pero en un país como Italia, una de las garantías de la existencia del sistema democrático, es la existencia de las grandes organizaciones de masas.

Yo soy un convencido absoluto que todos los juegos de cúpula, llamémoslos así sin decirlo despectivamente, pueden hacer mucho, pueden ayudar mucho si se produce un entendimiento entre las fuerzas; pero, si no representan el sentir de las bases y si esas bases no están muy profundamente en la idea de mantenerse unidas y por tanto, estar en condiciones de dirigir efectivamente su organización, es muy difícil que se produzca esa voluntad común por arriba.

La condición esencial para la unidad del movimiento estudiantil es su carácter democrático. Es decir, si hay una verdadera participación en la gestación, en la vida de todos los días de la federación, si no se trata solamente de hacer plataformas para que los estudiantes se identifiquen con ellas, sino que también se va donde los estudiantes, a cada curso, a preguntar qué es lo que se piensa, a preguntar cuáles deben ser los contenidos de esas plataformas; es decir, si no se hace una política desde abajo hacia arriba, pero muy fuerte, de todos los días, ocurre lo que nos pasó a nosotros durante el período de la UP, que es lo peor que le puede pasar a un dirigente: separarse de las bases.

Ahora, si me preguntan cuál es la cosa más interesante de todo ese período, fue el hecho que el movimiento estudiantil representó, y representó bien y por un largo período, las grandes orientaciones ideológicas de ese momento permitiendo su cohabita-

ción en una sola organización y en el respeto mutuo. Esa es la verdad.

Sin embargo, había poco espacio en ese período, por lo fuerte e ideologizada que era la lucha política en la sociedad, para que pudiera vivir mucho un movimiento estudiantil con fuerza propia. Muchas fuerzas, incluso, participaban en el movimiento estudiantil en función de su definición ideológica.

No tuvimos tiempo para entender mejor cómo se podía organizar un movimiento democrático, participativo, desde abajo, que fuera paralelo a toda nuestra participación política. Eso pudo haber enriquecido mucho nuestra política, pero no lo entendíamos entonces. La riqueza de un movimiento no está sólo en las ideas, las ideas son importantes y tienen una enorme fuerza, pero el movimiento mismo, la gente, "la gallada", tienen cosas que aportar que son muy importantes.

Yo creo que la gran conclusión de ese período, para mí al menos, es que en la medida en que nos fuimos alejando de los estudiantes, en la medida en que fuimos transformando a la FECH en una secretaría política, crecientemente fue perdiendo su riqueza.

Sería extraordinario que en el país hubiera, no sólo en el Parlamento sino en cada lugar, espacios en los cuales la gente de ideas distintas pueda cohabitar y pueda encontrar caminos comunes, porque si eso no pasa vamos a volver a repetir esta historia mil veces.

Yo salí al Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes en julio de 1973 y volví el 10 de septiembre, sabiendo que la situación era terrible, pero jamás me imaginé que al día siguiente iba a haber lo que hubo.

Yo vivía a tres cuadras de La Moneda, en Manuel Rodríguez

con Moneda. La mañana del 11 estaba escuchando el noticiero y se interrumpió con la salida del Bando número 1.

Me fui a la sede de lo que era mi partido, el MAPU, que estaba en la calle Carrera; ahí había un desplote generalizado, así que volví a mi casa donde estaba mi mujer, porque yo ya estaba casado, y poco después empezó el bombardeo de La Moneda y el asalto a la sede del Partido Socialista ubicada en San Martín, a una cuadra de mi casa.

El bombardeo de La Moneda se sentía bastante cerca, al punto que temíamos que cayera una bomba en nuestro edificio; en ese momento también miré hacia afuera y por el hoyo de la futura carretera Norte-Sur, venía una gran cantidad de gente de la aviación. Estaban tomando posiciones, utilizando los hoyos como trincheras y disparaban hacia las ventanas si es que alguien se asomaba. Era una situación muy confusa y difícil de entender.

Salimos al centro para ver qué estaba pasando pero era prácticamente imposible moverse de donde estábamos, porque tú salías de la casa y estaba todo rodeado de militares y te detenían y te pedían los documentos. Mi temor era que esa misma noche nos allanaran porque era dirigente de la FECH y venía llegando de Berlín, así que lo principal era salir de mi casa.

Cuando salimos vimos un espectáculo que nunca he olvidado: Eran casi las tres de la tarde y fuimos a la Alameda después de intentar comunicarnos con alguien por teléfono, sin encontrar a nadie, y vimos a una enorme cantidad de detenidos que iban hacia el Estadio Chile. Era la gente que había resistido en los edificios, muchos de ellos venían ya golpeados, claramente golpeados, incluso algunos venían rapados. Había toda esa cosa bestial de escarnecerse sobre los prisioneros. Por desgracia nuestras Fuerzas Armadas se echaron ese lastre encima.

Después de unas veinte veces que nos pidieron los documentos, logramos salir de la Alameda. Allanaron mi casa al segundo o tercer día. Después pasaron cosas bastante terribles para una persona relativamente joven como era yo: Tomaron rehén a un

miembro de mi familia pidiendo que yo me entregara. Fue una cosa terrible. Tenía que decidir si me entregaba o no. Algunos amigos míos se entregaron y uno de ellos está muerto, lo fusilaron. Yo no tenía los elementos para tomar una decisión y como venía llegando a Chile tampoco sabía dónde ir. Finalmente decidí irme y entré a la Embajada de Italia. Después de un mes y medio salí de Chile.

En Roma estaba la oficina de Chile Democrático, que fue nombrada por parte de la izquierda la oficina central de la solidaridad con Chile. Fue un acierto porque en Italia la solidaridad con Chile fue muy intensa, muy de masas, muy sentida.

Yo he visto llorar, incluso seis meses después del Golpe, he visto llorar gente a mares por lo que estaba pasando en Chile. Los italianos son un poco sentimentales y esa gente sentía verdaderamente, y aún hoy día sienten, lo que está pasando en Chile, están muy atentos a lo que pasa en Chile.

Chile fue el nombre a través del cual se unió una nueva generación de estudiantes y de jóvenes en muchas partes del mundo. Inclusive en Italia se habla de la generación de Vietnam y de la generación de Chile. De hecho la vida política en Italia estuvo muy influenciada, por muchos años, por lo que había ocurrido en Chile.

Personalmente, participé intensamente en la solidaridad internacional con Chile porque estaba en esa oficina y por las responsabilidades que había tenido en el movimiento juvenil. Lo hice hasta que dejé de sentirme tan joven como para seguir haciéndolo.

Italia es un país en el cual hay una intensa vida política, muy interesante, en la cual estás obligado a reflexionar en forma muy profunda. ¿Qué fue exactamente lo que pasó?. Que la política italiana empezó a girar mucho en torno a Chile porque uno de los partidos italianos, uno de los más grandes, por lo menos el más

grande de los partidos comunistas del mundo occidental, el PCI, adoptó toda una política que tenía que ver con lo que había ocurrido en Chile; es decir, asumió la idea de que sin la más amplia unidad de los demócratas, la democracia es siempre frágil. Esa fue la gran conclusión, se llamó la política del compromiso histórico, o sea, del entendimiento con la DC.

Esto nos obligaba a nosotros a reflexionar con ellos porque asistir a esos actos de solidaridad con Chile no era sólo ir a decir: "mire, nos están matando", sino que además de hacer las denuncias por los desaparecidos, los torturados, etc., había que reflexionar con ellos, porque ellos nos preguntaban a nosotros: "¿Qué conclusiones sacan Uds. sobre lo que pasó? porque esto también nos puede pasar a nosotros". Entonces, había una reflexión conjunta.

Recorrí prácticamente desde los Alpes hasta la punta de Sicilia hablando sobre Chile, durante dos o tres años. Al principio eran tantos los actos que no había suficientes chilenos como para ir a todos, pero hasta tres años después había por lo menos un acto a la semana y como yo el italiano más o menos lo chapuceaba, fui a muchos de esos actos y viví una experiencia extraordinaria porque ellos no hacen discursos rituales sino que te dicen lo que piensan y provocan una discusión muy rica. En lo personal todo esto me hizo madurar mis ideas sobre lo que había sido el período anterior.

Además de esto, tuve la impresión desde el comienzo, contra mucha gente, fue una intuición, que esta cuestión iba a durar más de dos o tres años como se decía. Todo el mundo decía que esto no podía durar mucho, no se cómo fue eso en Chile, pero en el exilio era así. "Este año cae", todos decían. Y fijate que estamos en el año 86 y uno lee las revistas y dicen "el 86 es el año decisivo". Yo me puse muy escéptico con esas frases.

El tema del exilio fue por años mi reflexión personal. Si yo algo aporté, muy modestamente, a la discusión de la gente afuera fue la importancia fundamental que tenía la cuestión de pensar el Chile exiliado.

Yo le he dicho a la gente aquí en Chile: piensen también que una parte de Chile está afuera, y esa tiene que ser una preocupación nuestra. Quizás ahora mucho menos porque muchos han vuelto, pero muchos otros no lo han hecho ni lo van a hacer. Y eso es algo bien tremendo. Hay muchos chilenos que ya se van a quedar afuera, y son chilenos que tienen una palabra y una experiencia que puede servir de mucho.

Una cosa que me preocupó hace unos cuatro o cinco años atrás, hasta que dejé de considerarme joven, fue la organización de los jóvenes chilenos afuera. O sea, cómo mantener presente a Chile entre los que estaban creciendo afuera o que estaban naciendo afuera, que llegaron de ocho años y ahora tienen 20, cómo hacer que -sin hacer algo forzado- Chile se mantuviera vivo entre ellos. ¿Cómo se hace eso?.

Con la organización de los jóvenes chilenos en el exterior, de la cual yo era responsable, hicimos los Clubes de la juventud.

Tenían la doble función de hacer que la gente se reuniera, tuvieran un lugar donde juntarse y al mismo tiempo, mantuviera viva la preocupación y el interés por Chile. Eso prendió durante largo tiempo y se empezaron a crear particularmente en los lugares en donde había más gente joven, en Canadá, los países nórdicos, en Roma, México. Eso fue muy interesante, era posible pensar que se podía organizar a la gente de afuera, que el Chile de afuera podía mantenerse vivo.

Después eso ha tendido a resquebrajarse un poco y la razón es que se ha perdido la esperanza, la gente se puso pesimista y se dedicó a su propia vida. Y por mucho que gente de un gran espíritu tratara de mantener vivo esto, no se logró.

Los jóvenes en Europa no tienen los problemas que hay aquí, o tienen problemas distintos, que son los problemas de una sociedad industrial contemporánea. Nuestros jóvenes poco a poco empiezan a identificarse con esa juventud; con este Chile lejano, en el que todo parece seguir igual y las cosas parecen no cambiar, ya

no se identifican. Hay una elite que sigue preocupada, pero las cosas se ponen cada vez más difíciles, esa es la verdad.

La gente, después de vivir mucho tiempo exiliada tiende a perder el interés por participar, tiende a encerrarse en sí misma. En Italia llaman il Privato; o sea, lo privado, lo tuyo. Los pasotas españoles. El pasotismo es muy servicial a un régimen como éste, el pasotismo o el no-me-importismo, o sea, el qué me importa a mí, me dedico a lo mío y trato de sobrevivir como sea. El sobrevivismo, no el vivir las cosas, sino el sobrevivirlas.

Eso, la verdad, es que está muy presente en el exilio. Fuertemente presente.

Para el joven que está exiliado, casi su único destino es el pasotismo. Es muy difícil que pueda llegar a enriquecerse con esta cosa tan importante que es la organización de masas, que puede dar tanto al joven. Eso es esencial, es lo que yo aprendí en ese período en el cual estuve como dirigente estudiantil.

Las organizaciones de masas son un baluarte, una columna vertebral democrática. El fascismo se da cuando hay una buena cantidad de gente que sufre el pasotismo. No hay que pensar que la gente está vacunada contra la dictadura, porque el período inmediatamente después a este régimen va a ser muy difícil y si no hay grandes organizaciones de masas, democráticas y unitarias, que tengan sus propias ideas fuerza, va a ser muy difícil que se mantenga la democracia. Creo que es ese el gran sentido y el gran valor que tiene el que hayan reconstruido la FECH. Creo que es esa también la gran responsabilidad que se echaron encima.

TERCERA PARTE: LA FECH CONTRA LA INTERVENCION

GERMAN QUINTANA

CAROLINA TOHA

*Egresado Escuela de Ingeniería Civil Universidad
de Chile
Presidente de la FECH 1987-1988*

*Estudiante de Derecho, Universidad de Chile
Vicepresidente de la FECH 1987-1988*

LA FECH CONTRA LA INTERVENCION

Germán Quintana y Carolina Tohá llegaron a la Mesa Directiva de la FECH a través de una de las elecciones más reñidas y apasionantes que se han dado en estos años en el movimiento estudiantil.

Ambos tenían una dilatada trayectoria en la federación de estudiantes, -Germán era el Presidente del Centro de Estudiantes de Ingeniería y Carolina era vocal de la FECH- conocían sus problemas de cerca y propusieron caminos nuevos para el movimiento estudiantil.

La designación de José Luis Federici como Rector Delegado de la Universidad de Chile y su prepotente y absurda gestión generaron el conflicto más grande y difícil que ha debido enfrentar la comunidad universitaria a lo largo de estos años. Allí la FECH jugó un papel destacado, poniendo a prueba las tesis de "la fuerza de cambio".

Éxito o fracaso? Es lo que responden Germán y Carolina.

Germán: Yo creo que para entender lo que ocurrió en la Universidad de Chile, es importante decir que el General Roberto Soto intentó, durante su rectoría, acercar la Universidad a lo que había sido antes de la Reforma; es decir, una Universidad jerarquizada, con una participación restringida para la elección de autoridades.

Por eso la rectoría había avalado los procesos de generación de los decanos, que fueron elegidos con la participación de los académicos titulares.

El último paso que da Soto en este sentido fue el adherir a un documento redactado por los decanos en el cual se hacía un diagnóstico sobre la situación económica de la Universidad de Chile y se constataba la errada política del régimen en cuanto al presupuesto universitario. Posteriormente, se solicita el aporte extraordinario de mil millones de pesos para el financiamiento del segundo semestre en la Universidad.

A Roberto Soto, el haber suscrito ese documento, en un máximo esfuerzo por ser coherente con su pensamiento en el sentido que la Universidad debía recuperar algún grado de autonomía, le significó la salida del cargo. Este enfrentamiento entre la Universidad y el Gobierno, por lo tanto, ya se había iniciado de una manera más silenciosa entre Soto y Pinochet.

Durante ese tiempo también, los decanos fueron ganando un espacio para plantear cuestiones que desde hacía mucho tiempo se venían guardando, se fueron involucrando más en la gestión de la Universidad y tomando mayor conciencia acerca del rol que la comunidad académica debía jugar en el diseño de las pautas fundamentales de la política universitaria.

Por eso, cuando renunció Soto, los decanos esperaban que de alguna manera se les hiciera participar en la designación del nuevo Rector y, cuando se nombra a Federici, se sintieron muy frustrados. El Gobierno seguramente esperaba que los decanos iban a mantener una actitud pasiva, pero se equivocó porque no tomó en cuenta el clima previo que se estaba viviendo en la Universidad desde hacía algunos meses, en donde había un cuestionamiento cada vez mayor a la situación imperante.

Nosotros, antes de la salida de Soto, habíamos tenido reuniones con los decanos, de cuatro y cinco horas de duración, en las cuales debatíamos todos los puntos: desde el gobierno de la Universidad hasta la situación económica, coincidiendo en que la

Universidad debía volver a ser autónoma, terminando con el sistema de rectores delegados, y dictando ella misma las pautas de su administración y financiamiento. Esto generó una relación de confianza entre los decanos y la FECH que permitió asumir este conflicto con una relativa comunicación y una cierta coherencia en cuanto a los objetivos que debíamos cumplir decanos, académicos y estudiantes.

Carolina: Cuando el conflicto se inició, una de nuestras primeras definiciones fue buscar que el Consejo Universitario tuviera una opinión del lado de la comunidad universitaria. Pero no sólo una opinión, sino también una actitud, que es lo que hasta allí no había tenido nunca.

Si uno observa los primeros días del conflicto, todos nuestros esfuerzos estuvieron dirigidos a posibilitar la involucración de los decanos, como de hecho fue sucediendo. Por parte nuestra, esto respondía a la convicción de que la federación de estudiantes debía incorporar a su estrategia el dato nuevo que los decanos estaban siendo elegidos por parte de los académicos, que ahora eran representativos y que por lo tanto debían responder en mayor medida a la comunidad universitaria.

Por eso, durante el año tomamos contacto con ellos; para discutir y enfrentar una serie de problemas. A lo mejor esos encuentros fueron poco productivos desde el punto de vista práctico, concreto, pero permitieron un tipo de relación entre el Consejo Superior y la FECH que ha sido fundamental para encarar la situación actual. Creo que gracias a eso se logró una rápida concertación entre los distintos estamentos: los decanos hacían declaraciones, los académicos paros y nosotros tomas, intentando que todo fuera coherente y que no nos perturbáramos unos con otros.

Germán: Ahora, este acercamiento que se produjo ente la FECH y los decanos, a nivel de cúpulas, tuvo como efecto el que éstos

se empezaron a interesar por los problemas de los estudiantes y a acercarse un poco a la comunidad estudiantil. Incluso, me atrevería a decir que hubo durante el conflicto con Federici una relación mucho más estrecha entre los estudiantes y los decanos, que entre éstos y la Asociación de Académicos. Esto ocurre por diversas razones que tienen que ver con paralizaciones anteriores de los académicos, que provocaron una serie de tensiones.

Lo importante, en todo caso, es que se produjo un gran acercamiento entre la comunidad universitaria, lo que permitió diseñar una estrategia común y establecer relaciones de mutuo respeto entre los distintos actores involucrados. Cuidar y respetar esta unidad fue un criterio que primó en todos los diseños de nuestras movilizaciones. Para nosotros esto no es una cuestión táctica, sino algo muy profundo que tiene que ver con el hecho que por primera vez los estudiantes han sentido que forman parte de un mundo común con los académicos y decanos, que compartimos un objetivo y nos dirigimos en una misma dirección.

Existió un sentimiento de complicidad, de protección mutua entre decanos, académicos y estudiantes. Hubo una atmósfera, una comunión de personas que hasta hace muy poco no se reconocían, que le dio una riqueza en lo humano muy amplia y que fue a nuestro juicio lo que permitió mantener en alto este prolongado conflicto.

Carolina: Cuando recién empezó el movimiento, se discutió mucho en la federación si acaso significaba un costo para la FECH mantener su accionar en los marcos de un acuerdo con los decanos.

La federación optó porque su perfil en este conflicto debía ser uno de varios y buscar convivir armónicamente con los planteamientos de los otros estamentos. Esto implicó que, en general, conversáramos con los decanos las acciones que íbamos a realizar y analizáramos en conjunto su conveniencia. Algunas veces no estuvimos de acuerdo, hubo algunos problemas, pero en general fue mucho menos conflictivo de lo que podría imaginarse.

Por sobre el problema político, de las tácticas o formas de lucha, primó una sensibilidad muy fuerte: la gente, por razones distintas, en última instancia porque han crecido toda la vida con autoridades que son sus enemigos, que quieren hacernos daño, destruir nuestras organizaciones; por lo que sea, esta aparición de los decanos en la escena fue algo nuevo para la gente. Nadie sabía lo que era tener una autoridad que te merece respeto y que da la sensación de estar contigo. Yo creo que el mayor error de Federici fue amenazar a los decanos, porque los estudiantes sintieron amenazada esa imagen de autoridad y pensaron que íbamos a volver atrás, a los tiempos de los decanos enemigos. Emocionalmente, eso fue muy fuerte en algunas facultades. Hoy hay un fuerte compromiso con las autoridades de las escuelas, algo que nunca alguien de nuestra generación había experimentado. La amenaza a esto produce en la gente una reacción muy natural de actuar como lo hemos hecho, unidos con los académicos y los decanos, defendiendo algo que es de todos.

Lógicamente, en los discursos, en los planteamientos, nosotros incorporamos algunos elementos con más énfasis que otros.

Germán: Una baja de perfil por parte de la federación propiamente tal no hubo. En lo que sí hubo una baja de perfil fue en la presencia e influencia de los partidos políticos en el accionar de la FECH. Esto no significa que los actores políticos no hayan estado trabajando activamente en la defensa de la Universidad, sino que todo el diseño de las políticas se hizo mucho más transparente. Ya no existió más esa instancia en que se reunían cuatro personas en una cafetería; definían todo lo que había que hacer y después obtenían la aprobación formal de las instancias de la federación, como un mero trámite. Eso se acabó.

Cada dirigente, cada Presidente de Centro de Alumnos, cada vocal de los que trabajan, tuvo una cuota de poder importante y la utilizó en la discusión de las decisiones; y eso se repite en gran medida en los cursos y en las discusiones de los Centros de Alum-

nos de Facultad. Se produjo por primera vez un círculo, un ciclo de información bastante más estrecho.

Felizmente, los partidos políticos entendieron la importancia de este diseño de las políticas de la federación; incluso yo creo que como nunca antes, durante el conflicto se dio que dirigentes de una misma colectividad política se contradijeran entre sí en las reuniones de la federación. Eso fue tremendamente positivo porque significó que el dirigente estaba más preocupado de llevar la opinión y la realidad de su facultad que la de su partido.

Otra cuestión importante que tiene que ver con esta discusión de los perfiles de la federación, es que cada uno de los objetivos que pretendimos cumplir estuvo mediatizado por la concertación. Es decir, cada acción buscó ser un aporte al proceso más amplio. Esto es un poco distinto al discurso que manejó la federación antes, el año 1986, bajo la Presidencia de Burotto y Rovira, en el sentido de entender la concertación como un paso táctico, pero no aceptar una subordinación del movimiento estudiantil a otros estamentos, con lo cual terminaba buscándose la concertación sólo para que los otros estamentos apoyaran al movimiento estudiantil. Por eso, el año 86 se produjeron situaciones muy desagradables como por ejemplo el que se sacara en andas de las facultades a decanos con los cuales se podía llegar a acuerdos importantes, como lo demostró esta coyuntura. Esas fueron muestras de una concepción irracional acerca de cómo debe combinarse la movilización con la concertación. Ahora, un año después esos mismos estudiantes que sacaron a empujones a los decanos a la calle, los ovacionaban y los aclamaban como a héroes.

A nuestro juicio la concertación y la movilización debe ser coherentes entre sí.

Por otro lado, nosotros asumimos una crítica muy fuerte al maximalismo; es decir, a aquella concepción que piensa que los estudiantes son el detonante del proceso de cambios a nivel nacional y vanguardia responsable de éste. Nosotros, estando conscientes que la lucha de los estudiantes deber ser orientada hacia

las causas de fondo de nuestro país, creemos que debe avanzarse paso a paso, y junto con cada paso, buscamos consolidar lo avanzado. Por ello, se buscó evitar maximalizar los objetivos del conflicto, y que se pierda la perspectiva en relación a qué rol le compete a cada uno de los estudiantes dentro de la crisis.

Por eso, sólo después de dos meses en paro, recién en ese minuto, buscamos globalizar la pelea, incorporando a otros sectores a nivel nacional, tales como profesionales, artistas y trabajadores de la cultura en general. Fue el uso consciente y riguroso de estos criterios lo que permitió darle un marco de apoyo a la Universidad de Chile tan amplio como el que tuvo, y fue eso, en definitiva, lo que permitió sacar a Federici. Naturalmente, los que estaban más ansiosos por vincular el conflicto de la Universidad de Chile con la lucha democrática de todo el país, tuvieron que frenar un poco sus impulsos, ya que por ese camino no se garantizaba el que lográramos una victoria -aunque sea parcial- con lo cual tampoco aportábamos nada a la causa de Chile entero.

Carolina: Lo importante de retener es que en este conflicto, por una razón u otra, se hicieron realidad una serie de ideas que ya venían desde antes, que eran parte del discurso y que en esta crisis probaron toda su potencialidad.

Por ejemplo, la idea de la concertación interestamental. Esta concertación no se logra estableciendo un calendario de movilizaciones y diciendo en esto voy con todos y en esto no, sino que buscando estrategias comunes, que se van armando también en conjunto.

Otro ejemplo es la idea de la participación en las escuelas. Durante el primer mes se lograron cuestiones importantes. Por ejemplo, en los lugares en que el paro era problemático se votó democráticamente; las tomas en todas partes fueron aprobadas por los Consejos de Delegados y en algunos casos por los cursos. Cada movilización, con todas sus características, se definió en los Consejos de Delegados y todos debieron respetar esos acuerdos.

Durante mucho tiempo se había insistido en que era necesario respetar los acuerdos de las instancias de la federación; durante esas semanas, eso se logró. Lo mismo pasó con la unidad. Todos siempre han pedido a gritos la unidad pero siempre cada uno hacía lo que quería. Ahora parece que se ha entendido que los acuerdos hay que respetarlos y así se va construyendo la unidad.

Los partidos, obviamente, siguieron trabajando. Haciendo sus mesas y las cosas que han hecho siempre, pero respetaron las decisiones de la federación. En ningún acto, de todos los que hicimos, hubo banderas ni consignas de las juventudes políticas. Eso fue una señal de responsabilidad que hay que destacarlo. En fin, todas estas cosas conformaron un cuadro en el movimiento estudiantil que hacía mucho que no se veía; que siempre se ha planteado pero que con motivo de este conflicto se realizó. Se respetó a la federación, a sus instancias y sus decisiones democráticamente adoptadas.

Germán: La designación de Juan de Dios Vial como Rector de la Universidad de Chile, el cambio de la autoridad designada, la salida de Federici en concreto, fue desde luego un triunfo de la comunidad universitaria; sin embargo, las condiciones para el término del movimiento no están completamente dadas, mientras no se revoquen las medidas de Federici.

Nosotros hubiésemos querido que antes de aceptar una fórmula de solución, se hubiese convocado a los académicos y estudiantes a discutir los pro y los contra de la propuesta. Esta consulta a las mayorías era vital para darle una gobernabilidad a la Universidad. Sería muy negativo que después de este conflicto cada estamento o un grupo determinado se fuera por su lado y creara una situación de desgobierno.

Dos puntos eran intransables para los decanos: la salida de Federici y la revocación de las medidas represivas. Ellos están dispuestos a discutir el llamado plan de desarrollo de la Universidad. Nosotros creemos que debía incluirse como punto no transa-

ble que el Rector sea elegido por los académicos, ojalá por todos, pero estábamos por aceptar otra fórmula, siempre y cuando satisficiera a los académicos. Si el nuevo Rector intenta seguir adelante con los planes de Federici, habría que resistirlo. Quizás habría que cambiar la manera, pero no se nos puede pedir que después de dos meses de paro y movilización volvamos para que todo siga igual, sin atacar el problema de fondo que es la intervención.

Carolina: De cualquier manera hay algunas ganancias netas para el movimiento estudiantil. En estos meses se tomaron resoluciones, acuerdos que van a tener importancia en un momento distinto, más adelante, y que le dan una proyección de más largo plazo al conflicto.

Varios Consejos de Facultad, por ejemplo, se han referido al problema de la autonomía universitaria, al rol que debe jugar la Universidad, a la comunidad universitaria. Todos estos son temas que el movimiento estudiantil ha venido planteando desde hace tiempo y que hoy asume toda la comunidad universitaria. Esto es muy importante ya que esos son los problemas de fondo que están y seguirán estando en discusión.

Este movimiento que ha habido en la Universidad aparentemente fue sólo de defensa de la Universidad, vale decir, de resistencia, de valoración de lo que se tiene. Sin embargo, esta misma valoración del rol que cumple la Universidad ha llevado a una reflexión más profunda en las escuelas y en las facultades, más crítica, más de avance, que aún no está en el centro, pero que está ahí y se va a hacer presente cuando hayamos superado este momento de defensa ante una agresión.

Por ejemplo, en relación a la federación, hemos tenido avances importantísimos. Los decanos saben que van a tener que reconocer a la FECH.

Germán: Hay gente dentro de la universidad que hasta hace poco no había jugado ningún papel crítico respecto de la interven-

ción, y hoy día, a la luz de lo que pasó se han convertido en vibrantes defensores de la autonomía de la universidad, a pesar que tienen una identificación política con el régimen bastante alta.

Lo que la FECH va a exigir ahora es la coherencia con lo que cada uno dijo durante el conflicto. Especialmente respecto de la participación de la comunidad universitaria en la generación del gobierno universitario. Yo creo que esto va a facilitar las cosas en el futuro, les vamos a cobrar la palabra a todos.

Carolina: Yo quiero insistir en algo: muchos de los conceptos que hasta no hace mucho manejaban solamente los dirigentes de la federación, hoy día los está manejando un gran número de estudiantes. Por ejemplo, el concepto de comunidad universitaria. Por primera vez la gente lo ha sentido, lo ha vivido, sabe lo que eso quiere decir.

Como en estos días se ha dicho mucho que la Universidad de Chile es ineficiente, es mala, la gente se ha preocupado por enterarse qué hace la Universidad de Chile. Ha habido una verdadera recopilación de las cosas buenas que hace la Universidad, lo que ha hecho que la gente recobre el amor por la Universidad de Chile. Se ha comprendido qué es esto de la extensión y la investigación universitaria y la importancia que tiene. Hay muchos alumnos que por primera vez supieron que existe el INTA, o el hospital J.J. Aguirre. La gente ha entendido que nos quieren quitar eso y que hay que defenderlo. Esto permite enfrentar el futuro con más optimismo porque aunque no se logren cambios en la cúpula o en los reglamentos, ha habido un cambio en las conciencias que va a ser determinante para el futuro de la Universidad.

Carolina: Aunque es verdad que había muchas instancias de la federación de estudiantes que estaban muy debilitadas; por necesidad, sorpresivamente, durante el conflicto reaparecieron asumiendo

muchas responsabilidades, especialmente yo quiero destacar al Consejo de Presidentes y los Centros de Alumnos; los Consejos de Delegados en las escuelas y el curso. El curso ha sido el espacio de debate, de organización de iniciativas, de toma de resoluciones permanentes. El Consejo de Delegados, porque es la máxima instancia de la escuela y los Centros de Alumnos porque actuaron brillantemente, organizando actividades y concertándose con los demás estamentos.

Germán: En la orgánica de la FECH, hay algunas instancias que probaron su utilidad y su necesidad y hay otras que probaron su inutilidad e ineficiencia. El Consejo de Vocales es un ejemplo de lo segundo. Ha quedado definitivamente demostrado su carácter parásito e inoperante. Yo creo que vamos a tener que modificar los Estatutos, de tal modo de recoger esta experiencia. Lo más importante, es que hay que introducir algún mecanismo que contemple la participación de todos los sectores en la Mesa Directiva.

Provisoriamente, realizamos una integración de vocales a la directiva, desde la derecha hasta la izquierda, con un programa común. Eso será un gran ejemplo para todo el país por parte del movimiento estudiantil; pero, pensando en lo más permanente, lo más probable va a ser la modificación del Estatuto para posibilitar la constitución de mesas amplias.

Yo creo que cada actor político presente en el movimiento estudiantil debe hacer una evaluación del conflicto que vivimos y preguntarse de qué manera su estrategia contribuyó o no a desarrollarlo. En ese contexto, deberían construirse acuerdos que finalmente se aterricen en una propuesta que sea más amplia que la que nosotros representamos en la Fuerza de Cambio, pero que mantenga los principios de ésta.

Yo tengo una sensación de mucha tranquilidad porque creo que nuestros planteamientos respecto de la federación y del movimiento estudiantil en esta coyuntura se vieron confirmados y hemos logrado avances importantes que se tradujeron en que el

movimiento estudiantil hizo un aporte real y coherente a esta lucha.

Sabemos que el problema de la intervención sigue pendiente, pero, durante este conflicto, lo importante es que la FECH jugó un papel serio y consistente, que se ha ganado el respeto de la comunidad universitaria, que se ha reanimado la participación estudiantil en los cursos y en las escuelas y que hemos logrado avances a nivel de la organización y de las conciencias, que no podrán ser destruidos.

Santiago, octubre de 1987.

VIAL: NUEVO ESCENARIO

JAIME ANDRADE

Egresado de la Escuela de Sociología Universidad
de Chile
Secretario de la FECH 1984-1985

VIAL: NUEVO ESCENARIO*

Jaime Andrade

La designación de Juan de Dios Vial como Rector Delegado de la Universidad de Chile abre una nueva fase en el desarrollo de la intervención universitaria.

Se pone fin a una larga etapa que se inicia con la dictación de la Ley General de Universidades el verano de 1981. Dentro de este período y a la par de lo que fue la reactivación social y política a nivel nacional, los diversos actores universitarios fueron -unos más lentos, otros más rápida o espectacularmente- reconstruyendo sus organizaciones, generándose espacios propios, vinculándose entre ellos, y en el caso específico de la FECH, convirtiéndose en un actor nacional. Simultáneamente diversos niveles directivos de nuestra Universidad se fueron lentamente democratizando, eligiéndose directores de departamentos y decanos en prácticamente todas las facultades, todo lo cual nos hacía tener una visión optimista con respecto al desarrollo del proceso democratizador en marcha. Faltaba, sin embargo, el último eslabón: la rectoría. En este contexto se preveía que el próximo Rector no

* El presente artículo es una colaboración a este libro del destacado dirigente estudiantil Jaime Andrade.

sólo sería un académico sino que su gestación se haría -a lo menos- considerando la opinión de sus pares.

Sin embargo en medio de una serie de conflictos claramente vinculados a las dificultades presupuestarias de nuestra Universidad, cuando se esperaba una solución a los problemas económicos, en particular a los salarios de los académicos, es designado José Luis Federici.

La forma cómo se gestó su nombramiento y su clara vinculación por gestiones pasadas -tanto en empresas públicas y privadas como: ENACAR, FFCC y COPEC que dejaron como resultado un gran número de despidos y readecuaciones que terminaron reduciendo y privatizando significativamente a las empresas públicas mencionadas- al plan de racionalización y reducción impulsado desde los máximos niveles de gobierno, generan un inmediato repudio a su designación, dando lugar a un inédito acuerdo entre todos los sectores de la comunidad universitaria y los más diversos sectores políticos que de izquierda a derecha se le oponen.

La comunidad universitaria tensa toda su organización y da saltos cualitativos en su concertación y en los acuerdos para oponerse a este retroceso. De esta manera se gesta la mayor y más amplia movilización habida en este último período al interior de la Universidad. En la medida que avanzan los días Federici toma medidas cada vez más graves, que tienen como única respuesta un aumento de su aislamiento y el desborde del ámbito universitario de un conflicto que se ve, tiene implicancias nacionales. Se genera, así, un amplio arco de apoyo social y político a la lucha universitaria.

En el marco de una sostenida y masiva movilización con significativas acciones de ruptura, como la desobediencia activa levantada por el consejo de decanos en contra de las medidas dictadas por Federici, o como las tomas prolongadas de varias facultades, el Consejo Superior se vuelve clave en el sostenimiento y resolución del conflicto.

Se va gestando así una plataforma común de todos los estamentos en que el primer insalvable punto es la renuncia de Federici; se consolida la posición de la comunidad universitaria, que muestra el poder y desarrollo acumulado en todos estos años de reconstrucción. Los universitarios logran esta vez articularse y resistir, a diferencia de lo ocurrido el año 81 y también el 73.

Sale así Federici; el régimen, y en particular Pinochet, deben asumir una derrota contundente; más aún cuando destacados personeros de la derecha se destacan en la movilización en contra de Federici, signo inequívoco de las tensiones existentes al interior del régimen en torno a las diversas modalidades que pueden adquirir los intentos de continuidad y perpetuación de éste.

Para la oposición democrática, en particular para quienes la movilización y la unidad son elementos indispensables de la lucha en contra del régimen, es un triunfo que ratifica la corrección de la estrategia aplicada. La salida de Federici es un modelo que puede ser imitado en el plano nacional; sin embargo, en el ámbito estrictamente universitario los resultados de la llegada de Vial configuran un nuevo escenario que es preciso evaluar con precaución.

La tensión del conflicto hizo que éste se personalizara y que los elementos esenciales de él, la intervención y, en particular, el plan de racionalización, quedaran en un segundo plano.

Vial llega entonces como un salvador frente a una crisis que tenía tensionados al máximo a todos los actores involucrados en su desarrollo. Coincidentemente se hace resaltar su condición de académico, e inclusive rasgos de su vida familiar, poniendo en el centro de su llegada uno de los elementos claves de este nuevo escenario: la ponderación y el diálogo. Según sus propias palabras, él llega en misión de pacificación. Todos estos elementos, que son también destacados por los dirigentes del conflicto, lo dotan -fuera

de los poderes formales- de algo que carecieron todos sus antecesores militares, inclusive Federici: legitimidad.

Se gesta así un nuevo escenario, donde se intenta hacer primar lo que podríamos denominar el estilo "Universidad Católica" haciendo el símil con lo que ocurre en esa Casa de Estudios. En ella la intervención se da el lujo de permitir el que haya mayores espacios de participación en el quehacer académico, generando a lo menos un "ambiente" más plural, donde se ha quitado del centro de la discusión el problema de la autoridad y existe una regulación de los conflictos por la vía de la interlocución entre los diversos estamentos de manera institucionalizada; es decir, por la vía del razonamiento y el diálogo en torno de lo ya establecido y no lo por establecer. En otras palabras, un escenario de diálogo y discusión en donde el tema de la legitimidad y origen del modelo interventor no están en el centro del debate, en tanto éste se ha legitimado.

Este nuevo escenario hace difícil, en el corto plazo, colocar en el centro de la discusión los problemas esenciales de la intervención, la participación y la autonomía; sin embargo, en el caso de Chile tiene, a diferencia de la Católica, dos elementos latentes para el estallido de un nuevo conflicto; uno es el problema económico, que tarde o temprano va a aflorar; y el otro, es el hecho que en la Universidad de Chile hay una mayor politización y hegemonías y liderazgos muy distintos a la Universidad Católica, que favorecen claramente a los sectores progresistas de la oposición.

Un momento clave aquí, va a ser la asignación del presupuesto para el año 1988 y lo que éste va a significar en readequaciones y despidos.

En el corto plazo es probable que sea el "estilo Católica" el que impera; dado el obvio desgaste y agotamiento que conlleva el largo conflicto, sumado a ello el fin de año académico, fecha que históricamente desmoviliza a los estudiantes, y porque además,

difícilmente se va a reeditar la compleja red de intereses que permitió la unidad habida en contra de Federici.

Este nuevo escenario, sin embargo, permite colocar en el centro, objetivos de larga data en nuestro movimiento, y que hoy, dadas las características del período, pueden ser origen de nuevos triunfos. Dos son los temas de este tipo que pueden ser abordados: uno es el reconocimiento formal de la Federación. La legitimidad ganada durante todos estos años, y en particular el reconocimiento hecho por los diversos estamentos a la FECH en el desarrollo del conflicto con Federici, permiten que éste sea un objetivo alcanzable en este escenario. El segundo tema está estrechamente relacionado con el primero, y es la posible incorporación de un representante de los estudiantes a las instancias superiores de conducción de la Universidad. El cumplimiento de estos objetivos permitiría ampliar y multiplicar la opinión e influencia de la Federación en el quehacer de la Universidad. En particular, en problemas como el del financiamiento universitario, y en uno muy específico pero que va a adquirir alta relevancia en el período que se abre, por el intento de perpetuación del régimen, cual es el necesario control y apertura del canal 11 de TV.

El uso y abuso por parte del gobierno de los medios de comunicación, y en particular de la televisión, se va a tornar un tema extremadamente importante, en donde a la comunidad universitaria, y en particular a los estudiantes, les va a corresponder luchar activamente por impedir que el canal 11 siga siendo un instrumento más de los muchos usados por el régimen para lograr su perpetuación.

Este escenario se vuelve aún más complejo frente a otro objetivo del movimiento estudiantil de la Chile, que se ha vuelto cada vez más lejano: este es la reincorporación del IPS y Pedagógico a nuestra Universidad. El acelerado proceso de institucionali-

zación que han desarrollado estos dos centros de educación los ha alejado objetiva y significativamente de la Universidad de Chile. La ligazón existente con la Federación, a pesar de los discursos eleccionarios, se ha debilitado tanto por la dinámica específica que ha desarrollado cada centro por separado, en particular el IPS, como también por un alejamiento de la Federación. Desde el punto de vista físico, las facultades y lugares en donde se concentra el quehacer de la Federación son otros; asimismo, también ocurre desde el punto de vista del discurso, en tanto el tema de la reincorporación se ha vuelto absolutamente secundario. Este es un punto que puede tornarse particularmente grave, atendiendo al hecho de que IPS y Pedagógico en conjunto suman a lo menos un tercio de los estudiantes representados en la Federación.

Por último, Federici, Vial y el fin de año se confabularon para no dejar ver algunos problemas que se estaban haciendo cada vez más evidentes al interior del movimiento estudiantil. Uno de éstos es el de la crisis de participación, que previo al conflicto con Federici se había manifestado con la aparición de grupos y expresiones como el PEHO (partido estrictamente horizontal) de la Facultad de Filosofía, el FONK de la Escuela de Diseño del IPS y el Directorio de la Escuela de Periodismo, entre otros, que en general, con un discurso centrado justamente en reivindicar la participación y la acción concreta, comenzaban a dar cuenta de un agotamiento de las formas y estilos de trabajo existentes, tanto en la Federación como también -obviamente- en el trabajo de las orgánicas políticas existentes al interior de nuestra Universidad. Estas manifestaciones no son expresiones coordinadas; sin embargo, dan cuenta de una inquietud y malestar que indudablemente existe y tiene estrecha relación con las dificultades que ha tenido la oposición para dar muestras de coherencia en este último período.

El inicio del próximo año académico va a colocar en el centro del debate nuevamente el problema del financiamiento universitario. Simultáneamente, las elecciones de nueva directiva de Federación, retrasadas por el conflicto con Federici, van a politi-

zar rápidamente el escenario universitario y es de prever el alto grado de tensión que alcanzará dicha elección, dado el escenario nacional, con un candidato a la eternización en campaña y una oposición en la que se mantendrá con toda seguridad la disputa de hegemonías por sobre los intereses unitarios.

La conjunción de estas dos variables, la económica y la política, va a colocar en total tensión el nuevo escenario construido a partir de la llegada de Vial. Esto obligará al movimiento estudiantil a resituarse el conflicto universitario intentando colocar en el centro no sólo el problema económico sino también el tema de la democratización y de la autonomía universitaria y paralelamente retomar su rol de liderazgo en la lucha en contra del régimen.

El que Vial no se convierta en un nuevo juego de piernas de Pinochet es un desafío para los sectores democráticos de todos los estamentos de nuestra universidad, pero indudablemente es un desafío mayor para el movimiento estudiantil y la FECH.

Noviembre de 1987.

NOTAS

- (1) p.68: Por considerarlo un documento histórico para la FECH, lo reproducimos íntegramente a continuación:

DECLARACION DE PRINCIPIOS DE LA FEDERACION DE ESTUDIANTES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE.

A. DE LA UNIVERSIDAD

Consideramos indispensable que la Universidad sea autónoma y democrática. Autónoma en cuanto al objeto y ejercicio de la investigación, el tipo de docencia, la elección de autoridades, la administración y la relación de ésta con la sociedad, en la perspectiva de que pueda desarrollar plenamente su función. Democrática, donde se fomente la conciencia crítica y creadora que impulse el desarrollo del saber, el arte, la ciencia, la cultura y la técnica a través de la docencia, la investigación y la extensión. El pluralismo ideológico, el respeto a todas las tendencias políticas, religiosas o de otra índole y el respeto tanto a las mayorías como a las minorías, para su expresión y fiscalización, son indispensables

e inseparables de una democracia en general, y de la Universidad, en particular.

La Universidad debe extenderse en forma responsable a la sociedad en la cual está inserta, por lo que el estudiante tiene el derecho y el deber de diagnosticar y conocer su medio.

B. DEL INGRESO A LA UNIVERSIDAD

La educación superior es un DERECHO de toda persona que tenga interés y capacidad de asumir un rol como estudiante. Por tanto, no deben existir discriminaciones en su ingreso, permanencia y obtención de título por razones sociales, religiosas, económicas, ideológicas o de otra índole.

C. DE LOS ESTUDIANTES

Todo estudiante como persona es un ser libre, creador, protagonista de los procesos históricos y sociales, lo cual le da derecho a expresarse libre y responsablemente, y a participar en las organizaciones que el estudiantado se dé y que no contradiga la normativa general del presente estatuto.

Los estudiantes deben recibir una formación acorde con las necesidades del país, sólida y actualizada, ya sea en los ámbitos artístico, político, científico, técnico, filosófico y social, entendida desde una perspectiva humanista, es decir, en beneficio directo del hombre y la sociedad.

D. DE LA COMUNIDAD UNIVERSITARIA Y DEL DIALOGO

La Comunidad Universitaria está formada por los estudiantes, los funcionarios académicos y los no académicos. El intercambio de experiencias y opinio-

nes deben ser los principios básicos de dichos estamentos, cuya materialización se puede obtener mediante el diálogo a través de sus representantes como una forma de orientar la marcha de la Universidad en un ambiente de libertad y compromiso, asegurando una constante búsqueda de la verdad, que garantice un profundo respeto por la persona.

E. DE LA CULTURA

Entendemos la cultura como un aspecto esencial del desarrollo social, y es necesario reconocer que la vida cultural está integrada por todas las formas y niveles de creación que cotidianamente una nación está implementando, usos y costumbres individuales y colectivos, a todas las formas artesanales de producción, las tecnologías y las actividades de carácter artístico y científico. Por lo anterior, es importante rescatar, conservar y desarrollar nuestra Cultura Nacional, no considerándola autosuficiente, acogiendo los aportes de la cultura universal.

F. LA FEDERACION SE DEFINE:

- Autónoma, porque su organización es independiente de la autoridad universitaria; sus representantes cuentan con fuero, es decir, no se podrá tomar medidas en su contra por las actividades que realicen o por las opiniones que emitan en el desempeño de su función; y su fiscalización está en manos de los estudiantes representados.
- Pluralista y Unitaria, porque en ella tienen derecho a estar representadas todas las corrientes de pensamiento que respeten los principios, naturaleza y objetivos de la Federación.

- Democrática y Representativa, porque sus dirigentes son elegidos en forma universal, secreta, libre e informada, buscando el máximo de participación de sus representados.

- Solidaria y comprometida con la Justicia Social, la Libertad y la Integración de los Pueblos.

- Finalmente, la Federación denuncia, rechaza y desconoce la presencia permanente o momentánea de guardias de seguridad, uniformados o no, con fines delatorios o represivos al interior de la Universidad, así como toda intromisión violatoria de la autonomía universitaria por parte de organismos ajenos a la Universidad.

G. LA FEDERACION

aquí definida es heredera de la tradición e historia de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, fundada a principios de siglo, reivindicando así todo un movimiento que ha sido gestor y partícipe de la historia de nuestra Universidad y de nuestro país. Asumimos esta herencia como un compromiso consciente y responsable de rescatar cada uno de los logros obtenidos y de corregir todos aquellos errores cometidos, impulsando así el movimiento estudiantil de la Universidad de Chile hacia la consecución de sus metas en una forma real y eficiente.

En vista de estos principios, la naciente Federación es tarea de todos los estudiantes, sin exclusiones.

**ASAMBLEA CONSTITUYENTE
UNIVERSIDAD DE CHILE**

Septiembre 1984.

(2) p.74: A modo de ilustración del clima que se vivió en esos días en la Universidad, recordemos partes del discurso leído por Yerko Ljubetic en el acto de constitución de la FECH:

"Es importante en esta hora de triunfos, en esta hora de unidad decir muy claramente que esta victoria del movimiento estudiantil sólo ha sido posible gracias a la justa aplicación de criterios democráticos y participativos. En efecto, la FECH no surge por acuerdo de mesas políticas, ni de organismos centrales de dudosa representatividad. Por el contrario, la FECH surge cuando resulta incontrarrestable el hecho que la mayoría de los estudiantes estuviera por construir una organización democrática y representativa, surge cuando todos los CCAA están democratizados reflejando las luchas dadas en las respectivas escuelas, surge cuando su creación es ya una exigencia inaplazable de las bases estudiantiles. La FECH es por tanto hija de las mayorías, hija de la participación, hija del protagonismo estudiantil. Son esos criterios los que nos permitieron esta gran victoria y es su aplicación la que nos va a permitir nuestra próxima victoria: echar los rectores delegados y democratizar nuestra universidad.

Pero, hay algo más. El jueves 25 no nació sólo una federación de estudiantes, nació algo más grande e importante para Chile: nació una generación.

Una generación que trae buenas y nuevas noticias para Chile y su pueblo. Una generación que dice con mucha fuerza, con mucha convicción que la unidad es posible, que la unidad es posible a pesar de las diferencias legítimas que subsisten, que la unidad es posible porque son más las cosas que nos unen que aquellas que nos dividen, que la unidad es posible porque antepone-

mos los intereses y aspiraciones de Chile por sobre los de nuestros partidos o los intereses particulares.

¿Y qué mejor noticia que esta, podría traer una nueva generación? En medio de un dramático espectáculo de divisiones y querellas incomprensibles para quienes están viviendo cotidianamente los dramas del hambre, la miseria, la represión, la humillación. ¿Qué mejor noticia que la que trae la FECH?: la unidad es posible, esa es nuestra primera buena noticia.

Pero esta buena nueva que trae nuestra generación quiere ir más allá de la elección de nuestra FECH. Nuestra palabra de unidad también quiere hablar de una juventud que no sólo debe tener puntos de encuentro en la creación de una organización, que no sólo quiere tenerlos en la democratización de la U., que no sólo debe tenerlos en el actual desafío de lucha contra la dictadura... queremos una juventud que mañana también se una para trabajar juntos por los urgentes y profundos cambios que requiere nuestra sociedad para ser más humana, para acabar con las injusticias y construir un nuevo orden de un Chile libre, democrático y solidario.

Esta generación quiere ser protagonista de esa mayoría por los cambios que es lo único que asegurará que el Chile de mañana deje atrás las injusticias, la desigualdad, el capitalismo!".

- (3) p.78: Al respecto, es interesante recordar el discurso pronunciado por Y. Ljubetic el 17 de mayo de 1985 en la Escuela de Derecho.

Allí se decía que "Un elemento vital de nuestra propuesta es la claridad y transparencia de nuestro objetivo: el cambio sustancial de la actual institucionalidad de la Universidad de Chile. Hoy día la gravísima situación por la que atravesamos y la posición de la

comunidad universitaria no están como para plantear soluciones parciales o pequeñas alteraciones que a nada conducen. Hoy día el imperativo es la sustitución del elemento clave del régimen: la forma de designación de las autoridades universitarias. Es decir, el desafío es terminar con el sistema de Rector-delegado y de decanos designados."

Se insistía también en que "... lo anterior sólo será posible si todos asumimos esta tarea con una decisión inquebrantable: optar consecuentemente por un camino de cambios significa hacer lo posible porque esos cambios se produzcan. Creemos por tanto, que este gran desafío sólo será posible para un Movimiento Estudiantil que esté dispuesto a hacerle entender, a quien sea necesario, que la situación debe cambiar; es decir, que sólo podrá seguir habiendo Universidad de Chile si se producen los cambios sustanciales que la comunidad universitaria exige."

En definitiva, la FECH proponía no sólo objetivos concretos, sino también una manera de lograrlos: "Sólo podremos recuperar la libertad que estemos dispuestos a conquistar. Ninguno de los logros del Movimiento Estudiantil o del Movimiento Académico han sido concesiones de la autoridad. Tampoco lo serán los cambios a los que aspiramos."

Sólo demostrando incuestionablemente que la función universitaria sólo será posible si se producen esos cambios, podremos avanzar con éxito hacia el objetivo trazado.

La capacidad que la comunidad universitaria demuestre de hacer, por la vía de la desobediencia de las mayorías, efectivamente ingobernable la Universidad será lo que nos acerque a la victoria.

El repudio unánime de todos los sectores al sistema de intervención militar debe dejar de ser palabra para convertirse en acción. Las iniciativas de movilización, en su sentido más amplio, y de decidida desobediencia a las que la FECH convoque deben y pueden ser asumidas por la abrumadora mayoría de los estudiantes. Aquellos que no asuman su responsabilidad se abstendrán ya no sólo por conservadurismo o disimulada adhesión al régimen, lo harán por algo mucho más denigrante: por inconsecuente cobardía."

(4) p.78: La Propuesta de Cambio de la FECH está sintetizada en un Documento suscrito por la MESA DIRECTIVA de la FECH y fechado en junio de 1985.

Allí, la FECH expone sus puntos de vista acerca de la situación universitaria, destacando la necesidad de producir cambios urgentes: "A juicio de la FECH, esos cambios debieran redundar en una revisión y modificación real de la normativa vigente, en particular del Estatuto de la Universidad de Chile y de los reglamentos que lo complementan dictados hasta la fecha y en su cambio por una nueva normativa que sea gestada con la participación de la comunidad universitaria y que garantice la vigencia de la plena autonomía universitaria".

Sostiene la FECH que "La Universidad de Chile ha conocido en su historia muchas formas de ejercicio del gobierno universitario y de realización de los principios de autonomía y libertad. Salir del estado actual del cautiverio es para nosotros la meta principal del Movimiento Estudiantil y de la FECH. Rescatar la Universidad es nuestra consigna.

No pretendemos entrar a discutir en el Chile de hoy acerca del ideal de universidad. Queremos y debemos

proponer una Universidad viable en el contexto real en que estamos viviendo. A nuestro juicio, es posible recuperar la autonomía universitaria y lograr alguna forma de gobierno que garantice el reconocimiento de la dignidad y los derechos de la comunidad universitaria. Es por ello que hacemos nuestra propuesta de cambio. Es una propuesta realista y que sólo puede ser rechazada por quienes se empeñan en mantener vigilada y sometida al poder político a nuestra universidad.

Básicamente, pensamos que debe apuntarse a que en el curso del presente año se complete un proceso que implique la generación de un nuevo gobierno universitario que cuente con el consenso y el apoyo de la comunidad académica y estudiantil. Para ello, pensamos que el primer paso que debe darse es que los Directores de Departamentos sean elegidos por los académicos de cada Departamento. Una vez completado este proceso, los Consejos de Facultad debieran recuperar su cualidad normativa y elegir a los Decanos de cada Facultad, quienes a su vez, en el Consejo Superior de la Universidad de Chile, elegirán un Rector académico que cuente con el apoyo de la comunidad."

Destaca la FECH que "Lo que hemos propuesto son pasos posibles, aunque requieren, por cierto, de la más decidida voluntad de llevarlos a cabo, por el conjunto de la comunidad universitaria. Las actuales autoridades, más allá de la opinión que cada uno tenga sobre el papel que han jugado, debieran escuchar el clamor de los universitarios e iniciar con decisión el proceso de cambios que es urgente. De no hacerlo, de encerrarse en propuestas ya rechazadas por académicos y estudiantes, o de persistir en una actitud orgullosa y beligerante sólo van a lograr que se agraven los problemas de la universidad y que ésta sea escenario de nuevos conflictos."

Finalmente, como muestra de su buena disposición, la FECH propone mecanismos concretos de avance en la solución del conflicto universitario: "Sabemos que es posible, incluso necesario, que existan en el seno de la comunidad otras propuestas, distintas a la nuestra, y que buscan resolver los mismos problemas. Pensamos que debe abrirse un período de debate, lo más organizado posible, en donde estas ideas puedan ser discutidas por la comunidad universitaria en todas las Facultades y que culmine en la realización de un Claustro Pleno. Son ideas constructivas que deben ser meditadas por el resto de los estamentos de la Universidad y por las autoridades. Desde luego consideramos que es importante el que haya una manifestación concreta de la voluntad de cambio, las que podrían expresarse en los siguientes hechos:

1. Que se exprese públicamente la voluntad de las actuales autoridades de no proceder a ninguna "reestructuración" de nuestra Universidad sin que haya sido objeto de la discusión y aprobación por parte de todos los efectivamente involucrados en ella, es decir, la Comunidad Universitaria.
2. Que se de a conocer públicamente un itinerario que nos conduzca desde el actual sistema de intervención hasta uno de plena vigencia de autonomía universitaria.
3. Que se reconozca públicamente el derecho que tienen académicos y estudiantes a participar en un debate en torno al presente y futuro de la Universidad, y que se convoque a la creación de una Comisión Tripartita (estudiantes, académicos y autoridades).

des) que tenga por misión organizar el debate y avanzar rápida y concretamente en los acuerdos de dicha discusión.

4. Que se reconozca a la FECH y a cada uno de los CCAA que la integran, como los legítimos representantes de los estudiantes y se les otorgue lo que por tradición corresponde a la organización estudiantil de nuestra universidad."

(5) p.79: Me correspondió, como Presidente Subrogante de la FECH presidir esa Asamblea de Delegados. Allí defendí la Propuesta de Cambio de la FECH en los siguientes términos:

"Nuestra posición, nuestra alternativa, ha sido extraordinariamente clara, y porqué no decirlo, también muy generosa. Por el bien de la Universidad, porque entendemos que hoy la inmensa mayoría de los académicos si bien quiere un cambio, no está pensando en una reforma real de la Universidad, sino apenas en una participación en el marco de una Universidad jerarquizada y autoritaria; porque entendemos que el contexto en que se da hoy la lucha estudiantil no es el de gobiernos democráticos más o menos sensibles a las aspiraciones progresistas de la juventud, sino el que impone una feroz dictadura que defiende a sangre y fuego su poder; es por estas razones que la FECH ha entendido que hoy debemos realizar una propuesta de cambios mínima, realista, posible, para que esta lucha en que estamos empeñados nos lleve a darle victorias -aunque sean parciales- al movimiento estudiantil y no nuevas derrotas y retrocesos; victorias que, por otra parte, alentarán a nuestro pueblo en su lucha democrática y

permitirán redoblar nuestro aporte a la causa común de los chilenos.

Además de plantear objetivos mínimos, hemos sido tremendamente generosos en la manera de concebir el cambio. Hemos llegado incluso a aceptar sentarnos en una misma mesa con el Rector-delegado sin hacer cuestión de lo que representa y sin exigir ni aceptar condiciones previas para ponernos de acuerdo acerca de cómo concretamente se termina la intervención, cómo y cuándo vuelven a sus cuarteles, dejando la Universidad para los universitarios. Algunos estudiantes, incluso sectores comprometidos con la actual gestión de la Mesa Directiva, han rechazado la idea de la Comisión Tripartita Rector-FECH-AAUCH por considerar que ella encierra en el fondo, un reconocimiento de la legitimidad de los rectores-delegados y siembra ilusiones respecto de la posibilidad de una salida pactada a la actual crisis. Consideran que ya hay pruebas suficientes como para partir de la base que las actuales autoridades no tienen una real voluntad de cambio.

Sin duda, ha sido doloroso para la actual directiva verse en una situación de quiebre de su homogeneidad, que de una u otra manera, aunque siempre con dificultades, habíamos logrado mantener.

Debemos decir que la postura oficial de la Federación se inspira en consideraciones de fondo. Estas dicen relación fundamentalmente con el hecho que la propuesta concreta de cambio que hemos formulado no constituye una propuesta de reforma, ni siquiera de democratización -en sentido estricto- de la vida universitaria, sino apenas de recuperación de la autonomía. Lo que equivale a decir que es posible construir un consenso muy amplio en torno a ella, aún en la Universidad actual. Segundo, debemos considerar que si bien, en

general, las comisiones en las cuales participa la autoridad tienden a entramparse y a empantanarse, no es menos cierto que ese es un dato que maneja un muy reducido grupo de estudiantes, y la propuesta de cambio es, como dijo Yerko, en su unánimemente alabado discurso en la Escuela de Derecho, "una tarea de todos. Este desafío es un desafío para las mayorías". Por lo tanto, la Federación -más allá de las convicciones personales de cada uno de sus dirigentes- debe recorrer un camino que implique, necesariamente, demostrar a la mayoría lo que ya puede estar claro para las vanguardias. Este camino consiste, ni más ni menos, que en realizar una oferta generosa: *reunión sin condiciones previas de todos los actores constituidos como tales en la política universitaria, para buscar un acuerdo en torno a la recuperación de la autonomía de la Universidad*. Eso es, en otras palabras, la Comisión Tripartita, compuesta por el Rector, la FECH y la AAUCH."

Sin embargo, no podía desconocerse el hecho que nuestro llamado había caído en el vacío: "En definitiva, lo que importa para nosotros es que, por razones distintas, ni la AAUCH, ni el Rector tienen en sus planes negociar una solución global a la crisis, en la que participe el movimiento estudiantil y que pase por la recuperación de la plena autonomía universitaria, tal como lo ha propuesto formalmente la FECH.

Este dato, que es un dato de la realidad, obliga a nuestra Federación a buscar nuevos caminos, para lograr sus objetivos, teniendo por cierto muy claro que nuestro camino pasa por la concertación con los académicos y funcionarios, y que el "árbitro" de este conflicto debe quedar radicado al interior de la Universidad, impugando a Pinochet o a cualquier otra instancia externa a

la Universidad como interlocutor válido, o instancia de resolución del conflicto.

A nuestro juicio, el camino que hoy se abre a la FECH es el de la movilización, de la desobediencia y de la ingobernabilidad de la Universidad intervenida."

El presente libro es el fruto de la paciente reconstrucción de lo ocurrido con el movimiento estudiantil de la Universidad de Chile en los últimos veinte años.

En él se intenta romper las fronteras del olvido trayéndonos a la memoria el tremendo testimonio de una juventud que ha crecido en el límite de la muerte, el exilio y la angustia.

Desfilan en estas "Conversaciones con la FECH" los símbolos, los fantasmas, las ilusiones, la tragedia y los héroes de dos generaciones enfrentadas en su momento a desafíos opuestos, pero que, sin embargo se reconocen en las mismas esperanzas y en la misma capacidad para vivir de cara a su tiempo.

El autor, Ricardo Brodsky, fue durante años un destacado dirigente estudiantil, llegando a convertirse en Secretario General de la primera FECH. Es licenciado en Literatura y actualmente se desempeña como director docente del Preuniversitario de la FECH y colabora en diversas publicaciones.